51 periodistas hablan de toros

FUNDACIÓN TORO DE LIDIA

51
PERIODISTAS HABLAN DE TOROS

51 periodistas hablan de toros

Diseño de la cubierta y maquetación:
Alexandra Larrad

Reservados todos los derechos de esta edición para:
© *Fundación del Toro de Lidia, 2025.*
Calle Moreto 7, primero izquierda, 28014, Madrid.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecición artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la respectiva autorización.

Colabora:
MADRID

51
PERIODISTAS HABLAN DE TOROS

Índice

Prólogo 9
Zabala de la Serna

La pesca recreativa y las corridas de toros 13
Luis María Anson

Silencio en la plaza 17
Agustín Pery

De la afición a la militancia 21
Paco March

Envidio a los matadores de toros 25
Francisco J. Martínez

Novillero de tintas 29
Jesús Nieto Jurado

Hay futuro, figura 33
Fernando del Valle Lorenci

El «metisaca» 37
Federico Jiménez Losantos

La tauromaquia como contestación 41
Ramón Pérez-Maura

Urtasun torea de salón 45
Julián Quirós

Morante de la Puebla, el arte sobrenatural
del hombre entre tinieblas 47
Antonio Lucas

Sobre mi afición 51
Andrés Amorós

En Cataluña empezó todo 55
Iñaki Ellakuría

Mi primera entrevista 61
Andrés Cárdenas

Por qué los toros son noticia 65
Paula Ciordia Navarro

Respetarás al hombre, defenderás al toro 73
Jorge Bustos

La humildad taurina 77
Hughes

El desafío de la contracultura en el nombre de Morante 81
Rubén Amón

El arte de jugarse la vida 85
José F. Peláez

Distopía taurina 91
Luis Sánchez-Moliní

Queredrnos menos y votadnos más 95
Juanma Lamet

Escuchar, ver, leer, entender 99
Luis Enríquez

Del «torero, asesino» a la epifanía de Talavante 103
Jesús Fernández Úbeda

La precisión del silencio 107
José Aymá

La estética del límite 113
María José Solano

Las últimas noticias sobre la verdad 119
Francisco Pascual

Recuerdos de una mano rugosa 123
Carlos Mayoral

La justicia del espectador de toros 127
Teodoro León Gross

El torero no da entrevistas.....133
Javier Fernández-Mardomingo

La cultura acorralada.....141
John Müller

Verso y arena. Rafael Alberti en Pontevedra 145
Ramón Rozas

Lo bello, lo bueno y lo verdadero.....151
Chapu Apaolaza

El niño aguarda.....155
Alfonso J. Ussía

La ciudad de los sermones 159
Joaquín Luna

La generación del 27: tradición, vanguardia y toros 163
Eva Díaz Pérez

Los toros, un acto de libertad 175
Carlos Navarro Antolín

No sé nada de toros.....179
Emilia Landaluce

Las afueras de la plaza 183
Víctor Lenore

Con jarras de azucenas y celuloide 193
Begoña del Teso

Feria de Pompeya.....195
Pablo Martínez Zarracina

Dos mujeres, dos toreros 199
Rosa Belmonte

La ganadería de la Quinta del Sordo 203
Alberto García Reyes

Todo lo que no se ve 209
Diego S. Garrocho

Toros no 213
Vicente Ruiz

Llegar a tiempo a los toros 217
Bieito Rubido

Torear en endecasílabos 221
Karina Sainz Borgo

De la libertad hacia el toreo 225
Juan Fernández-Miranda

Defensa de la tauromaquia por afición subrogada 229
Rebeca Argudo

Toros en libertad 233
Jesús García Calero

Toros en Gijón: pasión por la libertad 241
Joaquín Manso

Hace veinticinco años y un día 245
David Gistau

De la libertad

Por Zabala de la Serna

Los toros son un gran reloj de la vida y la muerte. [...]

Miquel Barceló

Este libro es una sola voz hecha de muchas voces. Una voz debida al toro. Voces que vienen de muy diferentes sitios, corrientes que se cruzan, y a veces se oponen, y siempre se encuentran en el espacio común del toreo, que es la plaza de la libertad. Este libro viene a ser Madrid, rompeolas de todas las Españas.

Escribo al día siguiente de que el Congreso de los Diputados haya rechazado la toma en consideración de la ILP antitaurina con el olor a napalm de la victoria y me extiendo en la escritura hasta el día en que Morante de la Puebla abarrota mañana y tarde la Monumental de las Ventas. El ataque totalitario de siniestro perfil contra la verdadera cultura cayó por el barranco de la abstención del PSOE —la flotilla de Sumar, Podemos y otras formaciones de extrema izquierda y nacionalistas radicales reunieron 57 votos— y la histórica doble cita de Morante levantó un clamor de masas en el Día de la Hispanidad. Los españoles exportamos los toros —el idioma y la religión— como los romanos llevaron el derecho por el mundo.

Los liberticidas lo volverán a intentar, y por ello conviene recordar las tablas de los mandamientos. Si la cultura es lo que decide el pueblo, los toros indudablemente lo son. Pero pongamos por caso que aceptamos el razonamiento perversamente antidemocrático del comunista Ernesto

Urtasun que jibariza la audiencia taurina de más de cinco millones de espectadores a la categoría de minoría social. Situémonos en el lado de la supuesta minoría taurina en una temporada de asombrosa asistencia a las plazas, esa minoría que Francia ampara desde la protección a la diversidad y las minorías culturales, ¿por qué habríamos de aceptar el exterminio en caso de un referendo contrario o una ILP inquisitorial? Resulta que, según huestes y mentes más izquierdistas, en el tiempo de la preservación, cuando no potenciación, de las minorías étnicas, religiosas, sexuales o culturales, la taurina ha de ser borrada del mapa, aniquilada.

La cacería contra un espectáculo legal, enraizado en la profundidad de la historia, rito y tradición, pretende destruir una fiesta de siglos que vertebra la España invertebrada. La obsesión por tumbar la Ley 18/2013 venía jurídicamente viciada al pretender colocar únicamente en ella la protección de la tauromaquia como Patrimonio Cultural. Como bien ha explicado Francisco Gordón, «el carácter cultural de la tauromaquia no vino determinado por una norma [18/2013] que, en ningún caso, estableció un nuevo estado jurídico, sino que su entrada en vigor solo supuso el reconocimiento de un hecho anterior». Pero, sobre todo, la voluntarista intención de devolver a las comunidades autónomas unas potestades que jamás poseyeron choca con la supranorma de las Constitución que inspiró la sentencia del TC de la abolición catalana y, posteriormente, la que tumbó la intentona balear: la distribución competencial entre el Estado y las comunidades autónomas —artículos 148 y 149 de la Carta Magna— permanecerá inalterada incluso derogándose la ley 18/2013. Conviene fijar todo esto en el dintel de nuestras puertas para cuando vuelvan las hordas.

La fiesta de toros vertebra la España invertebrada, como un arte a la sombra de la muerte, un arte libre y transgresor. Es Ortega quien eleva los toros a rango filosófico, *La caza y los toros*, frente a la intelectualidad: «No puede comprender bien la historia de España desde 1650 quien no

se haya construido con rigurosa construcción la historia de las corridas de toros». El debate sobre su existencia es tan recurrente que incluso hoy, cuando la juventud ha vuelto a las plazas y el público asiste en masa, se provoca artificialmente bajo la falsa bandera del animalismo. Su ideario, semillero del wokismo, no hizo más que empezar por los toros para escalar en su beligerancia hasta acabar mostrando su verdadero rostro: la eliminación de un modo de vida, una cultura, una sociedad.

No hace falta viajar en el túnel del tiempo hasta Alberti, Lorca, Picasso, García Márquez, Vargas Llosa, Cela y toda la nómina de inalcanzables creadores para justificar un arte que es un arte en sí mismo. Un arte crudo, duro, sangriento —no escondamos el atavismo ni la sangre—, brutal y genuino. Detesto la palabra tolerancia. Quien tolera, quien me tolera como taurino, se coloca en un plano de superioridad moral. Ese tipo que nos perdona la vida por existir es quien nos matará. Como Amon Göth.

La voz de Albert Serra —reconocido con el renacido Premio EL MUNDO y también con el resucitado Nacional de Tauromaquia— profundizó en este año 2025 como nadie en el sentido último de la fiesta, en la trascendencia poética que concede la muerte del toro y el compromiso ético del torero. El reconocido cineasta catalán de Bañolas explicó con su película *Tardes de soledad* todo lo que a veces los taurinos no explican, resumió a la perfección por qué no se pueden colocar en el mismo plano hombre y animal —«el respeto por la persona que muere va ligado a una tradición judeocristiana» que sostiene los pilares de Occidente— y confrontó tanta estupidez con una sola frase: «La cultura de la cancelación es una cosa patética e infantil». Vino a sumar, diría que multiplicar, desde el sitio exacto de la objetividad de su cámara. Y aquí, en este espacio común del toreo, cualquier voz es bienvenida. Como a este libro hecho de muchas voces. Todas libres. De eso trata, de la libertad.

Zabala de la Serna

Zabala de la Serna (Madrid, 1970) es uno de los periodistas y críticos taurinos más influyentes de la actualidad. Hijo del también crítico Vicente Zabala Portolés y nieto del torero Victoriano de la Serna, creció en un ambiente profundamente vinculado al mundo del toro. Inició su carrera en la radio, colaborando en los programas de Antonio Herrero en Antena 3 Radio y la COPE. En 1995 asumió la jefatura de la sección taurina del diario *ABC*, donde permaneció hasta 2009. Desde entonces dirige la sección Toros del periódico *El Mundo*. Su labor periodística ha sido reconocida con galardones como el Premio José María de Cossío, el Premio Ercilla o el Manuel Alcántara. En 2022 publicó el libro *Ya nadie dice la verdad. Diálogos íntimos del toreo*, con entrevistas a grandes figuras.

La pesca recreativa y las corridas de toros

Por Luis María Anson

Mi buen amigo Daniel J. Santos ha regresado exultante de Suiza. Tiene cuarenta años, bigote aznarizado, cejas de acento circunflejo a lo Zapatero, entradas que anticipan la calvicie total y una curva de la felicidad que le atormenta. Es alto, fuerte, suele disfrazarse de joven y habla con palabras deshuesadas y vivos ademanes de sus manos desdeñosas. Se fue a un río suizo que se estanca a pescar el lucio y consiguió la picada y captura de un pez de 129 centímetros, su récord personal. Utilizó caña Carpmaster Excel, con la que se especializó en ciprínidos en los territorios carperos. Pero asegura que le funcionó muy bien en su última aventura.

—De madrugada —me dijo— saltó la alarma. Salí como una exhalación de mi saco de dormir. El carrete chirriaba en la caña y el trípode apenas resistía los botes. Tomé el mando y ajusté el freno. El pez huía desgarrado por la potera, el anzuelo triple, como sabes, bien sujeto por una empatadura, anudada a base de kevlar. Me di cuenta enseguida de que la lucha iba a ser larga y dura.

Daniel Santos había cebado el agua con boilies. La mosca empleada en su caña era de cabeza metálica dorada, la seda de color oliva, la pata, riñonada de pardo aconchado, y la brinca, de tinsel fino también dorado. Prescindió de la cucharilla giratoria. Usó como cebo tencas vivas. Se había pertrechado de esmerillones, mosquetones y quitavueltas para evitarse complicaciones.

—La lucha fue heroica —siguió contándome Daniel, entusiasmado consigo mismo—. Durante no menos de media hora el tira y afloja

continuó. En un remolino de las aguas pude ver la cabeza del pez. Era un lucio, sin duda de gran tamaño y grueso perímetro. La emoción me los puso de corbata.

Prendido bárbaramente del anzuelo de acero, el pez sufría hasta la angustia, herido por tres lugares simultáneamente. El lucio no es un animal bravo que vuelve al castigo y se crece con él. Por el contrario, se trata solo de un pez aterrorizado, claro está, por el punzante de acero del que no puede desprenderse. El dolor que el anzuelo triple produce en zona tan sensible como el paladar resulta indescriptible. Basta imaginarse a un toro vivo colgado de la boca por un enganche de hierro en una grúa de la construcción. El lucio, en fin, huía despavorido hasta que la sabia mano de Daniel, tras darle caña, tiraba con decisión y reducía la fuga, con atroces desgarros. Y así una y otra vez mientras los minutos transcurrían entre dolores terribles para el pez y euforia deportiva para el pescador.

—Por fin —se extasía Daniel— levanté al lucio. Era enorme. Apenas podía sujetarlo en el aire mientras coleaba. Pero yo había levantado la malla de la sacadora, para que el lucio no pudiera escapar.

La terrible agonía del pez entre coletazos y espasmos en el aire se acentuó con la asfixia. Los coletazos se fueron haciendo más débiles, los espasmos menos frecuentes. Los ojos saltones y atónitos se le vidriaban poco a poco. El desgarro en la boca era cada vez más estremecedor.

—Alargué el brazo —concluyó Daniel— Se había consumado mi gran victoria. Deposité al animal todavía agonizante sobre la moqueta de desenganche y me apresuré a desanzuelarlo, lo que resultó complicado porque la lucha había clavado fuertemente el metal en los labios y el paladar. Gracias al desembuchador pude al fin realizar la operación. —Bueno —añadió eufórico—. Y aquí me tienes en esta fotografía con el lucio, que es mi máximo trofeo después de tantos años de pesca. Estoy que no me lo puedo creer.

Son muchos millones los pescadores que en los países más cultos de Europa, Suiza, Suecia, Noruega, Dinamarca, Francia, Italia, Holanda, Alemania, Inglaterra… dedican sus fines de semana a la pasión, un poco cruel, la verdad, de la pesca recreativa. Se comprende la captura masiva de peces para la alimentación general. Y serán muchos los que acepten, aunque con reparos, la belleza de la pesca deportiva o la recreativa. Pero, tras la conversación con Daniel y el relato de su hazaña, cada vez que un suizo, un sueco, un noruego, un danés critiquen las corridas de toros, espectáculo de arte y valor, de profundas raíces religiosas y populares y en muchos aspectos expresión cultural trascendente, contestaré:

—Mire usted, mi querido amigo, cuando prohíban en su país la pesca recreativa empezaremos a hablar de las corridas de toros que ustedes quieren que el Parlamento europeo condene.

Contemplé, en fin, a Daniel todavía emocionado tras su relato, héroe por cierto sin riesgo personal tan diferente al del torero en la plaza que, con solo un trapo, se enfrenta a las dos furias astadas del toro bravo, y le dije:

—Me alegro de tu éxito, Daniel. Por cierto, tengo entradas para ver en las Ventas a Esplá, Ferrera y El Fandi. Es la corrida de San Isidro. Te invito a que vengas conmigo.

—¿A los toros? —me contestó— ¿Cómo puede ir a los toros un hombre culto y sensible como tú? La corrida de toros es una salvajada.

Luis María Anson

Luis María Anson (Madrid, 1935) es un periodista, escritor y académico español, considerado una de las figuras más influyentes del periodismo del último medio siglo. Inició su carrera en la Agencia EFE, de la que llegó a ser director durante la Transición. Posteriormente dirigió el diario *ABC* entre 1983 y 1997, etapa que marcó profundamente la prensa española. Tras su salida fundó el diario *La Razón* y más tarde impulsó el diario digital *El Imparcial*, del que es su actual presidente.

Miembro de la Real Academia Española desde 1996, Luis María Anson es autor de numerosos ensayos, artículos y libros. Ha sido distinguido con numerosos galardones, como el Premio Nacional de Periodismo o el Premio Princesa de Asturias de Comunicación y Humanidades.

Silencio en la plaza

Por Agustín Pery

El ruido aturde. El silencio sobrecoge porque, como nos dictó Miles Davis, «el silencio es el ruido más fuerte, quizás el más fuerte de los ruidos». Una plaza en silencio es respeto por una liturgia en la que señorea el arte de driblar a la muerte. A veces, no he mirado a la arena, sino al tendido. Ahí he sentido lo más cercano a la fe: el recogimiento del aficionado ante algo que, siempre, es inexplicable. Ese momento único donde torero y bestia son uno, con el silencio enhebrado en cada muletazo. Y sí, he escuchado olés, claro. Pero a mí me ha emocionado esa quietud como de claustro, donde hablar es un capricho innecesario; porque ahí, en los medios, todo ha quedado en pausa, suspendido del alero, hasta que diestro y toro quieran. Que no quieran nunca, porque el silencio estira el tiempo, lo aquieta, y un segundo es la eternidad muda. Las tardes de las que guardo memoria son ahí, callado, con la mirada fija, las piernas bien juntas, una mano en el mentón, otra en la rodilla… casi sin respirar porque, abajo, José Tomás había mandado callar. Miraba a un lado y a otro; detrás, sobre mi cabeza. Todos en Las Ventas éramos cofrades del mutismo, feligreses zaheridos por un sermón de pases de pecho, verónicas, trincherillas, estatutarios y naturales largos, lentos, eternos. Todo se dice en un gesto, cuando una mano señala ese pase de viento y la cabeza al lado asiente como diciendo «sí, lo he visto». Y sigue todo en silencio. No son las más, es cierto, pero qué quieren, conviene no abusar de lo bueno porque el silencio jamás puede confundirse con el tedio, que es la apatía de quien no vive, sino que deambula.

Un aficionado recio, enjuto, me dijo al salir de la plaza de El Puerto que el coraje que sentía no era porque Joselito fallara con la espada, esa estocada baja que le había robado el triunfo merecido. La rabia le vino a Perico porque, por un rato, se había olvidado de todo, de su mala cabeza con el vino, de las estrecheces en la casa baja, pequeña y atestada, el miedo a un ERE en Osborne y ese tembleque en las mano al que el médico ha puesto un nombre extranjero que el tonelero no sabe pronunciar. A Perico le arruinó el momento, su momento, esos silbidos, un murmullo de señalamiento, la falta de misericordia no con el diestro, sino con él, que había roto la hucha para tener ese ratito a solas, sin malos pensamientos, huérfano de miedos. Porque Perico se quedó prendido de las manoletinas de Joselito, que dibujaban figuras imposibles en la arena del coso. Si Perico hubiera leído, a Joselito le hubiera llamado Nureyev y, a El Puerto, Bolshoi. Pero Perico rememora los lances acodado en la barra del bar mientras le invito a unas papas aliñás y una Cruzcampo bien fría. No habla: Perico baila. Porque esto, imaginarse en la cumbre del toreo, precisa del silencio íntimo del sueño del que no se quiere despertar, ese que quebró una estocada desprendida y arrancó a Perico de allí de donde no quería volver: silencio. Que baile el maestro. No me acuerdo si aquella tarde hubo silbidos, aplausos desganados y una triste vuelta al ruedo. Sí que para mis adentros vi torear a la caída del día a Perico el tonelero. Fue una faena cumbre, cargada de sentimiento. En silencio, el de los toreros buenos.

Agustín Pery

Agustín Pery Riera (Cádiz, 1971) es periodista y escritor español. Estudió periodismo, trabajó durante 23 años en *El Mundo*, donde desempeñó diversos roles, incluyendo director de *El Mundo/El Día de Baleares*. En 2013, destapó junto a su equipo varios de los escándalos de corrupción política más relevantes en la historia de Mallorca. En 2017 se incorporó a *ABC* como director adjunto, cargo que ocupa actualmente. Como escritor, ha publicado las novelas *Moscas* (2018) y *Txalaparta* (2023), ambas ambientadas en contextos de corrupción y violencia política.

De la afición a la militancia

Por Paco March

Uno, como tantos, empezó a ir a los toros en su Barcelona natal primero en brazos de sus padres, más tarde de su mano… alimentando una afición que ya no me abandonaría y que tuvo en Chamaco su primer ídolo, como lo era también de la ciudad y que, como el primer amor, se perpetúa en la memoria del alma así que pasen los años.

Barcelona vio la primera corrida de toros en 1387, celebrada intramuros y organizada en la Plaza del Rey y fue organizada por el rey Joan I de Catalunya, tenido como hombre gentil, bueno y sensible. La última, el 25 de septiembre de 2011. Desde entonces, La Monumental cerrada al toreo y la afición catalana viviendo un doloroso exilio interior.

Una Barcelona que en las primeras décadas del siglo XX llegó a contar con tres plazas de toros (El Torín, Las Arenas y La Monumental) funcionando a la vez y que era capital del planeta de los toros. Aquella Barcelona de la que Santiago Rusiñol escribía sobre un encuentro casual con Rafael *El Gallo*:

«Hemos tenido la gran honra de comer al lado de El Gallo. Dejándonos de modestias podemos decir que lo hemos tenido cerca, que le hemos podido tocar, sentir, darle la mano, lo que desearía el ochenta por ciento de españoles y el noventa y ocho por ciento de catalanes que llenan, incluso en días de trabajo, las tres grandes plazas de la laboriosa Barcelona.

El Gallo, que es un hombre modesto, simpático, natural, que no habla de filosofía, ni de estética, ni de retórica, ni de ningún instituto de enseñanza, ni de ninguna academia taurina, sino que es él, El Gallo,

un buen torero que se gana honradamente la vida y que ha dicho cosas de Barcelona de las que han de estar agradecidos todos los partidos de la ciudad, tanto los que tiran a la derecha como los que se decantan por la izquierda. Nos ha dicho y nos llena de alegría que hoy en día Barcelona es la ciudad de nuestra España que más exalta su oficio, la que tiene más afición a los toros y que incluso deja todo los días de trabajo para ir a aplaudir una verónica a pies juntos, un pase de pecho, o una estocada hasta los dedos. Nos ha dicho, por último, que él quiere tanto a este público, que deja todo por verlo a él de luces, que si no fuera andaluz de nacimiento querría ser hijo de Cataluña, porque cree que en ningún otro lugar se quiere más a los hombres que valen. Y después de beber sin porrón, porque no lo teníamos, nos ha prometido que mientras toree y le quede piel por agujerear, piernas para correr, capa y muleta, siempre recordará la tierra que más quiere al toreo, como lo demuestra con las tres plazas. Y nos hemos abrazado. Y llorábamos».

Lloraban y se abrazaban Rusiñol y El Gallo celebrando una tierra que amaba como ninguna otra el toreo que ahora el poder político y la cobardía empresarial le niegan.

De Chamaco a José Tomás transitaron mis tardes de toros en Barcelona, esas que nos han arrebatado. En ellas emociones, tragedias (la muerte en directo de José Falcón y Joaquín Camino), alegrías, tristezas, ninguna de estas comparable con la última, Juan Mora, José Tomás y Serafín a hombros y el gentío en el ruedo recogiendo arena en sus bolsillos, una arena que, en un recipiente de cristal, guardo cual si fuera reloj de arena que gotea inexorable el paso del tiempo a la espera de que llegue el día y la hora en que suene el pasodoble que arranque el paseíllo de la libertad.

Ocurre, además, que ese desamparo se acompaña de señalamiento. Es, digamos, estigmatizado. Desamparo, señalamiento y estigmatización que, paradójicamente, se inician en Cataluña con las libertades

recobradas tras la muerte del dictador y que bebe de un catalanismo identitario en el que, faltando a la historia y manipulando la realidad, la tauromaquia se asocia a una idea de España retrógrada y cañí a la que, años más tarde, se añadiría el —vamos a llamar— animalismo y ecologismo buenista y de salón.

Una Cataluña levantada también por gentes de la inmigración, andaluces, aragoneses, extremeños, murcianos… esos «otros catalanes» que tan bien supo explicar y reivindicar Paco Candel, con el toreo en sus raíces.

Resulta llamativo que uno de los lugares de peregrinación de la afición taurina catalana sea Ceret, en la Occitania francesa y a tan solo cuarenta kilómetros de Figueras. En Ceret, donde se anuncian ganaderías *duras*, una pancarta en el tendido reivindica una doble condición «catalanes y taurinos»; los areneros visten a la usanza típica catalana y la banda de música es una *cobla sardanista* que entre pasodobles interpreta *La Santa Espina* y *Els Segadors*. Ceret como árnica emocional y remedo de aquellas excursiones a Perpignan en busca del cine prohibido.

Cantaba Sabina «más triste que un torero, al otro lado del Telón de Acero» y así estoy yo, tras ese invisible telón censor instalado sobre La Monumental. Cuando paso por la Gran Vía, esquina calle Marina, allí está ella, tan en silencio, mientras en mi interior resuenan olés y se agolpan recuerdos de toros, toreros, faenas, amigos. Chamaco, Mario Cabré, Bernadó, Ojeda, Esplá, Sandín, Julio Robles, Serafín Marín, José Tomás… y siempre, María Gibert, tantos años compañero de tendido, luchador incansable y que alzó la voz y se dejó la vida contra la ignominia de la prohibición.

Militante de causas más o menos perdidas, siempre me quedará el toreo.

Paco March

Paco March es un periodista y escritor español especializado en el mundo de la tauromaquia. Su carrera profesional comenzó en la década de 1990, colaborando en diversos medios de comunicación como *La Razón*, *El Mundo*, Radio Euskadi, RNE, Burladero.com, Cultoro.com, *Cuadernos de Tauromaquia* y el *Boletín de Loterías y Toros Minotauro*. En 2000, se incorporó a la redacción del semanario *6TOROS6*, donde permaneció hasta su cierre en junio de 2020. Además, fue presidente de la Federación de Entidades Taurinas de Cataluña (FETC) desde noviembre de 2014 hasta su dimisión en marzo de 2020. Es autor de varios libros, entre ellos *Ahí queda eso. Obituarios taurinos* (2022), una recopilación de obituarios publicados en *La Vanguardia* durante los últimos diez años y *Cronicas para un adiós. O no,* con prólogo de Luis Francisco Esplá.

Envidio a los matadores de toros

Por Francisco J. Martínez

Por muchos años que viva siempre envidiaré a los matadores de toros. Y lo haré porque ellos, los últimos héroes clásicos de una humanidad que no sabemos muy bien hacia dónde camina, son capaces de entregar lo que un ser humano más aprecia, su vida, por dominar a una fuerza natural, a un ser indomable, a una joya genética que pervive en el siglo XXI, en una época donde cada vez vivimos más alejados de la naturaleza, a un toro de 500 kilos que quiere arrollarlo, cornearlo, pisarlo, morderlo… quiere quitárselo de delante, porque su sola presencia, recta, gallarda, serena, desafiante, le provoca un impulso irremediable de embestir con tanta bravura desatada que el animal también está dispuesto a dar su vida por matar a su oponente. Es el juego de la vida, donde sobrevive el más fuerte… o el más inteligente. Aquí no hay ni trampa ni cartón, las segundas tomas son imposibles, utópicas. Se vive y se muere, nada es casual, pero todo está envuelto de un halo mágico que hace que todos los años miles de personas llenen las plazas de toros, a pesar de los malos augurios de aquellos que nunca sintieron ni entienden lo que un aficionado vive desde el cemento del tendido.

Envidio a los matadores de toros, porque son capaces de generar tantas visiones distintas como espectadores presencian una faena en la plaza de toros y ellos, solo ellos, son el centro de todas las miradas. Unos se emocionan al ver cómo compone el torero su encuentro con el burel y se fusionan en una danza milenaria que marcó el devenir de toda la cuenca mediterránea desde el origen de los tiempos; otros analizan cada

gesto, cada mirada, de toro y torero y sacan conclusiones inmediatas con más o menos verosimilitud; otros saltan de la localidad con cada natural, con cada pase de pecho, mientras aplauden y jalean al torero; otros son masoquistas, porque cada tarde que acuden a la plaza tienen la escopeta cargada para criticar lo negativo y obviar lo positivo; otros son románticos que disfrutan con el ritual que aún pervive en una corrida de toros; otros son neófitos que se acercan a la Fiesta con curiosidad y saben que hay algo inexplicable dentro de lo que sucede en el ruedo; otros, simplemente, acuden como rito social… pero lo que está claro es que los matadores de toros logran acaparar la atención de todos, absolutamente todos, los allí presentes. Para bien y para mal, por entendidos y por neófitos, todos sucumben ante la tauromaquia.

Envidio a los matadores de toros, porque viven en las cercanías de la muerte y no por ello están angustiados ni son temerosos. Cada tarde, cuando se enfundan en el vestido de torear saben que la muerte estará más cerca que nunca de su existencia. Pero van a ella sin bajar la cabeza, con arrogancia, con valentía y con la seguridad de que, una vez más, le mirarán cara a cara y conseguirán burlarla y, si no fuera así, son conscientes y sabedores de que su nombre alcanzará la inmortalidad. Ese desafío es la energía que les hace continuar en el ruedo después de una cogida, con una cornada sangrante y al límite de sus fuerzas. Ellos se sobreponen, cumplen con su deber y después ya se ponen en manos de los sanitarios no para salvar su vida, sino para intentar reaparecer lo antes posible.

Envidio a los matadores de toros, porque son capaces de parar el tiempo. Un muletazo hondo y profundo parece infinito, mientras arrastra la franela por el albero aún húmedo. El silencio lo invade todo hasta que estalla el ooooooleeeee con el que finaliza el trincherazo, el natural, el derechazo o el pase del desprecio. Sin aún haberse repuesto ya está otra vez el toro embistiendo con el hocico por los suelos y toda la

plaza contiene el aliento, las pupilas se dilatan, las bocas se abren en señal de admiración, los músculos se tensan y la dopamina corre a raudales por los tendidos… hasta que vuelve a rugir la plaza con un olé rotundo y sentenciador. Veinte veces, veinte, y los aficionados salen de la plaza pegando pases con las chaquetas, mientras en sus pupilas aún se reflejan los detalles de la faena y, lo que es más importante, aquel pasaje ya lo tienen guardado en el baúl de la memoria donde se conservan y aprecian los recuerdos más valiosos en la vida de un ser humano.

En definitiva, envidio a los matadores de toros porque son los protagonistas de mi cultura, de nuestra cultura común, aquella que se forjó desde antes de la romanización de Hispania, cuando celtas y vetones ya veneraban al toro. Hoy, la globalización amenaza a todo aquel que es diferente, que no va por el camino marcado por unas élites que buscan la uniformidad de la humanidad, cuando la verdadera riqueza reside en la diversidad, que viene dada por las costumbres de cada pueblo, de cada comunidad, y la nuestra es la tauromaquia. Somos un eslabón más de la cadena de transmisión de la cultura, donde en lo más profundo de nuestras costumbres y nuestros ritos se encuentra la fiesta de los toros y lo que intentan es romper nuestro eslabón para desarraigar un hecho cultural que marcó el devenir de España a lo largo de los siglos, como ya dijera el filósofo José Ortega y Gasset: «La historia del toreo está ligada a la de España, tanto que, sin conocer la primera, resultará imposible comprender la segunda». Está todo dicho.

Francisco J. Martínez

Francisco Javier Martínez García (Peñaranda de Bracamonte, 1975) es un periodista español con una destacada trayectoria en el ámbito del periodismo regional. Licenciado en Ciencias de la Información por la Universidad Pontificia de Salamanca, inició su carrera profesional en los medios de comunicación de Castilla y León (*La Gaceta Regional de Salamanca, Tribuna de Salamanca, El Adelanto de Salamanca, El Norte de Castilla* y *Diario de Ávila*). En 2007 se trasladó a Albacete para asumir la dirección de *La Tribuna de Albacete*, periódico del grupo Promecal, donde también ha dirigido las ediciones de Cuenca (desde 2013) y Guadalajara (desde 2016).

Novillero de tintas

Por Jesús Nieto Jurado

El toreo, alma dejándose llevar por la trascendencia. El periodismo, alma encadenada al tiempo. Confieso que, antes de darle al manubrio de la prosa en estas páginas, miré hacia dentro, y dentro vi mi relación con la Fiesta. Entonces, un tironazo vino al encuentro. Un tironazo de la primera madurez en un coso que fue de segunda, y hoy de primera, y un joven jugando a la alegría en palabras de Manolo Alcántara. Era en esa plaza donde se torean gaviotas por la cercanía del viejo mar latino. Allí, a cuya orilla Javier Conde prepara sus imágenes sobre las que transmitir su pasión en charlas con los pupilos. Pongamos que esto que cuento fue recién inaugurado el siglo, y pongamos que en La Malagueta. Escribir aquí tiene esa confusión de planos, de gentes. Una confusión que es la misma que cuando hay que hablar de escritores y toreros, ángeles que son dos variables de la misma cosa. Yo aprendí lo que soy, definitivamente, en la incansable asignatura de los toros. Acaso porque el Cossío es el manual que a todos nos hace falta para situarnos con certidumbre en el mundo.

Esa fue mi primera lección, que tanto me serviría postreramente. Cuando los morlacos son resabiados y hay que seguir, pese a todo, por la senda del arte. Mi memoria se va allí, con la mayoría de edad a punto de estrenarse. Mi amigo Agus preparándose para mozo de espadas. Escuela taurina de la Diputación de Málaga. Recuerdo un novillero enjuto, Adrián, aunque no puedo precisar el apellido. O un banderillero, Alvarito Martínez, que se desempeñaba lo mismo de centrocampista que en las platas de banderillero zumbón. De todo eso hace más de veinte

años. Entonces andaba uno en la carrera, perdidas las vocaciones y con una envidia infinita por aquellos guardianes de la tradición. Porque sí, es tradición y memoria de quienes somos la tauromaquia. En eso empezó a basarse mi escritura. Quizá ayudó una noche tórrida en Sevilla, con La Maestranza iluminada, cuando en El Baratillo se torea a la fresca y se llena de frescor de capotes el insomnio del verano. Vestimos a Adrián, perlado de delgadeces y rituales, antes de la novillada nocturna. Ese fue mi momento epifánico. Cuando vi que estaba ante algo inefable a lo cual me surgía el desafío de ponerle palabras. Perdonen que hable de mí, pero es lo que mejor conozco. Así que hablaré de mi juventud pegado a los burladeros. Yo iba a las clases de la escuela provincial por la física, y porque después había partido de fútbol en el albero. Llegábamos en moto, a la sombra del cerro de Gibralfaro, que viene a ser un tendido natural, infestado de ardillas y camaleones, que besa a la plaza y por ende al mar. Una tarde se escapó un novillo, y los jóvenes nos silbamos la llave de los chiqueros esa misma tarde. El novillo, por su parte, llegó hasta la larga carretera a Barcelona. Se van agolpando las anécdotas, pues aún no habíamos llegado a la sublimación en torero interpuesto de la Fiesta. Algún tipo de noción teníamos, está claro, por la intervención de Fernando Cámara, que después de haber vivido lo que vivió el maestro, insistía en que había que terminar el bachillerato y en que sus alumnos, cuando llegasen el triunfo y los sobres, empleasen con cabeza el billetaje. En todo esto yo iba colando artículos en la prensa local. Sección fija por amor al arte, pero iba haciendo nombre en los carteles.

Cuando llegaba agosto y la Feria a aquella ciudad del sur, los niños de la escuela taurina, desempeñándose como acomodadores, me indicaban cómo pasar de la andanada a las cercanías del presidente. Y ahí estaba la generosidad de quienes hoy alumbran la tauromaquia para una juventud creadora a la que quieren, trabajo en vano y con dinero público, alejar del toro. En esa misma plaza donde yo petardeaba había visto, años antes, a

un «josetomasiano» de Úbeda que responde al nombre de Joaquín, por divisa Sabina, y que escribió, ya lo saben, el himno de la posguerra y Manolete, la canción del Linares cuando la localidad jiennense recupera su memoria trágica de un tiempo y de un país. En aquella plaza, insisto, me iba haciendo hombre cuando después de las flexiones me dejaban coger los trastos, las franelas polvorientas, e ir viendo el peso de la tela y su verdad de pinceles de aire, tan descarnados.

Fue pasando el tiempo y el arriba firmante se instaló en un rosario de casas malas en Madrid. Apenas sin armario, me ponía una chaqueta con corbatilla fina cuando llegaban los Isidros. Años antes, quizá muchos, ya había coronado la plaza desde una localidad que me regalaron en el Bar Marathon, en La Latina. Iba colando metáforas taurinas en las columnas. Ese fue el momento en que ya los toros y escribir en los periódicos se metió en mí con una pasión inamovible. Tomo aire y sigo pensando en qué me han aportado los toros a mi oficio de escritor en periódicos. Y sé lo que es: el amor propio, el amor a la verdad hecho arte. Por eso soy un novillero de tintas. Por eso me he quedado calvo como El Gallo. Por eso de mes en mes, por salvífica voluntad de Agustín Pery y del periódico, voy entrevistando bajo el signo de Juncal a los goznes más brillantes y más secretos de la tauromaquia. Por eso se me vino el cielo cuando esta fundación me llevó a Las Tiesas a conocer a Cobradiezmos. Por eso este relato firmado el verano peligroso en que en un hospital anduve recuperándome de una cornada en el alma.

Jesús Nieto Jurado

Jesús Nieto Jurado (Málaga, 12 de marzo de 1985) es periodista, escritor y columnista. Licenciado en Periodismo por la Universidad de Málaga, inició su carrera en la radio local a los trece años. Ha trabajado en diversos medios, incluyendo *ABC*, *El Mundo*, *El Español*, *El Norte de Castilla, Diario Sur* y la revista *Cuché* y ha colaborado en Canal Sur, RTVE y Trece TV. Es autor de los libros *Contra los tontos por ciento* (2017), *El altillo* (2019) y *El año de la rubia* (2022). Ha sido galardonado con el Premio Ateneo de Málaga de Periodismo y ha sido finalista del Premio Manuel Alcántara de Reportajes y del Premio Unicaja de Articulismo.

Hay futuro, figura

Por Fernando del Valle Lorenci

Cuando con once o doce añitos Manuel dijo que quería apuntarse a la escuela taurina nadie en casa lo vio como una extravagancia. Al cumplir un año, sus padres, buenos aficionados, le habían regalado al niño una montera y un capote. Luego llegaría el carretón que trajo el padrino. Los juegos en casa, en el campo. La pose, siempre la pose. Un desplante al terminar los deberes, otro al esquivar a su hermano, más «normal», en invariable patada a una pelota. Tan iguales en lo físico; tan diferentes en todo.

No ha pasado mucho tiempo y ya Manuel Rodríguez quiere anunciarse en los carteles con su nombre. Lo bueno es que podrá hacerlo. Y hay que felicitarse por ello. Tiene catorce, luce pintón y este verano de 2025 ha debutado en La Malagueta en un tentadero público enfrentándose a dos becerras. Los tendidos estaban a rebosar. Amigos, compañeros de clase, torerillos como él. Gente joven ante la que sintió el vértigo de la responsabilidad, mucho más agudo que el miedo al toro. «Al animal, siempre respeto, pero el público es lo que más presión genera».

Manolillo, como lo llaman sus compañeros, lo hizo de fábula y demostró torería. Empezando así ante miles de espectadores a labrarse un futuro que hace un poco pareciera que no pudiera darse. Porque nuestro torero en ciernes no concibe que cuando nació y en los años subsiguientes, la tauromaquia parecía amenazada de muerte. «¿Se acabó la Fiesta?», titulaba Rubén Amón en *El País* en 2015 aludiendo a la

pujanza de la conciencia animalista, a la posición de una parte de la izquierda desnortada en la búsqueda del voto y también, por supuesto y quizás más importante, a la falta de renovación generacional en los espectadores. Ardía también entonces el debate sobre la identidad nacional, fíjense ustedes qué novedad, y lo conveniente era arrimarse al antitaurinismo para denostar a España. La única creación genuina del pueblo español, como la bautizó Ortega; la riqueza poética y visual más grande de España, que dijo Lorca; la última tragedia viva de Occidente, como la dibujó Cela, se había convertido en un reducto cultural tenebroso de una sola opción política. Terror.

¿Qué ha pasado desde entonces? ¿Por qué a nuestro Manuel le gritan «torero» sin rubor sus amigotes, a los que no se ve precisamente asistir a un partido de fútbol de su hermano? ¿Cómo ha sido posible este resurgir de la Fiesta en un mundo en el que lo políticamente correcto se empeña en diluir nuestras señas de identidad y nos uniforma peligrosamente en torno a lo inane, a esa realidad de plástico que nos inunda desde las redes sociales? ¿Quién nos explica que las principales ferias se salden con récord de público mientras que los festejos en plazas menores registren entradas no vistas desde hace décadas? Y sobre todo, ¿cómo narices se ha conseguido que sea mayoritariamente un público joven quien haya revertido esa oscura situación?

Para explicar este feliz fenómeno, podemos recurrir a elementos concretos, como el cuidado de la cantera por parte de determinadas instituciones que han querido ir a la contra del rodillo biempensante. En Málaga el ejemplo de la Diputación Provincial es referente. A la aparición de nuevas figuras de acá y de allende los mares que han revitalizado el furor por lo que sucede sobre el albero. Citaremos, claro, la recuperación de un sanísimo debate intelectual sobre la vigencia de las corridas con la aparición de grupos de presión y en el que hasta toman partido, hastiados del fundamentalismo progre, quienes un día pudieron

ser considerados santones del mismo. Apelaremos incluso al éxito que nuestra genuina manifestación cultural tiene cada verano en un turismo rampante. Aboguemos, también, por que a nivel interno mejoren ciertas prácticas y se abandonen viejos vicios que poco ayudan en la pelea.

Pero sobre todo, lo que no debemos perder de vista es cómo tantos y tantos jóvenes se han acercado a la Fiesta como un verdadero acto de disidencia. Tiene bemoles que lo contracultural sea pedir respeto. Enhorabuena, lo habéis logrado. Manolillo lo sabe. «La verdadera crueldad es lo que se les escucha a algunos políticos, que con tal de meterse con los toros entonan verdaderos discursos de odio», argumenta con una lucidez impropia de su edad.

En suma, podríamos observar contentos que a día de hoy la libertad, en este caso la de ir a los toros, parece estar ganando la batalla. Circunstancia que, si trascendemos el mero hecho taurino, debería llenarnos de esperanza en este tiempo gris. ¿Hemos vencido esta guerra? Nunca una contienda así se puede dar por finalizada. Todavía quien esto firma se ha tenido que enfrentar a censuras políticas de baja estofa por haber devuelto a la radiotelevisión pública municipal que dirige la información taurina.

Pero ahora déjennos sonreír, como lo hizo Manuel, tan pequeño, triunfando a lo grande en La Malagueta. En la seguridad de que quienes disfrutamos con el toreo no somos peores. Ni torturadores, ni maltratadores. Españoles, sí. Pero también los hay de fuera. Están todos invitados. Sigamos andando el camino. Se lo merece gente como nuestro pequeño torerazo, que sólo tiene clara una cosa: toda su ambición es ser figura. «Con toda humildad, quiero pasar por encima al Juli, mi referente, y convertirme en el mejor torero del siglo». Por derecho. Seguiremos peleando por que lo intente.

Fernando del Valle Lorenci

Fernando del Valle Lorenci nació en Madrid en 1973. Estudió Periodismo en la Universidad Complutense de Madrid (UCM). Comenzó su carrera profesional en el diario *ABC* y posteriormente fue corresponsal en Tenerife y Córdoba; luego jefe de sección, redactor jefe y Director de la edición de *ABC Córdoba* entre 2002 y 2009. En enero de ese año fue nombrado Director de la Edición Andalucía del diario, liderada desde Málaga. En 2023 realizó un cambio importante en su carrera: dejó su rol como director de la edición andaluza del periódico *ABC* tras catorce años, para asumir el cargo de director gerente al frente de Canal Málaga RTV, la televisión y radio municipales de Málaga.

El «metisaca»

Por Federico Jiménez Losantos

En los toros hay una forma de matar a la fiera que resulta eficaz porque es rápida y porque no la huelen los aficionados de una vez al año y los turistas de una vez al siglo. Es el metisaca y se compone de dos movimientos, ambos engañosos: en el primero, se coloca una estocada o pinchazo hondo en los bajos, eludiendo la forma más eficaz y arriesgada de clavar la espada en todo lo alto, el morrillo, esa masa muscular que da al toro de lidia un perfil abisontado. Si se mata por derecho, o sea, con el mayor riesgo, al toro hay que hacerle bajar la cerviz con la mano izquierda poniéndole en el hocico la muleta a ras de suelo, para que al embestir descubra el hueco entre las vértebras llamado equívocamente hoyo de las agujas y diseñado —el toro es un animal artificial, creado para la Fiesta— para cobrar la estocada, cobrar las orejas —toque feísta del hermoso rito— y cobrar el doble en la próxima feria.

El que por algo llaman matador se va tras la mano que la espada prologa y letaliza, y la clava, si puede, en ese hueco tan alto y peligroso, porque con la mano izquierda abajo y la derecha arriba, todo el cuerpo está expuesto a la cornada, que tiene una centésima de segundo para evitar, si la evita. Por eso la estocada es la suerte en que casi todos los toros pero también más toreros mueren.

La razón de matar colocando la espada abajo es que el torero sale del encuentro con el toro sin cruzarse de verdad con él, eludiendo el fiel ato de los cuernos y dejándole una puñalada atravesada que puede matarlo,

pero también desacreditarlo a él. De ahí que al primer movimiento, el meti, añada el segundo, el saca, que consiste en no soltar la espada tras clavarla y llevársela aprovechando el mismo impulso de entrar a matar.

Como el cruce es rapidísimo y en zona casi invisible, entre torero y toro, el punto de la estocada queda oculto y si el toro dobla, muchos pican. Pero el aficionado sabe que ha sido mala por dos razones: el lenguaje corporal y que no ha sido buena. Así que lo abronca.

Le perdonarán los incondicionales y los enemigos de la Fiesta; lo aborrece la afición, en especial el ganadero, a cuya brava criatura se hurta el derecho a una muerte noble: luchando hasta el final.

Federico Jiménez Losantos

Federico Jiménez Losantos (Orihuela del Tremedal, Teruel, 15 de septiembre de 1951) es un periodista, escritor, locutor y empresario español, conocido por su estilo provocador y su defensa del liberalismo clásico. Licenciado en Filología Hispánica por la Universidad de Barcelona, Jiménez Losantos inició su carrera en la militancia comunista durante la dictadura franquista. Sin embargo, tras un viaje a China y la lectura de Archipiélago Gulag de Aleksandr Solzhenitsyn, abandonó el marxismo y se orientó hacia el liberalismo.En los años 80, fue director de la revista *Diwan* y colaboró en Diario 16 y Cambio 16. En 1984, se incorporó a Antena 3 Radio y, posteriormente, a la Cadena COPE, donde presentó programas como *La Linterna* y *La Mañana*, alcanzando gran popularidad. En el año 2000 creó el Grupo Libertad Digital donde dirige *Es la Mañana de Federico* en esRadio desde su creación en 2009. Entre sus muchos premios, destacan el Espejo de España, el González Ruano, el Continente, el del Parlamento Europeo, el Micrófono de Plata, el Micrófono de Oro, el de la Asociación de ayuda a las víctimas del 11M, la medalla de Oro de la Asociación Dignidad y Justicia de víctimas del terrorismo, el Premio Libertad, el Juan de Mariana y el Escuela de Salamanca. También es columnista en El Mundo y editor de Libertad Digital.

La tauromaquia como contestación

Por Ramón Pérez-Maura

Cada vez es mayor para mí el placer de acudir a la plaza de Las Ventas durante la Feria de San Isidro. Pero no solo eso. Aunque no soy más que un modesto aficionado, he tenido la suerte asistir a corridas de toros en Las Ventas, en Cuatro Caminos en mi ciudad natal de Santander, donde la Feria del Norte tiene cada vez mayor calado y en otros lugares. Recuerdo especialmente la feria de 2022 en Illumbe con la vuelta de los toros, de la mano de Morante de la Puebla, a una plaza que no los tuvo durante un cuarto de siglo, después de haber tenido San Sebastián muchos cosos, o la feria de Bilbao de la mano de Catalina Luca de Tena, la de Sevilla de la mano de las Osuna o de mi amiga la ganadera Silvia Camacho y hasta la plaza Monumental de México DF guiado por mi colega Román Cendoya en compañía de Rafael Escuredo, expresidente de la Junta de Andalucía y sin ninguna pasión por la fiesta.

A lo largo de los años, siguiendo a Vicente Zabala en ABC y a Andrés Amorós, primero en *ABC* y hoy en *El Debate,* he disfrutado de la pasión que rodea a los toros, de lo que es una fiesta que tiene un orden riguroso sobre el que la improvisación es, casi indefectiblemente, un error.

En los últimos años nada me ha producido mayor placer que llegar por las tardes a mi abono de la plaza de Las Ventas durante la feria y ver cada vez más jóvenes. Esta fiesta, a la que algunos sabios daban por fenecida, tiene una salud estupenda. Yo no he pretendido inculcar a ninguno de mis tres hijos mi modesta afición a los toros. Pero me encanta ver cómo compartimos el abono de Las Ventas y siempre hay alguien que

quiere disponer de él. Hace veinte años era difícil encontrar veinteañeros que quisieran ir una tarde de mayo dos o tres horas a Las Ventas. Hoy tengo la garantía de que, si yo no voy, hay un usuario alternativo del abono dentro de mi propia familia.

Es difícil saber cómo ha renacido este entusiasmo de los jóvenes por la tauromaquia. Pero sí hay indicios muy elocuentes. Escribo estas líneas en septiembre de 2025. A lo largo de los últimos años hemos visto cómo desde el Gobierno de la nación, ignorando toda la economía que rodea al toro en España, se ha ido acosando con intenciones finiquitadoras a la Fiesta Nacional. Y, gracias a Dios, se ha producido una reacción muy española que los jóvenes llevaban en sus venas. Las siguientes generaciones han empezado a llenar las plazas. Y se está demostrando que los jóvenes españoles siguen teniendo la pasión taurina de sus mayores.

Pero no nos engañemos. El primer impulso es fácil. El problema llega cuando te ponen tantas zancadillas que acudir a los toros se convierte en un gesto heroico. Afortunadamente en España sigue habiendo regiones en las que se facilita y apoya la fiesta de los toros. Pero no todas. Aunque estemos presenciando en el País Vasco ferias de enorme éxito tampoco estoy seguro de que las autoridades las apoyen en absoluto. Mi duda es el chantaje que vive Barcelona. La prohibición de las corridas de toros por la Generalidad fue cancelada por el Tribunal Constitucional. Pero ningún empresario se ha atrevido a volver a organizar corridas porque tienen miedo a cómo puede afectar a sus otros negocios. Es la normalidad de la anormalidad. Y, sinceramente, no sé si la juventud catalana no está ya tan contaminada como para no tener remedio.

Yo no sé a quién se le ocurrió llamar a España «Piel de toro». Yo no la veo cuando miro un mapa. Pero me encanta como metáfora. El toro de lidia tiene lo que hay que tener y me gustaría mucho que España lo tenga también. Últimamente lo intuyo. Es una ilusión, que no es poco.

Ramón Pérez-Maura

Ramón Pérez-Maura (Santander, 6 de junio de 1966) es un reconocido periodista, escritor y analista político español. Licenciado en Ciencias de la Información por la Universidad de Navarra, inició su carrera en el diario *ABC* en 1989, donde trabajó durante más de treinta años desempeñando cargos como corresponsal en Oriente Medio (con base en El Cairo), redactor jefe de Internacional y adjunto al Director, responsable de las páginas de opinión. En octubre de 2021 se incorporó a *El Debate* como director de Opinión, tras desvincularse de *ABC*. Además de su actividad periodística, ha escrito varios libros, entre ellos *Del Imperio a la Unión Europea: La huella de Otto de Habsburgo en el siglo XX* (1997), *El rey posible. Simeón de Bulgaria* (2002) y *Memorias de un periodista. Tres décadas en ABC* (2021). También ejerce como colaborador en medios internacionales, participa como ponente en diversas universidades de España y Europa, y preside organizaciones culturales y de prensa ligadas al pensamiento europeo.

Urtasun torea de salón

Por Julián Quirós

Hace noventa años que Juan Belmonte dijo a través de la pluma de Chaves Nogales aquello de «¿quién te dice que algún día no han de ser abolidas las corridas de toros?». No ha ocurrido. Y si no ha pasado ya no va a ser Urtasun, un interino, el que lo consiga. Dicho sea por la parte peyorativa de la expresión: el titular de Cultura torea de salón. Sin riesgo, ante el espejo, poniendo posturitas; se atusa el pelo mientras anuncia la supresión del Premio Nacional de Tauromaquia y mira a los lados, a su escuálida tropilla, antes de que pierda la cartera ministerial. Urtasun sabe bien que no va a poder liquidar los toros, que más pronto que tarde otro le sucederá y repondrá el galardón, que esto no es Cataluña donde la casta pijiprogre le ha robado la voz al pueblo. Una cosa es que no le gusten los toros o incluso los deteste —algo legítimo— y otra bien distinta es que, como decía Ortega, «convierta el hecho sencillísimo de no ir a los toros en una hazaña».

Julián Quirós

Julián Quirós Monago (Guareña, Badajoz, 1969) es un destacado periodista español y actual director del diario *ABC*, cargo que ocupa desde septiembre de 2020. Licenciado en Ciencias de la Información por la Universidad Complutense de Madrid y con un postgrado en Periodismo Económico por la Universidad Nebrija, comenzó su trayectoria en revistas especializadas y en la sección de regiones de *ABC*. Posteriormente trabajó en *Sur* (Málaga), donde fue redactor de economía y subdirector; dirigió el diario *Hoy* (Badajoz) entre 2007 y 2009, y *Las Provincias* (Valencia) de 2009 a 2020. Colabora habitualmente en programas como *Herrera en Cope*, *La Linterna* y *Es la mañana de Federico*. Entre sus reconocimientos recientes destacan el Premio José Javier Uranga (2025) y el Eisenhower Fellowships First Amendment (2021).

Morante de la Puebla, el arte sobrenatural del hombre entre las tinieblas

Por Antonio Lucas

Hagas lo que hagas, siempre tendrás a la mitad de tu gente en contra cuando dices en voz alta que hay toreros por los que aún tiene sentido acercarse a una plaza de toros. Toreros como Morante de la Puebla. Toreros capaces de convertir una circunstancia violentísima en una expresión del arte. Tipos como él, que alojan en la mirada la cicatriz de un sentimiento. Seres a la manera de este hombre que torea como si no hubiera pasado el tiempo y su cualidad de artista justifica un riesgo. Leí en Zabala de la Serna (el mejor cronista taurino de las últimas décadas, el de prosa y sentido más precisos) la faena de Morante de la Puebla el viernes 2 de mayo en Sevilla a un ejemplar de la ganadería de Domingo Hernández. Luego pude cazar algunas imágenes. Y ahora esto: escribir de lo extremo de algunos instantes de su tauromaquia, de la condición tan abisal de su toreo, del individuo herido por dentro, del hombre que se ha hecho hombre entre tinieblas, con la cabeza (de sien a sien) cruzada de vientos y alguna resonancia de caverna.

En esta vida, ya se sabe, la valentía siempre viene de alguna fatalidad. Asistir al toreo de Morante de la Puebla está más allá de la pena o la alegría de torear. La estética de la figura, el ritmo del movimiento, la gracia del adorno, su instinto o su experiencia. Y la montera de morillas con los machos caídos en ecos de Joselito *El Gallo*. Y el vestido con fulgores bordados de muy atrás. Y el vaso de plata para matar la arena con la que hace montoncitos en la boca el miedo. Y la manera en que el tiempo se dispone a detenerse cuando la muerte frente al toro tiene su horario

y las verónicas y los naturales burlan los pitones que esperan la orden de entrarle al corazón para cobrar su deuda. Torear tan minucioso y desarmado como Morante es el milagro. Vivir con tanto desasosiego, un impreciso infierno. Vivir así es otra manera de volver el fusil hacia uno mismo, apoyar la barbilla en la punta del cañón y a lo que salga.

Este es un artista dañado y de su quietud sube algo incalculable a veces, el enigma sugerente de los impares. El silencio que acumula es de tal calidad que no quieres ni respirar para no espantar el prodigio. Los humanos, mayormente, somos mitad luz y mitad noche. En él es más grande su mitad de noche y en ocasiones esta lo ocupa todo más allá de sus defensas. Se puede decir que Morante de la Puebla es un artista del linaje de los extraviados. Y el toreo, cuando lo cuaja, ocurre exactamente en el intervalo que hay entre él y él. Esto parece fácil de decir, pero es la sustancia de su diferencia, incluso de su honda rareza desigual. Son quienes convierten su estado de gracia en un estado de alerta.

Claro que el toreo es barbarie, no iba yo a dejar de decirlo. Pero también es una manera de llegar a sentir el arte de otro modo. Ni siquiera quienes braman diciendo «¡asesinos, asesinos!» aciertan con la verdad. Aquí existe la muerte, pero no el crimen. También sucede en la plaza la grosería tantas veces, pero no el delito. Y los más peligrosos son quienes presumen de prohibir o alientan la prohibición y ondean una moral de asfixia impidiendo sentirlo todo de todas las maneras. Nadie me va a descubrir la zafiedad, la estupidez, el ánimo de regimiento de infantería, el estraperlo ideológico, el mal gusto y lo bruto que existe en una parte ancha del mundo de los toros, porque lo conozco. A nadie intento convencer de lo que siento si Morante levanta el vuelo alguna tarde, porque esa emoción es solo mía y así está bien. La tolerancia se da en ocasiones como una suerte de lucidez inversa. No se puede ni se debe ser todo en este mundo. Ni sentirlo todo de todas las maneras. Ni ser sublime sin interrupción, aquella consigna hortera de Baudelaire.

Pero lo suyo es otra cosa: Morante de la Puebla torea desde el desvalimiento del artista de *alma* oscura (porque el toreo tiene *alma* como la tiene la poesía, la música, la pintura o el cine cuando la tienen). Morante torea crujido de desconciertos, desde el desprendimiento de la enfermedad mental. Y en el conglomerado en bruto de su condición tan frágil alcanza una pureza extraordinaria, concentrada y desplegada al mismo tiempo. Él es lo más soberbio que está ocupando en este tiempo una plaza de toros. Lo suyo es una cuestión de matiz, de asombro y de impronta que se dice en un *misterio*, como pedía *El Gallo*. Torear de un modo tan distinto que uno no sabe cómo ha llegado hasta ahí.

«Soy un torero que se mueve por pulsiones interiores. Siempre estoy en busca de mí mismo. Muchas veces vivo en pensamiento». Lo de vivir en pensamiento da la dimensión telúrica de este torero. Vivir en pensamiento, en su caso, es vivir sobrevolando el abismo, el miedo, lo inexplicable. Habla de él hacia él. En medio de sus silencios geométricos se puede oír pasar los pájaros. Existe una belleza inesperada que solo sucede en su toreo, en la forma tan contraria de aceptarlo. Una suerte de sinfonía que no ha sonado antes y que resulta esquiva, casi secreta. Tiene algo de ser imprevisible confiado al milagro.

Quizá la ceremonia de los toros está en agonía, como dicen los amigos antitaurinos. Importa poco. También la democracia resiste amenazada en más de la mitad de Occidente y aquí seguimos. Entre sol y sombra pasa la vida. Pero hay momentos tan fuertes, yo no sé, en que alguien transforma lo vulgar en un instante infinito y por un momento te lleva a donde nunca has estado.

Antonio Lucas

Antonio Lucas (Madrid, 28 de diciembre de 1975) es un periodista y poeta español destacado por su labor en el ámbito cultural. Licenciado en Ciencias de la Información, comenzó su carrera en 1996 en el diario *El Mundo*, donde ha sido redactor de la sección de Cultura y director del suplemento *La Esfera de Papel*. Actualmente, es reportero y columnista de Opinión en el mismo medio. Como poeta, ha publicado varios libros, entre ellos *Antes del mundo* (1996), *Lucernario* (1999), *Los mundos contrarios* (2009) y *Los desengaños* (2014), que le valió el Premio Loewe. En 2021, debutó en la narrativa con la novela *Buena mar*. Además de su labor periodística y literaria, ha colaborado en programas de radio como *El Faro de la Ser*.

Sobre mi afición

Por Andrés Amorós

El origen de mi afición a los toros está muy claro. Mi abuelo paterno era veterinario en Alicante; entre otras cosas, ejercía su profesión en esa Plaza de Toros, la consideraba su casa. Llevó a ella a mi padre, cuando él era un niño. Del mismo modo, mi padre nos llevó a los toros a mi hermano y a mí, cuando éramos chicos. A mi hermano, la afición le duró unos años; luego, se cansó. Yo no me cansé: me hice aficionado y así sigo. No lo lamento, estoy orgulloso de ello.

Siempre he pensado que, sin esa circunstancia familiar, también me hubiera aficionado a los toros, pero hubiera llegado a esa afición (como a tantas cosas) más tarde, con retraso.

Fuera de la notaría, su profesión, a mi padre le apasionaban los toros, hasta su muerte. A él le debo el haber podido tratar, desde chico, a personajes de la categoría de Marcial Lalanda, Domingo Ortega, Miguel Dominguín… Una suerte inestimable.

También le debo a mi padre el haberme transmitido unos criterios básicos de lo que es el toreo clásico; de haberme enseñado a fijarme en el toro. No es mérito mío, él me lo enseñó. En mi etapa juvenil, más o menos rebelde, cuando chocaba con mi padre en alguna opinión, siempre nos quedaban los toros como terreno común. Podíamos variar algo en ciertos matices de gusto personal, pero, en lo básico, siempre coincidíamos en la manera de ver los toros. Ahora mismo, cuando veo algunas modas que se han impuesto en el toreo, pienso en lo que dirían, si las hubieran visto, mi padre y algunos amigos suyos…

En mi caso, la afición a los toros no es algo aislado ni sorprendente. Me apasionan los toros igual que me apasionan la literatura (por eso la elegí como profesión), la música, el teatro, el cine… el arte, en general.

Porque, quieran o no los antitaurinos, la tauromaquia es un arte. Se ajusta a la definición del arte que da Santo Tomás: «Lo que, visto, agrada». Los aficionados no somos sádicos, no acudimos a las plazas para ver sangre, sino esperando que surja la belleza, como un regalo único.

Además, la tauromaquia es un arte singular, dificilísimo, porque nos ofrece belleza pero también emoción. Nace ante nosotros, igual que el teatro y la música en vivo. Nunca se repite, siempre nos sorprende.

Y lo decisivo: el material que utiliza el torero para crear belleza no es mármol o lienzo, sino un toro de lidia: un animal bellísimo pero peligrosísimo. El diestro necesita, ante todo, imponer su dominio, para desplegar luego su estética; con su inteligente maestría, vence a la fuerza bruta de un feroz animal.

Dicho con toda sencillez, sin hacer literatura: el torero pone en juego su vida para crear belleza. Por eso, una corrida de toros no es un deporte ni un espectáculo: conserva elementos sagrados, de ritual, de sacrificio.

Para disfrutar de cualquier arte, hacen falta cierta sensibilidad y cierto conocimiento. Lo mismo sucede con los toros. En una sociedad como la actual, cada vez más urbana, más alejada de la realidad del campo y del toro de lidia, algunos no son capaces de sentir la belleza de la Fiesta. Los respeto, pero lamento que ellos se lo pierdan. También hay gente que se aburre con una sinfonía de Beethoven o de Mahler, con un poema de San Juan de la Cruz o de García Lorca, con una pintura de Velázquez o de Goya…

El arte es el reino de la libertad, no se puede imponer a nadie. Pero también tenemos todo el derecho de exigir respeto, como apasionados por el arte de los toros.

Por mi parte, lo digo con toda sencillez: algunas de las experiencias estéticas más hermosas y más emocionantes que he vivido han tenido lugar en los toros. Y recuerdo que mi amigo Mario Vargas Llosa proclamaba exactamente lo mismo.

Cuando uno mira hacia atrás, en su vida, para recordar momentos mágicos, uno recuerda algunos paisajes, algunas músicas, algunos cuadros, algunas lecturas… También, algunas faenas. Ese recuerdo nos consuela de tantas miserias y nos va a acompañar hasta la muerte.

Una cosa más. Si uno es español, debe conocer la cultura de su país y sentir orgullo por ella. Ignorarla o no valorarla supone una gravísima equivocación. Y los toros forman parte indisoluble de esa cultura: son símbolo de España.

Andrés Amorós

Andrés Amorós (Valencia, 1941) es un destacado catedrático, ensayista y periodista español, reconocido por su labor en el ámbito de la literatura, el teatro y la tauromaquia. Licenciado en Filología Románica y doctor en la misma disciplina, ha sido catedrático de Literatura Española en la Universidad Complutense de Madrid. Su carrera académica se ha complementado con una intensa actividad en el mundo del teatro, siendo director de la Compañía Nacional de Teatro Clásico y del Instituto Nacional de las Artes Escénicas y de la Música. Además, ha sido director cultural de la Fundación Juan March, donde creó la Biblioteca de Teatro Español del siglo XX. Actualmente es crítico taurino de *El Debate* y acaba de recibir el Premio de Cultura de la Comunidad de Madrid en la seccion de Tauromaquia. Amorós ha publicado más de 150 libros, abarcando géneros como el ensayo, la crítica literaria y la narrativa. Su obra ha sido reconocida con prestigiosos galardones, incluyendo el Premio Nacional de Ensayo y el Premio Fastenrath de la Real Academia Española. Como periodista, ha sido crítico taurino en el diario *ABC* y dirige el programa *Música y Letra* en esRadio. Su labor ha sido destacada por su capacidad para vincular la cultura y la reflexión crítica en diversos campos del saber.

En Cataluña empezó todo

Por Iñaki Ellakuría

Como el final por decreto de los toros en Cataluña era una operación política anunciada hacía tiempo e inevitable, la última corrida en la Monumental de Barcelona fue encarada por la afición taurina local con voluntad de autohomenaje. Nostálgico, no exento de llantos íntimos, pero en ningún modo derrotado. Un gesto de casta frente a una mayoría de partidos catalanes y medios de comunicación de subvencionada complicidad que utilizaron la prohibición política de la fiesta de los toros, aprobada por el Parlamento catalán en enero de 2010, para asestar una primera embestida a los lazos de unión cultural y sentimental de Cataluña con el resto de España. Pasado el tiempo, podemos concluir que fue una avanzadilla a modo de prueba del posterior intento de ruptura total que significó el llamado *procés*, lanzado por Artur Mas, el heredero político de los Pujol, a partir del año 2012 y que concluyó en octubre de 2017 con el referéndum ilegal y el fallido golpe de 2017.

Aquel día de punto y final para los toros en Barcelona, domingo 25 de septiembre de 2011, con José Tomás, Juan Mora y Serafín Marín en el cartel, quedé a comer con un grupo de periodistas y, sin embargo, amigos en Casa Leopoldo. El restaurante, fundado en 1929 en el barrio Chino —desde el *lifting* olímpico de 1992 llamado Raval—, que pasó rápidamente de ser una casa de comidas popular a punto de encuentro de literatos, toreros, proxenetas… Sede de tertulias culturales y juergas flamencas, amén del restaurante habitual de Carvalho, el detective hosco y sentimental con el que Vázquez Montalbán reinventó el *noir* mediterráneo.

En la mesa estaban Alfred Rexach, Joaquín Luna, Alberto Gimeno, tres de las grandes plumas del periodismo catalán que se habían atrevido a desacatar públicamente la tiranía de la corrección política defendiendo la tradición y vigencia de los toros en Cataluña. Una honrosa excepción entre tantos miserables. También se juntó con nosotros Rosa Gil, la *Nena*, dueña del restaurante y viuda de José Falcón, el guapo torero portugués que murió el 11 de agosto de 1974 después de que un toro, bautizado Cuchareto, le corneara el muslo izquierdo, seccionándole la femoral.

De carácter desbordante e ironía de ley, la Nena nos divirtió contando historias del viejo barrio, cuando la inmigración venida de diferentes puntos de España se mezclaba con marineros yankis de la Sexta Flota, exlegionarios del Rif, prostitutas resabiadas y viejos gitanos que hablaban un catalán muy particular. Una Barcelona que acabó siendo arrasada por la especulación económica y nacionalista —siempre de la mano— y que se perdió en el tiempo de los recuerdos borrosos. El mismo lugar al que el poder nacionalista decidió condenar a las corridas de toros, después de casi dos décadas de arte y emoción desde que José Tomás toreara en 1994 por primera vez en la Monumental y la convirtiera en su plaza fetiche. Allí el diestro de Galapagar fue cultivando su relación con los veteranos y aficionados catalanes, a la vez que fue atrayendo al coso a una nueva generación interesada por su leyenda de nuevo maestro del toreo.

Este renacer de la tauromaquia en la Monumental, con tardes memorables y donde también se entendió y mimó a nuevos talentos como Morante de la Puebla —que abrió el 25 de septiembre de 2010 la Puerta Grande y fue llevado en hombros hasta su hotel por un gentío enfervorecido al grito de «libertad, libertad» y «no a la prohibición»—, acabó siendo su trágica perdición. El nacionalismo, con CiU y ERC al frente, y la extrema izquierda eco-pija en la que ya zascandileaba Ada

Colau en busca de un sueldo público, vieron en los toros una presa fácil y de un alto valor simbólico en su estrategia de confrontar a Cataluña con el conjunto de España, borrando sus lazos culturales y sentimentales.

Una ofensiva política y periodística, a la que el Partido Socialista Catalán se acabó sumando como habitual tonto cómplice del nacionalismo, que enarboló la bandera del animalismo y de una supuesta modernidad, presentando la fiesta de los toros como una anomalía salvaje y de origen franquista, ajena a Cataluña. Obviando con mala fe la larga tradición taurina de Barcelona, donde a principios del siglo XX coexistieron tres plazas en activo: El Torín, Las Arenas y La Monumental. Ni se dignaron los nacionalistas y socialistas en disimular la mala fe y excluyeron de la prohibición a los «correbous», los festejos populares con toros que se celebran en las Tierras del Ebro, zona donde Esquerra Republicana tiene un importante y fiel caudal de voto.

Lejos de ser una anómala desgracia catalana, la prohibición de los toros, con la complicidad del Gobierno del hoy infame chavista Zapatero, supuso el inicio de casi todo: una operación de borrado de memoria histórica y cultural compartida entre españoles. El final de una plaza histórica, ya que, a pesar de que el Tribunal Constitucional acabó anulando la ley catalana, nunca más la familia Balañá, propietaria de la plaza, ni ningún otro empresario se ha planteado volver a celebrar corridas, entre otras razones por miedo a represalias posteriores. Supuso también el declive de muchas peñas taurinas catalanas y la desconexión entre los aficionados, condenados al recuerdo de un mundo de ayer, y que solo unos pocos, de vez en cuando, se reencuentran en las plazas francesas de Céret, Arles o Nimes.

Pero, más allá de las consecuencias locales, aquella operación política marcó un precedente: la prohibición catalana fue el laboratorio de una ofensiva cultural más amplia, que acabaría extendiéndose en los últimos años a buena parte de Hispanoamérica con nuevas prohibiciones y

restricciones. En Cataluña se ensayó la fórmula y se erigió el símbolo: demostrar que, bajo la máscara del animalismo y la modernidad, podía borrarse de un plumazo una tradición secular. En Cataluña, como tantas otras veces, empezó todo.

Iñaki Ellakuría Bastida

Iñaki Ellakuría Bastida (Barcelona, 1978) es periodista y columnista. Actualmente, ejerce como delegado de *El Mundo* en Cataluña, tras haber trabajado en *La Vanguardia*, *ABC*, la Agencia EFE y la revista cultural *El Ciervo*. En 2006, fue galardonado con el Premio Internacional Rey de España de Periodismo por una serie de reportajes sobre documentos desclasificados de Estados Unidos. Es coautor de libros como *La guerra ignorada* (2008) y *Alternativa naranja* (2015), y ha colaborado en medios como Letras Libres, EsRadio, RAC-1 y RTVE. En 2025, publicó *Contra lo woke y otros virus identitarios*, una recopilación de artículos que aborda el auge de los extremismos identitarios desde diversas perspectivas.

Mi primera entrevista

Por Andrés Cárdenas

Cuando yo era chico tenía todas las papeletas para que a mí me gustaran los toros. Mi padre puso todo el empeño en ello. Él fue en su juventud cuidador de caballos y llegó a ser alguacilillo en las plazas portátiles que se montaban en mi pueblo. Luego perteneció en los años sesenta del siglo pasado a la junta directiva de la Peña Manuel Benítez *El Cordobés* de Bailén. Me llevaba a las corridas con la ilusión de que pudiera charlar con él algún día sobre las excelencias de esa fiesta que a mí me aburría. Para convencerme solía decir que en una corrida de toros se pueden aprender algunas cosas útiles sobre la vida y la muerte, sobre el coraje y la cobardía, sobre la dignidad del hombre que se arriesga y la del animal que lucha hasta la muerte. Mi hermano Melchor también era un gran aficionado. Fue presidente durante unos años de la Peña Taurina Tercio de Varas en Linares y ha estado mucho tiempo dándome la vara, valga la redundancia, para que yo aprecie el mundo de los toros. Ni lo consiguió mi padre ni lo ha conseguido mi hermano. Pero eso no quiere decir que esté en contra de la fiesta ni comprenda que haya personas a las que les apasione ese espectáculo, solo que a mí no me gusta, lo mismo que no me gustan los conciertos de *rock and roll*, los desfiles militares o las carreras de caballos.

Sin embargo, sí hay un episodio relacionado con el mundo taurino que probablemente influyó en mí a la hora de querer ser periodista. Fue cuando mi padre, en ese deseo suyo de que me acercara al mundo del toro, me llevó al parador de Bailén a ver en persona a El Cordobés, que toreaba esa tarde en Linares. Yo debía de tener nueve o diez años. Entré

con mi padre y los restantes miembros de la junta directiva de la peña a una habitación en la que los subalternos estaban vistiendo al diestro. Dos personas se empeñaban en embutir el enjuto cuerpo de su jefe en un traje brillante, de colores y sumamente estrecho. Otra trataba por detrás de ponerle la coleta y otra más se afanaba en que el torero se calzara unas manoletinas con borlas negras. A mí aquella liturgia me parecía mágica e impresionante.

Cuando el torero me vio entre tanto adulto, se dirigió a mí y me preguntó si me gustaban los toros. Le dije que sí e inmediatamente le pregunté yo si no le daba miedo estar en una plaza con un toro tan grande. El torero dio casi una carcajada y respondió:

—Más miedo me da lo que hay afuera de la plaza.

Los de la junta directiva comenzaron a reír y yo, envalentonado por la reacción que había provocado mi primera pregunta, le hice una segunda:

—¿Y no le da lástima matar a un animal?

A los de la junta y a mi padre se les heló la sonrisa. En sus mentes tachaban de osada e impertinente la manera en que me dirigía a su idolatrado torero, el cual, lejos de molestarse, pergeñó otra carcajada y respondió:

—Más lástima me daría si me matara él a mí.

Todos rieron la salida del maestro, que, terminándose de vestir, se acercó a mí, me puso la mano en la cabeza y cariñosamente me revolvió el pelo.

Cuando salimos de la habitación, todos los de la junta felicitaron a mi padre por la agudeza de su hijo que, con las preguntas al torero, había humanizado aquella visita. Yo me sentí muy bien, había hablado y me había tocado la cabeza ese héroe de los ruedos que vivía asomado al vértigo perpetuo de la tragedia, ese hombre al que admiraba toda España, que llenaba las plazas de toros y que daba a los aficionados esa emoción que sus pacatas vidas necesitaban. ¡Y yo había hablado con él!

Creo que fue entonces cuando en mi mente abejeó por primera vez la posibilidad de ser periodista y hacer entrevistas a personas famosas.

Andrés Cárdenas

Andrés Cárdenas Muñoz (Bailén, 1954) es un periodista y escritor español con una destacada trayectoria en los medios de comunicación y la literatura. Licenciado en Ciencias de la Información por la Universidad Complutense de Madrid, inició su carrera profesional en el diario *Jaén*, donde publicó una serie de reportajes sobre pueblos y aldeas de la provincia que le valieron el primer premio de periodismo convocado por el Club 63. En 1982, se incorporó al diario *Ideal* de Granada, donde desempeñó diversas funciones, incluyendo redactor jefe de Cultura y coordinador de suplementos, hasta su prejubilación en 2017. Ha sido galardonado con varios premios periodísticos y ha presidido la Asociación de la Prensa de Granada. Como escritor, ha publicado más de una veintena de libros, destacando títulos como *El cántaro roto*, *Luna de octubre* y *Anales de Granada*.

Por qué los toros son noticia

Por Paula Ciordia Navarro

Noticia proviene de la palabra latina *notitia* y esta a su vez del verbo *nosco*, que significa *conocer*. Para los romanos, noticia era la acción de ser conocido. La palabra estaba asociada semánticamente a la escritura, pues *notitia* está ligada al verbo *noto* (derivado también de *nosco*) que significa «señalar, escribir, censurar».

Hoy en día el sentido de noticia preserva su esencia. La noticia es aquel suceso que destaca por su carácter extraordinario o por ser un hecho tan común y popular que despierta interés. La tauromaquia por su naturaleza cumple ambos requisitos. Sin embargo, no todo lo que es noticia es noticiable, es decir, digno de ser divulgado o publicado como tal. La noticia es un hecho, una información. Lo noticiable es una decisión. Por poner un ejemplo, algunos sucesos se hacen virales porque son noticiables, aunque no tengan ni el más mínimo interés público.

Por qué dejó de ser noticiable la tauromaquia

A comienzos de este siglo, la tauromaquia dejó de ser noticiable porque los medios generalistas decidieron que no era digna de formar parte de la agenda mediática, pese a tener todos los componentes para ser noticia. Esta decisión influyó en la opinión de millones de personas, limitándose solo a divulgar a aquellas manifestaciones que eran contrarias a la fiesta. Es decir, se puso de moda hablar mal del espectáculo, no del espectáculo en sí. Se dio a entender que los toros habían perdido el respaldo social, pues estaban ausentes en los medios.

Y lo más vil de todo: la televisión pública formó parte del cambalache que estaban haciendo los medios generalistas a nuestras tradiciones y ritos populares. Se estaba tratando de transformar la percepción del ciudadano. ¿Por qué hubo un cambio de timón cuando la crónica taurina —género típicamente hispano— estaba tan consolidado? Solo hay que pensar en la popularidad del insigne crítico de *El País* Joaquín Vidal, que lograban ser un punto de reunión de afines y no afines a la fiesta, dispares ideológicamente.

A comienzos de nuestro siglo, la expansión tentacular del orden económico global irrumpió con virulencia en los medios y las agencias de comunicación. Era necesario. Si se aspiraba a un mundo integrado bajo una misma lógica, las conciencias debían plegarse a una mentalidad homogénea, y los medios se erigieron como los arquitectos invisibles de esa sensibilidad compartida.

La tauromaquia no pasaba la censura obviamente, era muy nuestro —muy hispánico, reforzaba la idea de España en Portugal, Francia y multitud de países de América—, y además no era exportable porque los valores que propugna y la sustentan son tradicionales, rurales, de un tiempo remoto donde la muerte, el sacrificio y el honor rigen las reglas del juego. Solo hay que levantar la cabeza y otear qué sociedad querían los adalides de lo global —infantilismo, victimismo, antiespecismo y nihilismo— para darse cuenta que lo táurico en cualquiera de sus expresiones era un peligro público —madurez, heroísmo, humanismo y catolicidad—.

Tras décadas del experimento globalista, y de acoso y derribo a lo autóctono, el malestar del pueblo ante una realidad en la que no encuentra ningún vínculo identitario que lo sostenga ante un horizonte incierto y cambiante, ha despertado la necesidad atávica del rito, de lo sagrado, de lo festivo. Y la tauromaquia que nunca ha dejado de existir, que nunca ha dejado de practicarse, que ha permanecido como pilar en

las festividades españolas, ha sido (re)descubierta. Se ha vuelto a poner en boga. Tiene buena aceptación y está en auge.

La gran muralla china

La tauromaquia es la gran muralla china de España. El poder político se ha percatado. Unos ven en el apoyo a la fiesta una oportunidad de ganar popularidad. Otros ven necesario su boicot y censura para frenar su apogeo. Lo que sucedió con la creación del nuevo Premio Nacional de Tauromaquia este pasado mes de febrero, que lideraron el Senado y la sociedad civil —a través de la Fundación Toro de Lidia— contra la censura del Poder Ejecutivo por parte del Gobierno de España, es el resumen de una pugna mucho más honda y trascendente de lo que podría parecer. La vuelta de las retransmisiones en las televisiones autonómicas esta temporada es otro indicativo.

¿Y la televisión privada? La dictadura del silencio a tantos temas que interesan a la sociedad solo seguirá haciendo mella en su propia pérdida de credibilidad, cosechada desde que decidieron que los criterios que rigen lo noticiable sean la propaganda y el adoctrinamiento. En el caso del fenómeno taurino, que sea noticia y noticiable es ya incontestable.

Lo que sucede en los ruedos de España debe volver a ocupar un sitio en la información periodística. Los altos índices de audiencia en las televisiones autonómicas cuando emiten corridas de toros demuestran el interés que despiertan en todo el país, a pesar de la censura y la marginación mediática. Nuevamente el contraste de la opinión publicada choca con la opinión pública.

El mero hecho de que, en cualquier localidad de España, decenas de hombres estén dispuestos a jugarse la vida toreando es noticia. Cuando un torero es prendido por un toro, el milagro o la fatalidad es de por sí noticia. Que miles de personas paguen una entrada para estar tres horas sentadas en un sillín de piedra sin mirar el móvil es noticia.

Que multitud de jóvenes hayan vuelto a los ruedos y saquen a hombros con fervor y devoción a los toreros, corten el tráfico y lo lleven hasta el hotel es noticia. Durante muchos años, los jefes de prensa se han estado saltando a la torera la máxima deontológica periodística de dar voz a las partes enfrentadas en un conflicto, tolerando, en un país de raíces táuricas, que se estigmatizara a todo aquel que mantuviera con ellos un leve vínculo. A penas queda para la hemeroteca del mañana, el testimonio de la censura y repulsa que vivieron estas personas en Cataluña, Baleares… No interesaba conocer su verdad.

El género de la crónica taurina

El género de la crónica taurina nació a finales del siglo XVIII, dando cuenta de lo que sucedía en torno al espectáculo de las corridas de toros, ampliando el foco de la lidia exclusivamente. El mundo del toro a día de hoy es una fuente inagotable de noticias, reportajes. No hay que tener ni tan siquiera un olfato muy especial ni mucha imaginación para que broten temas interesantes.

Ya en el siglo XIX, la actitud antitaurina de primeras espadas en el periodismo de la época —como Mariano José de Larra— despertaron en los noticieros una fuerte polémica. Con la diferencia de que aquellos opinadores y los argumentos esgrimidos no tenían como horizonte un mundo vegano y antiespecista, sino que idealizaban el pensamiento ilustrado. Su altura moral era radicalmente diferente a la de hoy —por más que se apoyen los de ahora en aquellos—, pues nunca se deseó la muerte de ningún torero, sino que se aprovechó —al estilo de los papas de siglos pasados— las cogidas graves o mortales de los toreros para demostrar —según ellos— que era una fiesta inútil y que debía desaparecer.

Mientras se toleraba la crítica contraria a la fiesta, el periodismo taurino tomaba fuerza en los albores del siglo XX. Multitud de cabeceras especializadas son testimonio literario y gráfico de la época dorada que

consolidó nuestra fiesta como ahora la comprendemos. Y entre ellos, descolló la figura del aragonés D. Mariano de Cavia, referente en la profesión periodística hasta el punto de que el premio más prestigioso de nuestro oficio en España lleva su nombre.

En el siglo XXI con la explosión de la globalización cultural y económica, el periodismo sufrió una transformación hasta el punto de desvirtuar su cometido en la sociedad. La mayoría de los medios fue absorbida por fondos de inversión extranjeros o macrosociedades anónimas que a su vez formaban parte de un conglomerado mediático interconectado. La información autóctona y local salieron muy mal paradas. Y como hemos explicado, la tauromaquia se puso entre las tablas, hasta el punto de que un Cavia no podría haber sobrevivido.

El despertar por lo nuestro

La fragua del toreo en el siglo XXI ha sido la de una sociedad alejada del naturalismo. Esto ya es material suficiente para la crónica social y de costumbres. El periodista debió observar y preguntarse por qué esta gente no abandonó su mundo hacia el nuevo paradigma digital, global y consumista. Aquí tampoco hay hemeroteca para que el día de mañana podamos estudiar a través de la crónica del día cuál fue el pensamiento de estas gentes en la nueva sociedad que emergía y de la que no formaban parte.

Hoy hay motivos sobrados para la esperanza. El despertar por lo nuestro es el kikirikí de un gallo bravo. Se está conformado una conciencia cada vez más nítida e infranqueable contra aquellos poderes que nos minaron la tierra bajo nuestros pies, prometiéndonos un mundo sin dolor, sin sangre, sin muerte. De ahí que los toros son ya de por sí motivo de noticia. Porque como demuestra hasta la propia indignación de Miguel de Unamuno contra el pueblo español por seguir dando corridas de toros el mismo día de la pérdida de Cuba, el devenir de España solo se puede

entender y atisbar en profundidad si se comprende cuál es la sensibilidad y el gusto popular por el toreo según la época y las generaciones. No es baladí. Estas y algunas otras son las razones del porqué los toros son noticia y lo seguirán siendo.

Paula Ciordia Navarro

Paula Ciordia es periodista y corresponsal en Aragón para *OKDiario*, medio digital español. Está licenciada en Periodismo y en Filología Hispánica, uniendo su formación académica en comunicación con el dominio profundo del idioma. En su perfil profesional resalta su vinculación con la tauromaquia, un ámbito al que alude como parte de sus intereses personales además de su labor periodística.

Respetarás al hombre, defenderás al toro

Por Jorge Bustos

Los toros hay que defenderlos sobre todo si no te gustan. No es mi caso, porque a mí me gustan los toros, aunque entiendo de toros mucho menos de lo que me gustaría. Pero al menos sé que no sé de toros porque soy un ignorante, no porque una civilización superior me haya enviado desde el futuro a una España de carnívoros primarios para evangelizar a sus santas especies y salvar el condenado planeta.

Para empezar, al planeta le da exactamente lo mismo si sobre su superficie mugen poderosos victorinos recortando su cárdena estampa al sol de una dehesa o si toda la biodiversidad terrestre ha quedado reducida al gambeteo de las cucarachas bajo las piedras tiznadas por un holocausto nuclear. La bola cósmica donde azarosamente vivimos no tiene preferencias bioéticas ni sentimientos antropomorfos, y esta vieja evidencia debemos recordársela a todos los niños de cincuenta años de nuestros días: el planeta no necesita que lo salve ningún activista con los nervios destrozados por nueve décadas de animismo Disney. Los que necesitamos salvación, y de manera urgente, somos los homínidos de la especie *sapiens sapiens*. Y la mayor amenaza para nuestra supervivencia la representan otros *sapiens sapiens* que se han propuesto que este sea el siglo más gilipollas desde que bajamos de un árbol en África hace 300.000 años.

Defender los toros cuando te gustan tiene poco mérito. Si te conmueve el valor de un hombre enfrentado a un animal salvaje con un trapo rojo y un código estético bajo la mirada frecuentemente enfurecida de una

plaza llena, entonces defenderás los toros como el hijo reivindica el carácter peculiar de su madre o el clérigo protege a su iglesia de ciertas desviaciones. Esa clase de defensa está bien, no deja de tener lógica que los taurinos defiendan los toros; pero no es lo ideal. Tampoco estoy sugiriendo que enviemos misioneros a tierras de animalistas: bastante tienen con no desatar un fratricidio cuando uno se entera de que otro miembro de la tribu ha cedido a unas aceitunas rellenas de anchoa, no digamos ya a un plato de jamón.

Lo que digo es que la tauromaquia solo puede perdurar mientras los indiferentes entiendan que en esa plaza a la que jamás acudirá se defiende la libertad del ser humano. No la del ser humano español, ni mucho menos la del ser humano español de derechas: en esa plaza aún se defiende la amenazada autonomía del hombre que es dueño de su rito, soberano de su criterio y heredero de su civilización. Y allí donde se defiende la libertad de unos, se defiende la de todos.

No es la conservación del toro de lidia, no es el calor patriotero de la fiesta nacional, no son ni siquiera los cuadros de Picasso ni los versos de Lorca. Ninguno de esos argumentos me convencen. Hay que tirar por elevación: los toros se defienden porque los hombres se respetan. Se respeta su amor al toro esmeradamente criado. Se respeta su dinero ganado y gastado en un abono. Se respeta su ilusión y su decepción, ambas invencibles en el buen aficionado. Se respeta la complejidad del pueblo genuinamente retratado en un tendido, tan lejos de la caricatura del placer sádico y tan cerca del ideal crítico —kantiano— que a la política hace mucho nadie le exige. Y se respeta, por supuesto, a San Isidro.

De modo que a los toros hay que ir como siempre se fue, sin rencor y sin petulancia, pero decididos a repasar aquel borroso trazo en la arena donde empezaba nuestra pasión de hombres libres.

Jorge Bustos

Jorge Bustos (Madrid, 1982). Licenciado en Teoría de la Literatura con Filología Clásica por la Universidad Complutense de Madrid, obtuvo el Premio Nacional de Licenciatura. En 2015 se incorporó al diario *El Mundo* como redactor, siendo nombrado en 2017 jefe de Opinión y en 2022 subdirector. Además de colaborador habitual en COPE, Telecinco o La Sexta y autor de varios libros, desde 2025 presenta, junto con Carlos Herrera, el programa *Herrera en COPE*.

La humildad taurina

Por Hughes

En *Los toros, acontecimiento nacional*, Enrique Tierno Galván observa un rasgo de igualitarismo en la plaza: todos los presentes son iguales ante el torero, que es el más hombre de todos porque está ante la muerte.

No lo dice exactamente así. Dice que «en hombría, el torero vale más». Y por el latín, coraje y valía se escriben igual: valor.

En los toros hay un reconocimiento al valiente, al que se la juega. Al espectador no le duelen prendas en proclamar la superior hombría del torero.

No es el arte lo que se aplaude y distingue, sino la hombría. Ha de ser la hombría, porque si fuera solo lo bello o lo feo, ahí la fiesta derivaría hacia el espectáculo, observa Tierno, que distingue entre espectáculo y acontecimiento. Lo segundo lleva consigo una «concepción del mundo», por eso los toros son el acontecimiento nacional español.

Y esa concepción o creencia es la hombría del que se expone a la muerte. La espectacularización artística del toro nos aleja de ello, por grata que sea la forma, la postura o la composición.

El que no sabe de toros —yo no sé— aun aprecia el impacto de lo taurino en la concepción del valor-valor español. En los toros sobrevive una asamblea callada y solar de reconocimiento de uno sobre los demás.

El «¡qué huevos tiene!», que el Ministerio de Igualdad nos pide cambiar, es algo que viene de los toros. La aceptación del valor del otro. O expresado de otra manera: «¡qué tío es Fulano!» o «a valor no le gana nadie». No le gano yo. Es superior a mí. Y ese reconocimiento es una humildad colectiva de los toros. Por eso se aplaude al torero de una forma distinta y se le

eleva a hombros sobre los demás, en homenaje a la superior hombría del que pone en juego la existencia.

Así, en España, hay un rey, un presidente y un torero número uno: un *primus inter pares* de la valentía. ¿No ejerce el torero supremo una magistratura popular? ¿No es la persona con más valor de España?

En tiempos de mayor reconocimiento de lo taurino, el arte se fijó, no en lo *artístico* taurino, sino en esa cualidad de su tipo humano. Los pintores, un Romero de Torres, un Zuloaga, indagaron en la mirada, el porte o el gesto del torero, como en un estudio de esa hombría.

Es habitual en las discusiones, en las peleas, que dos hombres se reten, gallitos, y antes que la fuerza discutan su valor. En los toros eso está muy claro. Ese que está en la plaza te gana. Nos gana. Y nos rendimos a su superior hombría.

Hughes

Hughes es un periodista y escritor español con formación en Economía y una carrera profesional que se distingue por su mirada crítica y su estilo literario. Comenzó su andadura en el periodismo en *La Gaceta*, donde dio sus primeros pasos en la profesión. Posteriormente se unió al diario *ABC*, donde trabajó durante una década como columnista, cronista parlamentario y deportivo, además de mantener el blog *Columnas sin fuste.* En 2022, publicó *Dicho esto*, una recopilación de sus columnas periodísticas. En 2023, Hughes asumió el cargo de director del suplemento *Ideas* de *La Gaceta de la Iberosfera*, una publicación enfocada en los grandes debates culturales y políticos.

El desafío de la contracultura en el nombre de Morante

Por Rubén Amón

Consciente o no Morante ha resuelto, sin proponérselo, la paradoja de convertir la tauromaquia en una vanguardia. Era el territorio de lo pretérito, el refugio de la nostalgia, el museo viviente que se resistía a la modernidad. Y, sin embargo, bastó su figura para invertir la ecuación, para revelar que lo antiguo podía resultar subversivo, que lo anacrónico podía resonar como una forma de contracultura. Ningún estratega del *marketing*, ningún gobierno taurino, ningún congreso académico hubiera conseguido lo que se obra en el instante en que Morante se entrega al capote. Un pellizco de autenticidad basta para que los jóvenes, descreídos de todo lo demás, encuentren en él un motivo de fe. No lo ven como la repetición de una liturgia heredada, sino como el acto irreverente de un artista que, contra el viento de la época, decide torear con la pureza de los antiguos y la insolencia de los modernos.

No se trata de la defensa de un folclore, ni siquiera de la reivindicación de una tradición maltratada. Morante es revulsivo porque rompe las lógicas de la complacencia y de la decadencia, porque arranca a la Fiesta del sopor y la conduce al vértigo de lo inesperado. El toreo vuelve a ser riesgo, trance, delirio, cuando parecía condenado a la repetición. Y esa condición insurrecta, más que el recuento de trofeos o la regularidad de las temporadas, es la que ha terminado convirtiéndolo en un ídolo juvenil. Los muchachos lo siguen como se sigue a un músico maldito o a un poeta visionario. Ven en él lo que no encuentran en ninguna parte: la radicalidad de lo verdadero, la fulguración de lo irrepetible.

Morante se inscribe así en la genealogía de los grandes transgresores, de los artistas que convirtieron su época en una revuelta estética. Dalí lo hizo con la pintura, Camarón con el flamenco, Miles Davis con el *jazz*. Cada uno de ellos desmanteló las formas aprendidas para devolverlas transformadas, y en ese gesto hallaron el pasaporte a la eternidad. Morante lo hace desde el ruedo, con la misma ambición de trascender y con la misma fatalidad de pagar el precio del rechazo. Su toreo no es para todos, ni pretende serlo. Exige un grado de fe, un grado de abandono, un grado de comprensión que no admite rebajas. Pero quienes lo alcanzan saben que no hay nada parecido en la escena cultural contemporánea.

En esa dislocación reside su carácter contracultural. Mientras la política se degrada en espectáculo, mientras las redes sociales banalizan la comunicación, mientras el arte contemporáneo se enreda en imposturas, Morante ofrece la violencia de la verdad. No calcula, no administra, no se somete a los tiempos del mercado. Se rige por un calendario interior, por un ánimo que fluctúa entre la genialidad y la ausencia, por una mística que convierte cada tarde en posibilidad de resurrección.

No extraña, entonces, que se hable de él como del mejor torero de todos los tiempos. La hipérbole tiene algo de herejía y algo de justicia. Porque la historia de la tauromaquia está habitada por Belmonte, por Manolete, por Ordóñez, por José Tomás. Pero ninguno de ellos tuvo que lidiar con el descrédito contemporáneo, con la hostilidad política, con la incomprensión mediática. Ninguno se enfrentó a la misión de revivir la Fiesta en una sociedad que ya la había enterrado. Morante no solo la mantiene viva, sino que la eleva a categoría de arte moderno, la sitúa en diálogo con la pintura, con la música, con la literatura. La devuelve al presente en forma de transgresión, como si el toreo fuera una *performance* radical capaz de resistir al consenso de la corrección.

Lo más asombroso es que todo esto sucede sin manifiestos, sin proclamas, sin teorías. Morante no necesita justificarse. No escribe tratados ni convoca asambleas. Su manifiesto es la plaza. Su teoría, el capote. Su filosofía, el abandono de la cintura. Y en ese silencio está la fuerza de su revulsivo. Lo que otros intentarían explicar con discursos, él lo resuelve con un gesto. Una verónica suya basta para comprender por qué los adolescentes llenan las plazas, por qué las universidades lo reverencian, por qué la crítica no tiene más remedio que reconocer en él un fenómeno cultural.

Morante es, al cabo, el torero de los jóvenes porque representa aquello que ellos buscan sin saberlo: una autenticidad radical, una expresión sin filtros, una transgresión que no necesita consignas. Lo siguen como se sigue a un profeta que no dicta sermones, sino que abre caminos. Y ese magnetismo no depende de la tauromaquia, ni siquiera de España. Es la condición universal de los artistas verdaderos: convertir lo particular en absoluto, lo efímero en eterno.

Si la tauromaquia debía morir, al menos encontró en Morante su último relámpago, su sacramento definitivo, su herejía más luminosa. Y si, contra todo pronóstico, logra sobrevivir, habrá que reconocer que lo hizo porque Morante la rescató del museo y la arrojó a la modernidad.

Rubén Amón

Rubén Amón (Madrid, 1969) es un periodista y escritor español con una destacada trayectoria en los medios de comunicación. Licenciado en Periodismo, comenzó su carrera a los 18 años en Antena 3 Radio. Posteriormente, trabajó en *El Mundo* como redactor de Cultura, enviado de guerra en los Balcanes y corresponsal en Roma y París. También ha colaborado en *El País*, *Cambio 16*, *Jot Down* y medios internacionales como *Libération*, *Corriere della Sera* y *Reforma de México*. Actualmente es columnista en *El Confidencial*. En radio, es conocido por su participación en *Más de uno* y *La Cultureta* en Onda Cero, donde dirige y presenta el espacio *La Cultureta Gran Reserva*. En televisión, ha sido colaborador en programas como *Espejo Público* y es colaborador semanal de *El Hormiguero* de Antena 3. Como escritor, ha publicado varios ensayos, entre ellos *Tenemos que hablar* (2024), que defiende el arte de la conversación en tiempos de hiperconexión y censura, o *El fin de la fiesta*.

El arte de jugarse la vida

Por José F. Peláez

Más allá de su dimensión artística o cultural, los toros son escuela de vida y de valores. La mayor que yo conozco. Al menos así ha sido para mí, a pesar de que, al contrario que la gran mayoría de aficionados españoles, los toros no me lleguen por tradición familiar sino por búsqueda activa. No es algo que viniera a mí: es algo a lo que he ido yo voluntariamente. Desde luego, no es la vía natural de entrada en la tauromaquia. Que, en España, es la familia, los padres, los abuelos, un tío; siempre hay alguien que te acerca a los toros, que te lleva a una corrida o que, sin darte cuenta, te ha introducido con sus conversaciones en ciertos ritos, en unos cuantos vocablos o incluso en una determinada estética. En mi caso no fue así. En mi familia no ha habido grandes aficionados a los toros y en casa no se ha hablado nunca demasiado del tema. No puedo decir que mis padres fueran antitaurinos, ni mucho menos. De hecho, recuerdo a mi madre cosiendo y viendo alguna corrida en la tele, conmigo a los pies, mirando absorto a aquella inmensa bestia negra. O a mi abuelo Isidro, cuya sorprendente colección de revistas heredé tras su fallecimiento. Pero todo ello sucedía siempre en segundo plano, de manera casi anecdótica, privada, como los saltos de esquí del 1 de enero o la gimnasia rítmica en los Juegos Olímpicos.

Sin embargo, yo quería ser torero. Ahora puede resultar extraño y, si un niño lo dijera, quizá lo llevarían al psicólogo. Y a sus padres a la Fiscalía. Pero, en realidad, creo que no hay ningún indicador más sano para un chaval que querer ser torero. Si yo tuviera un hijo que

quisiera ser funcionario del Registro, me preocuparía. Y si quisiera ser subsecretario de Estado, aún más. Pero que un chaval quiera enfrentarse a la vida con las únicas armas de la verdad, la valentía y la honestidad, me parece algo para estar satisfecho. Luego llegó la realidad con sus ojeras, aquella capea en Traspinedo y esa becerra que me hizo subirme a un árbol, en cuyas ramas dejé colgando mi vocación. Y así fue como pasamos de héroes a villanos, de maestros de la lidia a funcionarios del Registro, de criaturas totémicas a subsecretarios de Estado. Y quizá eso y no otra cosa sea madurar: aceptar, con buena cara, las cartas que la vida te va dando. Pero cuando aún no hay cartas, cuando todo es futuro y cuando todavía podemos construirnos desde la pura voluntad simbólica, lo natural es querer ser torero. Es decir, triunfar y ser libre como un poeta troyano.

Yo entonces me limitaba a ver algo emocionante. Pero fue a partir de 2002, ya con veintitrés años, cuando comencé a ver otras cosas. Lo hice a través de ciertos amigos, que se convirtieron también en maestros. Entre ellos, los que entonces eran mis jefes en la primera agencia de publicidad en la que trabajé: Fran Encinas y Javi Aguado. En aquella agencia se hablaba de toros a todas horas. Allí no se admiraba a los Rolling Stones, sino a Rafael de Paula; no queríamos ser como Alex Crivillé, sino como Curro Romero; lo aspiracional no era ser Morientes sino Morante de la Puebla, que tenía mi edad y ya era una figura. De hecho, mi trayectoria como aficionado está unida a la de José Antonio. En cualquier caso, aquel era un ambiente lleno de chispa, de admiración por los artistas y de pasión por toda manifestación creativa que nos sacara de la grisura *mainstream*. Nos encantaba Mariscal, Barceló y Alberto Corazón. Y Guti, y la revista *Matador* y los estrellas Michelín. En realidad, nos gustaba todo lo que supusiera un reto intelectual y nos hiciera ser mejores creativos. Más extremos, más incómodos, más irreverentes y más puros.

Eran los años de la Burbuja, que a la postre fue un desastre,

pero que, mientras duró, nos hizo extremadamente felices. Éramos jóvenes, éramos buenos y lo vendíamos todo. Así que había dinero y había futuro. Y en España, cuando hay dinero y hay futuro —es decir, cuando hay tiempo—, surgen las sobremesas, que es donde se cerraban las campañas. Se podían vender en la agencia, pero, desde luego, se cerraban en un asador, con mucho vino, mucho *whisky*, tardes que llegaban hasta la noche y noches que llegaban, de nuevo, hasta la agencia. Aquellos años fueron una inmensa sobremesa. Y en esas sobremesas se hablaba, sobre todo, de toros. De Morante, de José Tomás, de Joselito, de Manzanares. Yo escuchaba a los que sabían y me dejaba llevar no por los conocimientos sino por la sensibilidad, por la mitología y por la conceptualización de las obras artísticas personales e irrenunciables. Antoñete, Paula o Curro eran para nosotros héroes creativos al nivel de Picasso, Juan Muñoz o Gaudí.

Pero no solo era el arte lo que me interesaba, sino la sublimación del artista, del creativo. La construcción íntima que da sentido a la existencia, la posibilidad de alcanzar tu esencia, de llegar a ser tú mismo a través de tu obra. Eso y una serie de códigos: el respeto, la tradición, la jerarquía. La rivalidad unida al compañerismo, la liturgia inquebrantable ligada a la libertad irrenunciable, la dignidad por encima de todo. El mentón hundido en el pecho, la mirada perdida en el albero, la responsabilidad del que se viste de oro. Vivir renunciando a las ventajas y aceptando el sino trágico sabiendo que, cuando llegue, habrá merecido la pena si has sido capaz de vivir intentando ser tú mismo. Tratar al fracaso y a las broncas como inevitables y, en todo caso, como las consecuencias lógicas de estar intentando crear algo que merezca la pena, sin intentar agradar a nadie más que a ti. Despreciar a los ventajistas, a los tramposos y despreciar a los adictos al recurso fácil en lugar de al camino puro. La boca cerrada, el silencio último, la obligación de vivir sin descomponer la figura, aunque vengan mal dadas. Y, si vienen, levantarse de nuevo,

limpiarse la taleguilla, echar a los de plata y caminar muy despacio otra vez hasta los medios, sabiendo que estás cumpliendo un destino que ni has elegido ni puedes abandonar.

Yo no he venido a escribir sino a torear. A pararme en el centro de la plaza, a bajar la mano, a ponerme en el sitio, a jugarme la bragueta y a intentar que el toro pase por donde yo quiero que pase, sabiendo que es posible que no lo haga y entonces estoy muerto. Eso es todo. Con una obsesión por la naturalidad y por la búsqueda de la esencia íntima, que según Curro Romero es la capacidad de hacer aflorar los sentimientos sin perder la armonía. O como Pepe Vázquez, que dijo que «torear natural es una continuación de tu propio ser, de tu forma de entender la vida, de tu manera de pensar y de andar. No salirte de tu camino ni delante del toro, cuando el cuerpo quiere encresparse». O Juan Ortega que dice que «para que brote la naturalidad hay que tener mucha fe en uno mismo, porque, al final, es intentar hacer las cosas como salen de dentro, sin pretender aparentar nada, […] huyendo de la afectación. Mostrarnos tal cual somos. La naturalidad es confianza y, a la postre, la confianza es valor. Por eso es tan difícil». O Morante, que dice que no torea como es, sino como quiere llegar a ser.

Todo eso lo llevo dentro. Y, por eso, el hombre taurino vive su profesión asumiendo un mayor riesgo y una mayor exposición. No por el afán de polémica —siempre detestable—, sino por la pureza de su concepto, por las privaciones que lleva consigo, por el hándicap de renunciar a las ventajas y por la costumbre de jugarse la bronca como única vía de huir de los aplausos que son puñales. Y todo solo para ser uno mismo, para ser sincero, para explicarse sin sobre explicarse, para hacerse entender sin abrir la boca, para defender un punto de vista y un lugar en el mundo, aunque te quedes solo en el camino. En realidad, lo único que importa es dormir habiendo sido fiel a un concepto que no has elegido; ser capaz de jugarse el silencio y el olvido y no torear jamás para

el graderío. Echar la patalante. Cargar la suerte. Ofrecer el medio pecho y, llegado el caso, cortarse la coleta cuando sientas que seguir un minuto más sería denigrante. Podría hacerse de otro modo, supongo. Pero ya dije que yo tengo una escuela y mi vida es tan solo una sobremesa con forma de plaza de toros.

José F. Peláez

José F. Peláez (Valladolid, 1978) es un destacado columnista de *El Norte de Castilla* y *ABC*, donde también ejerce como cronista parlamentario. Bajo el seudónimo «Magnífico Margarito», inicialmente brilló en un blog personal que atrapó la atención por su estilo original. Desde entonces ha consolidado su presencia en el periodismo escrito. También colabora regularmente en *Más de uno* y *La brújula*, de Onda Cero y *Espejo público*, de Antena 3. En 2023 recibió el premio de columnismo Romero Murube y en 2024 el premio David Gistau de Periodismo, reconocimiento a su trayectoria y originalidad como columnista.

Distopía taurina

Por Luis Sánchez-Moliní

Supongamos que se cumple la maldición de Chaves Nogales y los socialistas terminan prohibiendo los toros. España cambiaría considerablemente en muchos aspectos, empezando por su urbanismo. Los ensanches de las ciudades españolas en el siglo XIX y principios del XX tuvieron muy en cuenta las plazas de toros que nacieron al calor del *boom* taurino de aquellos años y que sirvieron de verdaderos puntos de referencia para las operaciones inmobiliarias. No se entiende la modernización del caserío y el viario urbano español sin las plazas de toros. ¿Veremos con la distopía antitaurina desaparecer estos hermosos y españolísimos cosos neomudéjares e historicistas? O peor aún, ¿los veremos reconvertidos en banales centros comerciales para el ocio mesocrático?

Con la prohibición también tendríamos que asistir a la desaparición o disminución de numerosos oficios y artesanías muy vinculados a la tauromaquia: sastres taurinos, bordadores y pasamaneros, sombrereros, armeros, guarnicioneros, pintores textiles… E inevitablemente al cierre de bares, ventas y tascas que forman parte de la memoria colectiva del país. En el mejor de los casos, estos negocios permanecerían abiertos, pero, sin el bullicio de los aficionados, quedarían como museos secos y apagados de difícil comprensión para el visitante. Habría ciudades y barrios que perderían una parte importante de su personalidad y ese bien intangible que es la vibración del ambiente en una tarde de toros.

Por seguir con una lista que se nos antoja interminable, es evidente que la dehesa donde se crían los toros bravos sufriría un importante retroceso, con el consiguiente abandono de estos campos y el aumento de riesgo de incendios forestales, uno de los principales problemas ecológicos de la península ibérica actual. «Los toros apagan fuegos» sería una buena campaña en defensa de la pervivencia del toro de lidia.

Pero el gran drama de la prohibición de los toros, además de la desaparición de una de las formas artísticas más genuinas y hermosas que perviven en el mundo, sería el fin de toda una antropología, la que forman los taurinos, peculiarísimo tipo humano que solo se comprende en el contexto de una España en que todavía sabe apreciar una chicuelina. Lo he escrito alguna vez: yo podría sobrevivir sin corridas de toros, pero la vida sería mucho más aburrida sin frecuentar a los taurinos, verdaderos depósitos de saberes históricos y lingüísticos, maestros en el arte de la narración y el *performance*, entusiastas de lo irrepetible en los años de la infinita reproductibilidad. Todo taurino tiene algo de Homero y Sherezade, de bailarín dibujando en el aire verónicas y naturales. También, por qué no decirlo, de fanfarrón y exagerado, algo que los hermana con cazadores y pescadores, dos gremios también crucificados en estos tiempos de tristes y mindundistas.

Sin taurinos, sencillamente, España sería un país más aburrido y previsible, una especie de Utah más sucia e ineficiente. No hacen falta paguitas o subvenciones ministeriales para conservarlos. Solo basta con no perseguirlos, respetar el ecosistema de los cabales, dejarlos que abreven tranquilamente y sienten cátedra en las barras de España. Y el resto, a aprender.

Fin.

Luis Sánchez-Moliní

Luis Sánchez-Moliní Sáez (Santa Cruz de Tenerife, 1969) es un periodista español con una sólida carrera en el ámbito cultural y editorial. Licenciado en Historia Moderna y Contemporánea por la Universidad de Sevilla y con estudios en Procesos Editoriales por la Universitat Oberta de Catalunya, ha sido redactor jefe de la revista *Mercurio Panorama de Libros* y editor en la Fundación José Manuel Lara. En *La Razón* ejerció como articulista y, desde 2017, es redactor jefe de Opinión en *Diario de Sevilla* y el Grupo Joly. En 2022, asumió también la responsabilidad de la sección de Cultura del grupo, coordinando contenidos culturales en diversos periódicos regionales. Es autor de la columna dominical *¡Oh, Fabio!* y de la serie de entrevistas *El Rastro de la Fama*. Bajo el pseudónimo «Silverio», firma artículos históricos en *El Rastro de la Historia*.

Querednos menos y votadnos más

Por Juanma Lamet

Si te digo la verdad, querido lector, estoy un poco cansado de defender la tauromaquia. Y mira que me empeñé en ello cuando más falta hacía. Cuando la prohibición inconstitucional y cejijunta de Cataluña. Cuando la farsa magufa y cutre de Baleares, que esa es para contársela a los nietos y que no se la crean. Cuando el apagón de TVE, que todavía dura. Cuando algunos aprovecharon la pandemia para barrer bajo la alfombra del escudo social sus trapacerías de siempre. Cuando Gijón, México, Colombia y tantas otras. Durante años, me puse por montera el mundo de los argumentos éticos, estéticos, legales y hasta utilitaristas con los que blindar la tauromaquia. Pero ahora creo que les toca a otros.

No es que me haya vuelto más pesimista respecto del futuro de los toros, que de eso va toda esta vaina y todo este libro. Tampoco soy de los que creen que los toros se defienden solos, ni de los que los protegen a toda costa porque son «lo nuestro». O, peor, los que te anuncian con el palillo en la boca que esto lo arregla un torero nuevo ¡y moderno! que se ponga con la muleta planchá y haga así por el pitón izquierdo y acabe con el cuadro. Líbreme el diablo —o Pacma— de decir cosas semejantes.

Lo que pasa, como digo, es que ya me he cansado. Me da pereza el debate binario y en bucle sobre los toros, que solo sitúa la discusión en términos de estar a favor o en contra, como en la canción de Lole y Manuel: que sí, que sí, que no, que no, que tú no quieres al bicho como lo quiero yo. Y, como intuyo que este libro va a estar lleno de defensas extraordinarias de la vigencia artística, social, intelectual —

hasta cinematográfica, ahora—, jurídica y política de la tauromaquia, creo que poco puedo añadir yo por ese palo. Pero sí que hay algo en lo que puedo dar una clave: señalar no ya a los enemigos políticos de fuera, que esos están clarísimos, sino a los que dicen estar «dentro» del perímetro de los partidarios. A los que se dan golpes de pecho en favor de la tauromaquia y luego no hacen nada por preservar su esencia popular, transversal y apartidista.

Yo acuso a la mal llamada clase política de usar la fiesta brava como acicate electoral. Cuando un político agita el sonajero de los toros, cuidado. A cubierto. Yo acuso al PP de estar desnortado, sin ideas para seducir a las bases amplias del electorado con un mensaje taurino centrado en la libertad. Acomplejado por Vox, el PP ni entiende la verdadera raigambre rural de la tauromaquia ni la potencia, salvo honrosas excepciones territoriales. Los toros solo se les vienen a los labios cuando pintan bastos. O para lanzarlos como anatemas contra los rivales. O peor aún, cuando creen que dan votos. O para hacer *check* en Las Ventas con la fotito de rigor, aplaudiendo cual focas algo que no se esfuerzan en conocer en profundidad, no digamos ya apoyar de verdad. Con contenido. Con un plan. No hablo de todos, pero sí de la inmensa mayoría.

Yo acuso a Vox de intentar apropiarse de la tauromaquia para convertirla en un bumerán de su batalla cultural. Para Abascal, los toros son un esencialismo nacionalista, y, por tanto, son receptores pasivos de la identidad salvífica de España. De Covadonga al fin del mundo y sanseacabó, ea, arsa. Y yo creo que es al revés: es la tauromaquia la que aporta cierto carácter a la influencia cultural española en el extranjero, que haberla hayla. Santiago Abascal, que desprecia el ecologismo taurino porque ningunea el cambio climático, luego se hincha el pecho con el aire españolísimo de la dehesa. Y se acerca a los toros en busca del voto tradicionalista de los trasnochados, que son esos que llegan a la plaza con incontinencia de «vivassspañas», que van que se lo gritan encima.

Yo acuso a Abascal de ver en el ruedo el santo grial de una españolidad excluyente. En esa simplificación nacionalista yo creo que podrá encontrar votantes, y muchos, que compartan con él la idea rancia y testosterónica de que cuanto más grandes le cuelguen los dídimos al de los pitones, más español es. Y mucho español. Pero no captará jamás ahí a los verdaderos aficionados, porque el aficionado es un apasionado con conocimiento de causa. Y Vox no ayuda a la causa. Cuidado, porque igual que el toro no tiene terrenos de su propiedad, como decía Belmonte, ninguna ideología se puede apropiar de él: ni para defenderlo ni para atacarlo. Ya llorarán algunos por la entrega pastueña de la defensa de los toros a Vox, ya.

Los toros están de moda en cierto espectro ideológico de la juventud que busca en ellos un prurito como de rebeldía contracultural, como de autoafirmarse unos por contraposición a otros. Y eso yo lo veo más una reacción defensiva —y polarizante— que una combustión espontánea. Recordemos que «el público es también bestia peligrosa», en palabras del pintor Santiago Rusiñol. Rusiñol, por cierto, fijó con una sencillez certerísima el campo de batalla contra el animalismo: «Se indignan porque en una plaza maten a un toro que luego se comerán estofado, y no se indignan porque a un pobre, entre todos, lo matemos de hambre». La frase, que tiene un siglo y sigue vigente, es un bofetón eficaz para los abolicionistas, pero vale igual contra quienes defienden más a la tauromaquia que al pobre.

A ver si la defendéis menos y pensáis un poquito más en cómo ayudarla, con propuestas reales. En el Congreso, no de boquilla. Querednos menos y votadnos más. Vosotros a nosotros, y no al revés.

Juanma Lamet

Juanma Lamet (Sevilla, 1983) es periodista especializado en información política en *El Mundo*, donde trabaja desde 2018 en torno a la cobertura del Partido Popular y la actualidad nacional, y donde también tiene una columna semanal titulada «Más madera». Se licenció en Periodismo en Sevilla y completó el Máster de Periodismo de El Mundo en la Universidad CEU San Pablo, iniciando su carrera en este medio en 2006, seguido por una etapa en *Expansión* entre 2007 y 2018. Colabora asiduamente como analista político en televisión y radio en programas como *La Hora* de La 1, *Al Rojo Vivo*, RNE, *Más Vale Tarde*, *Directo al Grano*, Onda Madrid, *La Sexta Xplica*, *La Roca* y *La Noche en 24 Horas*, entre otros.

Escuchar, ver, leer, entender

Por Luis Enríquez

A mis cincuenta y cuatro he llegado a la conclusión de que el conocimiento taurino que uno va acumulando con más o menos orden y método (lo que uno sabe, lo que le gusta o lo que cree que le gusta, lo que recuerda y de lo que presume) procede de tres fuentes extrañamente contradictorias con el paso del tiempo: lo que a uno le cuentan en la infancia, lo que uno ve en la adolescencia y juventud, lo que a uno le vuelven a contar, más adelante y de una manera distinta, y lo que al final lee.

La primera fuente la dejó resuelta mi padre desde el primer día que me llevó a la andanada de Las Ventas a esa cortísima edad en que se me rompían los jerséis por el pico del cuello porque no me entraban por la cabeza: «tú estate callado y escucha». «¿Y qué tengo que escuchar, papá?», respondía yo aplicado. «Todo». En un tiempo en que nos planteamos si las tabletas son o no un adecuado vehículo de aprendizaje escolar, el método taurino no ha cambiado un ápice desde entonces: el criterio para echar atrás un toro, la razón de los anillos concéntricos del albero, el silencio sobrecogedor ante una tanda de naturales que ni siquiera ha empezado, la colocación de la espada, las palmas de tango, el oro, la plata y el azabache… Todo está en las conversaciones de los (casi siempre, ya lo siento) señores de la andanada. Y es un conocimiento que se infiltra, que cala como el chirimiri, sin darse uno cuenta. No se puede acelerar, no hay academias y no se puede estudiar la noche antes. Requiere tiempo y tardes de toros. Ahora que lo pienso, es casi como la fe: un don caprichoso que llega cuando se le antoja.

Durante las conversaciones que uno escucha con concentración de espía, también va viendo. Y, cuantas más tardes, más ve. Y esta es la segunda fuente porque, sin darse uno cuenta, se va formando su propio criterio. Y un día se descubre repasando los carteles de las ferias en busca de sus preferencias: el capote de Fernando Cepeda o de Julio Robles, el descabello de Roberto Domínguez, las banderillas de Esplá, el paseíllo de Luguillano, los trajes de Litri o cualquier parte del repertorio de Joselito (cómo me jode haber llegado tarde a Yiyo). Y esas devociones, puede que obsesiones, acaban por cristalizar en tardes de triunfo que se implantan en la memoria como la visión de Simon y Garfunkel en *Los sonidos del silencio*: la goyesca de los seis toros de Joselito en Madrid con sus gaoneras afaroladas, el arrebato embriagado de Aparicio aquella tarde que el Milán de Capello le metió cuatro al Barça de Cruyff en la final de la Champions, las siete orejas de José Tomás en dos tardes para la historia separadas por apenas diez días, el «aquí mando yo» postrero de un Curro Vázquez imperial bajo un diluvio digno del Antiguo Testamento…

Y es justo en ese momento en que uno ya cree que lo sabe o lo ha visto todo cuando reaparecen un padre o una abuela para recordar que el mundo no empezó en los ochenta y para sacar del desván la silla de escuchar. Porque solo entonces se está preparado para entender los triunfos de Paco Camino, la pausa de Curro o la clase Antoñete (a los que uno solo pudo ver en su declive), el temple de la muleta de El Viti o el duende (incomprensible porque es duende) de Paula.

Pero, tarde o temprano, la fuente de lo que han visto un padre o una abuela, ese segundo plazo del aprendizaje oral, se agota y uno, que ya ha iniciado el hábito de rellenar con imaginación los huecos que va dejando la leyenda, ya no puede parar y busca un nuevo yacimiento de conocimiento adulto: los libros. El primero es la *Tauromaquia* de Corrochano, con sus definiciones de los tercios y las suertes y los quites y las capas de los toros y Joselito y Domingo Ortega. Una vez leído (y

subrayado), la búsqueda de la crónica que el propio Corrochano firmó en *ABC* el 17 de mayo de 1920 en Talavera resulta un automatismo. Y, claro, de Joselito se cruza casi sin querer a un *Juan Belmonte, matador de toros* que escribe idéntico a Chaves Nogales.

El camino iniciado es largo y la siguiente parada se demora hasta *El verano peligroso* de 1959, en el que Hemingway, antes de haber escrito una sola de las setenta mil palabras que llenaron su crónica, declara triunfador a Ordoñez en su duelo con Dominguín. Bien es cierto que este último, el «número uno» como se autoproclamaba, llevaba en su furgoneta al guionista Peter Viertel como si fuera un banderillero más. Y de ahí se llega directo a la biografía de Manolete, que es la *de un sinvivir.*

Lo bueno de esta última fuente, la tercera, la de la lectura, es que es inagotable. Es algo así como la energía renovable del conocimiento (del general y del taurino en particular) y uno supone que todo lo escuchado, visto y leído, lo poco o lo mucho, se aprovecha por el puro placer de disfrutar de la verdad que encierra «el arte de burlarle la muerte a un toro bravo» como decía mi abuela. Pero el 14 de mayo de 1998 confirma la alternativa en Madrid José Antonio Morante de la Puebla. Y uno se pasa los siguientes años buscando en sus archivos (los vistos, los oídos o los leídos) el recuerdo de alguna verónica como las suyas. Y no las encuentra. Ni los naturales eternos. Ni los lugares en los que se reúne con el toro. Ni la muleta muerta que hipnotiza de un mismo derechazo al toro y al tendido. Ni el estoque en lo alto cada vez que hace falta (y solo entonces). Y uno, a los cincuenta y cuatro, entiende de una vez que todo lo que ha estado haciendo desde que acompañaba de la mano a su padre a la andanada de Las Ventas ha sido prepararse para poder disfrutar con el suficiente criterio del mejor torero de todos los tiempos. Los vistos, los oídos o los leídos.

Luis Enríquez

Luis Enríquez Nistal (Madrid, 1971) es un ejecutivo español con una destacada trayectoria en el ámbito de los medios de comunicación. Licenciado en Ciencias Económicas y Empresariales por la Universidad Pontificia de Comillas (ICADE), ha dedicado su carrera a la gestión y transformación digital de empresas mediáticas. En 2011, asumió el cargo de consejero delegado de Vocento, grupo editor de cabeceras como *ABC*, *El Correo* y *El Diario Montañés*. Durante su mandato, impulsó la digitalización de las plataformas del grupo y la implementación de modelos de suscripción en línea. En marzo de 2024, tras trece años en el cargo, dejó Vocento y fue nombrado senior advisor en *El Confidencial*, donde asesora en desarrollo estratégico, entre otros medios. Además de su labor ejecutiva, Enríquez es colaborador en medios como Zenda Libros y participa en programas como *Cowboys de medianoche* y *En casa de Herrero*, donde aborda temas de cultura y comunicación.

Del «torero, asesino» a la epifanía de Talavante

Por Jesús Fernández Úbeda

Una vez, tendría yo siete u ocho años, le grité a un torero «hijo de puta, asesino». Mi padre concentró en su faz toda la furia del mundo, me miró como miraría Sarah Santaolalla el Monumento al Sagrado Corazón de Jesús del Cerro de los Ángeles, me llevó a casa y allí me obsequió con una bronca de autor, de las que se adhieren a la memoria *in saecula saeculorum*. Y muy bien que hizo.

Renegué del antitaurinismo mucho después, en cuarto de carrera, cuando una compañera que soñaba con ser concejala de Cultura de Podemos —no es broma— celebró en plena clase de Historia del Periodismo Español la prohibición de las corridas de toros en Cataluña. Alegué que no me gustaban, que la cancelación no radicaba en el ecologismo, sino en la hispanofobia, y defendí, en plan Evelyn Beatrice Hall, con cierta ingenuidad, que los aficionados pudieran ir cuanto y cuando quisieran. «Entonces, ¿también legalizamos las drogas?», me preguntó indignadísima. «Sí», respondí. No vean cómo se puso.

El animalismo neurótico, febril y cerril me acercó al mundo del toro, y se encargaron de llevarme a Las Ventas los amigos taurinos, sobre todo, los periodistas Javier Romero y Chapu Apaolaza, autor de un libro maravilloso, *7 de julio* (Libros del KO, 2016), que me sirvió, si no de evangelio, sí de catecismo. Ni el cordobés ni el donostiarra me persuadieron en exceso, todo hay que decirlo: pensé que opondría mayor resistencia. Recuerdo mi primera vez con todo lujo de detalles —no piensen mal, a ver—. En primer lugar, no me dio pena alguna el animal,

y comprobé que presenciaba una lucha entre una bestia hermosísima, cincelada durante siglos para ese momento, y un hombre valiente, o sea, uno de mi especie, jugándose la vida. Después, aprendí que no hay quien deteste más el *maltrato* al bicho que el propio feligrés, que protestaba con energía atómica cada vez que al animal no se le pinchaba con *limpieza*. Finalmente, debo apuntar que, en general, me aburrí como una ostra. Sin embargo, hubo un par de momentos mágicos, cargados de verdad y de belleza, que justificaron el tedio general. Lorca lo llamó «duende»: «Es un poder y no un obrar, es un luchar y no un pensar. […] No es cuestión de facultad, sino de verdadero estilo vivo; es decir, de sangre; es decir, de viejísima cultura, de creación en acto». Todo lo contrario, o casi todo lo contrario, a lo que hoy es el mundo moderno.

Diría que celebré mi crismación taurina el Doce de Octubre de 2023, cuando tuve el privilegio de contemplar y narrar para *Zenda* cómo Alejandro Talavante se preparaba para la lidia con una concentración extrema y una solemnidad pura, libre de artificios. «Te transformas», me contaba Talavante, «sales con un superpoder, y lo que uno desea es transformarse cuanto antes. En ese momento, cuando sales, no eres el mismo que, habitualmente, conoce todo el mundo. Un torero tiene que salir a la plaza con aires de dios». En aquellas horas con el diestro extremeño en una habitación del Hotel Palace, me acordé de aquella pregunta que Poncio Pilatos le hizo a mi tocayo de Nazaret en los instantes previos a la crucifixión: «¿Qué es la verdad?». La verdad, pretérito procurador, es ver a un torero enfrentándose a su destino.

Jesús Fernández Úbeda

Jesús Fernández Úbeda (Ciudad Real, 1989) es un periodista y escritor español. Licenciado en Periodismo por la Universidad Complutense de Madrid, ha desarrollado su carrera en diversos medios de comunicación. Actualmente, trabaja como redactor en *Libertad Digital*, colaborador en la revista *Zenda* y en el periódico *Artículo 14* y autor de varios libros, entre ellos *No le des más whisky a la perrita*, *Estado incivil / Concierto de alcaudones* y *Nido de piratas. La fascinante historia del diario Pueblo.*

La precisión del silencio

Por José Aymá

Me vio en cosas de calle y el matador de toros sacó a mientes una tarde de fracaso, en la que sintió una punzada de soledad bulliciosa. Acarició el pelaje suave y áspero de la muerte, y la fatalidad abrupta que glorifica al héroe. Olió la verdad del miedo, ese calambre que agarra la piel al hueso, sostiene latido y contorsiona hacia adentro la soberbia de los hombres fuertes. Insinuó que ahora sabía que su muerte tendría mirada negra y vacía de toro ibérico, como aquel que quiso su vida. El animal fijó su obsesión y lo buscó. El torero también buscó el quebradero de ese instante decisivo en el que se mueve el arte. La osadía hizo el resto.

Al entrar en quirófano, sintió la desgracia de aquel torero Mariano Montes, un muerto abandonado a su muerte en la enfermería de la plaza de toros de Vista Alegre. Mueca del último dolor, pañuelo blanco para la atada de urgencia que sostiene el *rigor mortis*, tufo de éter anestésico, tufo a coágulo de res. Una percha repleta de canotier, batas manchadas de sangre, viejos interruptores de luz, la pila de disección, una puerta cerrada. Colocado sobre el anaquel metálico, exhalaba atmosfera de golpe violento, con un blanco y negro galvánico, suave y conciliador. Un cadáver que no quería ser cadáver, que impregnaba de consuelo y sosiego la veracidad de su muerte. Arriba en la grada, el horror se olvidó con el nuevo olé. Fue la soledad de un hombre muerto y el desahucio de los hombres vivos que no pudieron retener su vida.

Alfonso Sánchez Portela eligió muy bien el telón de fondo para definir con precisión el aviso barroco de otros siglos. Fijó la muerte del torero en una fotografía, para detenerla, para ser enseñada, para advertir la veracidad de lo que se disputa en el coso. Consecuencias para el fotógrafo con dolor y pringue moral. Seis años antes, en 1926, Alfonso también fotografió la desgracia de Gallito en la plaza de toros de Talavera de la Reina. Benlliure tomaría como modelo la fotografía para el mausoleo del diestro.

Hace no mucho, otro torero volvió a la sinceridad del miedo. Bordeábamos en coche el cementerio de Nuestra Señora de La Merced. El maestro, miró de reojo y se persignó dos veces. «Ahí está papá. Prometí que no tendría miedo. Lloro porque no he cumplido, porque no pude cumplir la promesa». El miedo a la mirada fría del toro se lleva la palabra, el miedo a morir puede con el rostro afilado del muerto. Aunque sea palabra muy sentida de hijo gitano, dada a un padre en su lecho de muerte y sacada de la furia que da el desgarro. Lloró al toro, a su padre, a Belmonte y a algunos otros muertos en desgracia. Solo le quedó poso de gemido silencioso y ojos hondos, magullados, de ratón que ha llegado a viejo. Le soltó a Zabala: «Vivo muerto en vida, ese soy yo, Rafael de Paula, el mejor torero que ha existido».

Fotografiar la muerte es un intento de apropiación, un acercamiento peligroso a la fascinación, la repulsión y el miedo que nos produce. Man Ray entendía que la fotografía no se limitaba al papel de copista, «es una maravillosa exploradora de aquellos aspectos que nuestra retina no registra y que imponen a diario tan crueles contradicciones a los adoradores de las visiones familiares». El ojo del fotógrafo transita espacios no visibles en el vistazo inicial. Tras esas huellas indelebles, a veces, desvela algunas fatalidades. La situación se torna convulsa si hacemos caso a la presunción de Diane Arbus, según la cual, fotografiar realmente tiene que ver

con el negocio del hurto. ¿Qué buscaba Man Ray en el cadáver de Marcel Proust? ¿Extenuar la luz del escritor muerto que había indagado la relación entre tiempo y memoria, la condición existencial y la homosexualidad? ¿Man Ray, a la escucha de la luz?, como diría de su obra André Breton. ¿Qué luz desprende la muerte para un surrealista con cámara? ¿Es posible hurtar luz que deja de ser luz? O quizás, ¿hurtar la muerte de otro? Estamos ante el brutal encontronazo del fotógrafo que tiene delante una muerte. Para Susang Stontag las fotografías son *memento mori* que participan de la vulnerabilidad, mutabilidad y mortalidad de una persona o cosa. Retratar a un ser humano, decía, equivale a cosificarlo, a robarle parte de su vida, a fosilizarlo en un determinado rictus. Afinó en la apreciación Jeffrey Silverthorne, con respeto y desprecio, retratando muertes accidentales en el depósito de cadáveres de Rhode Island. Muertos que no parecían muertos, sino más bien vivos durmientes. Elección meticulosa que sacudió con su transparencia el confort apacible de las explicaciones convencionales. La sociedad actual no quiere, ni permite, mirar detenidamente las consecuencias de este golpe violento. Fingir que la muerte no nos importa es una impostura del miedo, la conveniencia de catalogarla como un anacronismo vergonzoso.

El matador moderno, de ademanes antiguos, libró cornada mortal aquella tarde. Recordamos la vieja fotografía de Alfonso y su aviso. Veredicto final para los glorificados por la gleba. Fotografía perenne, que engañó al tiempo como carta de visita de los ultrajes de la muerte. En el delirio de los calmantes, a alguien muy cercano, le susurró la presencia de seres sin rostro que le llevaban a la soledad irritante de una muerte laureada de gloria. Antesala de nada y sentido de vida, *vanitas vanitatum omnia*. Raro es el muerto a quien la muerte no le queda demasiado grande, dejó Nicolás Gómez Dávila en su *Breviario de Escolios*.

En el ruedo todo se gana y todo se pierde, todo es silencio y todo es verdad. En el encontronazo del hombre y el toro, todo es como la vida. No hay juego ni deporte. Es la precisión del silencio que busca el arte supremo.

José Aymá

José Aymá (Madrid, 1968) es un fotógrafo español destacado por su trabajo en el ámbito del retrato y el reportaje. Desde 1991 forma parte del equipo de fotografía del periódico *El Mundo*, donde ha cubierto una amplia variedad de eventos nacionales e internacionales. Su estilo se caracteriza por una mirada profunda y una técnica depurada, lo que le ha permitido desarrollar una visión personal y reconocida en el mundo de la fotografía periodística. Además de su labor en el periódico, Aymá ha colaborado con diversos medios y ha participado en proyectos editoriales. Su trabajo ha sido reconocido por su capacidad para captar la esencia de los momentos y las personas, convirtiéndolo en uno de los fotógrafos más destacados de su generación.

La estética del límite

Por María José Solano

Primero en las aulas y después en las bibliotecas y en el mundo, he aprendido que los objetos y los ritos no permanecen porque conserven intacto su significado original, sino porque son capaces de mutar sin perder su capacidad de convocar el sentido. El Partenón ya no es un templo consagrado a Atenea y sin embargo, cuando lo contemplamos, sentimos el eco de la ciudad que lo alzó, la idea de proporción, de armonía, de civilización. El santo grial ya no es una copa material, sino la búsqueda de lo absoluto, de lo inalcanzable que nos impulsa a avanzar. Así, lo que sobrevive no es tanto la función como el símbolo, que se desprende de su origen para adquirir nuevos cuerpos.

La tauromaquia, más allá de sus debates éticos o de su dimensión histórica, puede contemplarse como una forma singular de arte ritual, en la que cada elemento está cargado de simbolismo y belleza, incluso cuando se mueve entre la vida y la muerte.

El traje de luces, con su fulgor dorado y sus bordados minuciosos, no es un simple atuendo funcional: transforma al torero en un ser liminal, casi fuera de lo humano, un cuerpo que brilla bajo el sol como si perteneciera a otro tiempo. Ese brillo anuncia que quien lo viste entra en el ruedo no como individuo corriente, sino como figura mítica, dispuesta a enfrentarse con lo elemental.

La coreografía del toreo es también un lenguaje propio: hay pausas, cadencias, gestos que se repiten con la exactitud de un rito. Cada pase

dibuja curvas en el aire, como si el torero trazara signos invisibles sobre la piel del tiempo. El movimiento se vuelve danza, y en esa danza el cuerpo humano roza el caos que encarna el toro. Allí se celebra la tensión entre la fuerza contenida y el estallido, entre la ligereza y el peso, entre el control y el vértigo.

La plaza misma, con su forma circular y sin esquinas, crea un espacio simbólico cerrado, como los antiguos anfiteatros o los santuarios primitivos: un lugar separado del mundo ordinario, donde se suspenden las reglas cotidianas y el tiempo parece girar en redondo. En ese círculo, el toro representa la vida brutal y salvaje, mientras el torero encarna la voluntad humana de imponer un orden bello incluso sobre la violencia.

Hasta ahora, la presencia de la muerte en este escenario de símbolos, no era un accidente, sino parte de esa estética: no como exaltación de la crueldad, sino como recordatorio de que todo arte verdadero (entendiendo el arte como creación humana que quiere trascender a lo divino) roza el abismo. La muerte, en este contexto, funciona como el borde último de la belleza, y no solo para el creador. Quien contempla la lidia no ve únicamente un combate, sino un drama simbólico donde el instante se hace eterno. Y en ese instante, el espectador no es un mero observador pasivo: es testigo de una ceremonia. Su silencio, su estremecimiento, su aplauso, forman parte del rito. Comprendo que la tauromaquia, entendida como estética, no busca únicamente vencer: busca conmover, transformar, hacer sentir que es algo irrepetible lo que acaba de suceder ante los ojos de todos.

De modo ancestral, la tauromaquia pertenece a ese linaje de símbolos que resisten el paso del tiempo. Se ha estudiado, escrito, reflexionado y repetido incansablemente a lo largo de los siglos: en esta tradición reside la huella de los viejos ritos que enfrentaban al ser humano con las fuerzas primordiales de la naturaleza, aquellas que no pueden domesticarse por completo y que, por eso mismo, necesitan ser representadas. La sangre,

el oro del traje, el polvo que se levanta bajo el sol, todo en la tauromaquia pertenece al lenguaje de lo ritual y lo simbólico, más que al de lo práctico.

Y aquí llegamos al punto de mi anhelo y mi contradicción *bergaminescas,* que me llevan a establecer una propuesta personal de *birlibirloque*: me pregunto si no sería posible, hoy en día, perpetuar la trascendencia del símbolo sin la necesidad de la sangre y de la muerte.

Por supuesto que el toro es una puerta a lo divino; es la encarnación de la lucha entre fuerza, caos y orden. En las antiguas culturas mediterráneas, el toro no era visto únicamente como un animal de gran valor económico, sino como una manifestación directa de la fuerza primordial de la naturaleza. Su potencia física, su ímpetu impredecible y su resistencia parecían brotar de un plano anterior al orden humano; del territorio salvaje de los mitos. Y esa memoria late aún en nuestra civilización occidental (o lo que queda de ella).

Por eso, desde este fragmento del Ooccidente civilizado, mediterráneo y fértil en sus contradicciones que aún nos queda, yo insisto: enfrentarse a un toro en la Antigüedad no era solo un simple acto físico, era fundamentalmente un rito cargado de sentido simbólico. De ahí que, en Creta durante las taurocatapsias, los jóvenes no mataran al animal, sino que ejecutaban saltos sobre su lomo, pues el objetivo no era destruirlo, sino entrar en contacto con ese poder y salir indemnes, transformados por él.

En términos religiosos, esta idea convertía al toro en umbral entre el mundo humano y el divino. Dominar al toro —o sobrevivir a su furia— equivalía a imponer la cultura sobre la naturaleza, lo humano sobre lo animal, aunque sin anular la fuerza que lo hacía sagrado. En lugar de eliminarla, se la reconocía y se la integraba en el tejido simbólico de la sociedad.

Esta concepción ha sobrevivido, transformada, en distintas tradiciones taurinas del Mediterráneo. Tanto en los encierros, como en las corridas

o en los juegos sin muerte del sur de Francia, el momento clave sigue siendo ese instante de riesgo en el que el hombre se mide con la potencia bruta del toro, no para destruirla, sino para demostrar que es capaz de rozar el caos sin sucumbir a él.

Pienso que, del mismo modo que antaño se abandonaron los exvotos de carne y las libaciones de sangre en los templos antiguos —sin por ello borrar a los dioses, sino transformarlos—, podríamos también despojar a la tauromaquia de su componente letal y conservar intacto su corazón simbólico. Tal vez el mito no necesite ya el sacrificio, como no lo necesita el Partenón para seguir siendo templo o el Grial para seguir siendo búsqueda. Quisiera poder creer que el símbolo del hombre frente al toro sobrevivirá a esa metamorfosis: que podrá persistir, no como muerte, sino como encuentro de fuerzas, como desafío entre la agilidad y la inteligencia humanas y las mortales astas del animal. Quizá, como en los saltos acrobáticos de la Creta minoica o en los recortes actuales, el gesto pueda seguir significando lo mismo que significó siempre: rozar el caos sin destruirlo, enfrentarse a lo indómito y volver vivo, sin sacrificio ni sangre, transformado en un ser civilizado, y por ello, superior.

María José Solano

María José Solano (Sevilla, 1975) es licenciada en Historia del Arte por la Universidad Hispalense, dedicó su proyecto de investigación a la écfrasis en el marco del estudio comparado de literatura y pintura. Diplomada en Lengua portuguesa y MBA en Gestión Cultural por la Universidad de Salamanca, ha impartido clases de Patrimonio Cultural en la facultad de Turismo y de Arte contemporáneo en la escuela Leonardo Da Vinci, así como clases de Historia del Arte en el Máster de Pintura de Historia de la Universidad de Nebrija. Trabajó durante diez años en la Real Academia Española. Cofundadora de la revista digital literaria zendalibros.com es coeditora de la colección de novelas clásicas ZENDA-EDHASA y columnista en *ABC*. Conduce el programa de entrevistas «Voces de la Cultura» de la Fundación Augusto Ferrer-Dalmau. Es escritora especializada en viajes literarios y autora de la guía literaria *Jerez* (Tinta Blanca 2023), del libro de viajes *Una aventura griega* (Debate 2023) y de una serie de viajes literarios reunidos bajo el título de *La mujer que besó a Virgilio* (Almuzara 2024).

Las últimas noticias sobre la verdad

Por Francisco Pascual

Preparo cada San Isidro (como hacía antes con cada feria de Hogueras) con algún libro que me lleve adentro. Hace dos años, Cornejo Arruabarrena (Gerardo) y Pérez Estévez (Máximo) editaron las crónicas azpeitiarras de Ignacio Álvarez Vara (Barquerito) en los ochenta. Las he vuelto a leer este abril. Zabala de la Serna dice que Barquerito es quien mejor ve el toro, pero yo creo que lo ve mejor él. El toro y más cosas. Pero uno y otro, Zabala y Barquerito, son quienes mejor se fijan en el más allá para entender el más acá. Albert Serra afirma que «la tauromaquia es uno de los últimos residuos de un misterio único de la civilización». Se queda corto. Es lo que dice Cornejo Arruabarrena, erudito: «Los toros no pueden desaparecer porque apelan a lo más profundo de lo que somos». Los humanos, con conciencia, y también los animales, sin ella.

La tauromaquia trasciende la representación de la lucha del hombre con la bestia y por eso permanece. Lo que sucede en una plaza reúne las tres certezas únicas de lo que somos: seres vivos que, una vez conscientes, libramos una batalla cerrada y perdida (a unos los bate el acero; a todos, el tiempo) para retrasar la negra muerte. Las herramientas son la negación y la mentira, sublimadas y purificadas por el rito y por la sangre. Muchos vocablos taurinos apelan a ello. A la muleta ese le llama el engaño, a la defensa que protege de la cornada, el burladero. La gran paradoja de los toros es la gran paradoja de la vida: la verdad y la mentira a la vez, la vida y la muerte. Los taurinos le

decimos a eso «la verdad del toreo» y lo identificamos con la lidia más profunda sin saber exactamente qué es, aunque habiendo percibido inequívocamente su descarga.

Los griegos clásicos a la verdad le llamaban *alhéteia*, que significa «des-ocultamiento» o revelación. Aristóteles la situaba en el cruce de caminos entre la materia y su forma, en el sendero que conduce de la potencia al acto. Heidegger recogía el guante más de dos mil años después. A la *alhéteia*, a la revelación, a la verdad, a lo que somos solo se puede acceder a través de la «obra de arte». Es su des-ocultamiento más perfecto. El resto son aproximaciones. Por eso la lidia es solo y nada menos que una expresión artística que aborda con rigor nuestra esencia, por eso es de verdad y por eso es tan importante que su reflejo a través de la crónica sea honesto. Que, por encima del recuento de trofeos, ensalce al toro y al torero que han luchado con limpieza y delate a quien abusó del engaño para, además de engañar a la muerte, hacerlo con el espectador.

La tauromaquia permanece en el tiempo porque la profundidad de su sustancia aflora a través de la emoción, de la celebración de la victoria temporal de la vida, de la burla a la muerte mediante la fiesta. Pero no hay emoción sin verdad. Cada uno accede a ella por su propio camino y el mío es literario.

Mi emoción apela a la pureza de lo más sencillo y mi faena perfecta se parece a una novela de Miguel Delibes. A las que escribió después de irse con un magnetofón a las casas de adobe de los pueblos en busca del lenguaje que salía del páramo castellano. Pegó el oído a los labriegos de los trigales, a los cazadores de codornices, a los tramperos de topillos para que extraer la música de lo auténtico, que es como hablaban el Nini, en *Las Ratas*, o El Mochuelo en *El camino*. Construir la lírica desde la naturaleza, desde la humildad y desde la voz de quien más pegado está a la tierra, como en los diálogos de *Los Santos Inocentes*, siempre será

para mí lo más emocionante en la literatura y en la plaza. El tránsito de lo sencillo a lo poético es lo que hizo Delibes en sus novelas y lo que ha hecho Diego Urdiales en el albero. La magia contenida.

La traducción de la emoción y de la magia necesita de sus hermeneutas. Una corrida de toros concluye como un acontecimiento noticioso donde se depuran las impurezas y se decanta la verdad. Las crónicas taurinas difieren de las políticas, porque en el ruedo se burla a la muerte y en el Hemiciclo, demasiado a menudo, a la realidad. Las crónicas, sólo las buenas, son a la vez el relato de una tarde de fiesta y la expresión informativa de la condición del ser humano, no sólo del que se pone delante del toro, sino del que lo ve o incluso de quien lo odia o lo evita. En la vida, como en la ley, la ignorancia no exime del cumplimiento de sus preceptos. Por eso los toros más bravos o las faenas más hondas son «de ley».

Delibes, Urdiales, Zabala y Barquerito. O Lorca y Morante. Todos me dan noticia de lo mismo durante el par de horas de la corrida y los minutos de la lectura de después. De la emoción de estar vivo. El resto es mentira.

Francisco Pascual

Francisco Pascual es un periodista español con una destacada trayectoria en el ámbito de la información económica y política. Licenciado en Ciencias de la Información, ha desarrollado su carrera profesional en *El Mundo*, donde actualmente ocupa el cargo de adjunto al director y es responsable de la sección de Economía. Además, dirige la revista *Actualidad Económica*. Su labor se centra en el análisis y la cobertura de temas económicos, financieros y empresariales, aportando una perspectiva crítica y rigurosa.

Recuerdos de una mano rugosa

Por Carlos Mayoral

Dicen que los que nos dedicamos a esto le escribimos una y otra vez a la memoria. Así que aquí la expongo yo ahora, en este tren que cruza cualquier lugar entre Despeñaperros y el Tajo, alimentándose de imágenes a las que me agarro ahora y probablemente me siga agarrando cuando no queden demasiadas certezas. Entre esas imágenes veo banderines de fiesta flotando en el aire, con distintos colores: el rojo y el blanco de Castilla y León, añadido el amarillo de España, y otros tonos que se difuminan. De fondo, un cielo se aclara. El sol avanza como cada amanecer. Se cierran las puertas carreteras, y una mano rugosa se acerca hasta que puedo cogerla. Y la cojo, claro. Mi abuelo sonríe: venga, que llegamos tarde.

Cogemos la calle principal. En Castilla hay dos certezas: por un lado, las fiestas patronales están ligadas al toro; por otro, todas las calles parecen pisadas por hombres de otro tiempo. Entre esa mezcla de ideas, mi memoria también puede ver una fila de talanqueras que se pierden a lo lejos. A ellas trepa la chavalería, esperando el momento. Hay un rumor constante en el ambiente, como si la vida se abriera paso entre conversaciones, nervios, risas y ajetreo.

La misma mano anciana que me había guiado saluda ahora a vecinos recién llegados. El niño que fui mira con admiración a su abuelo. A medida que van transcurriendo los minutos, la claridad marca los rostros de aquellos hombres, y el rumor de vida crece. Pasamos por la puerta principal de la plaza. Una maraña de hierros bajo las tablas da paso al callejón, antes de enfilar la escalera. Todavía puedo ver cómo, con cada

pequeño escalón, con cada pequeño paso hacia arriba, una pequeña masa se va descubriendo: una fila tras otras, decenas de vecinos iban aumentando el rumor en aquellos oídos todavía rapaces.

Él se abre paso, busca el mejor hueco para su nieto, y encuentra una tabla más o menos tranquila desde la que entender el mundo. La charanga ha llegado ya a la plaza: trompetas y tambores amenizan los nervios con canciones que todo el mundo conoce sin haberse detenido jamás a escucharlas. Jóvenes bailan en el ruedo con el vaso de plástico entre los dientes. Se agarran por la cintura al son de un pasodoble: no te vayas de Navarra, dice la copla alargando la vocal.

Castilla la Vieja es tierra de ascetas porque su sentido trágico de la vida, que diría Unamuno, le permite entender la angustia como una carta más de la baraja. Se observa esa especie de Gólgota vital en las pupilas de los muchachos, que ahora enfilan los toriles con esa mezcla de miedo y existencia que convierte a los encierros taurinos en una experiencia única. La orquesta ha decidido dejar de tocar con el gesto del alcalde, y el silencio ahora, de pronto, es espeso.

Ha llegado la hora. Un hombre de mediana edad saca una tabla, y alargando el brazo ve salir el cohete, que explota en lo alto. Se abre la puerta de los toriles, y de pronto aparecen varias bestias, bien guiadas por los cabestros. Se oyen gritos ante la agresividad de los toros, y los primeros segundos son de desconcierto. Desde la plaza puede verse la salida, aunque se pierde el trayecto de los toros en ciertos puntos del camino. El corazón se acelera, y el niño que fui no puede evitar agarrarse ahora al brazo de su abuelo, que le refugia todavía más que la mano.

El embrollo de callejas hace que el encierro sea lento. Los jóvenes corren conscientes de que el riesgo y la vida son dos elementos compatibles. Decía Faulkner que para alcanzar nuevos horizontes hace falta perder de vista la costa. Ese niño, que desde lo más alto del pueblo

veía correr a las generaciones que le precedían delante de la muerte y la verdad, sentía que poco a poco perdía de vista el puerto de la niñez, con su seguridad, sus certezas y su mano rugosa.

En esa carrera loca y temeraria hacia talanqueras y remolques, el niño entiende que hay un mundo al otro lado del temor, y que afrontarlo es siempre la mejor de las soluciones. Cuando los toros entran en la plaza, el ambiente se ha relajado. Vuelve a tocar la orquesta, los heridos que han caído en el trayecto son debidamente tratados, y ahora se suceden los cortes y recortes, los quiebros, las caídas, los sustos y las risas. Escribo esto mientras viajo en tren, y la razón me dice que de algún modo ahí estaba la vida. No puedo decir que no sea cierto.

Años más tarde, mi abuelo murió en accidente de tráfico. Era la última vez que cogía su coche, la idea era dejarlo allí, en su Castilla, y refugiarse en su pueblo para siempre. No llegó a cumplir ese sueño, retirarse lejos, en el lugar al que siempre debió volver. Para más desgracia, se dirigía a la primera fiesta de verano, donde por supuesto habría de acompañar a cualquier otro de sus nietos a otro encierro, en inevitable e irrompible —pese a todo— cadena.

No puedo evitar recordar esa mano rugosa cada vez que veo un encierro, cada vez que por la televisión pasan una corrida, cada vez que leo una crónica taurina hermosa en el periódico, cada vez que escucho siquiera hablar de toros. Como la recuerdo ahora aquí, en este tren perdido en cualquier parte. Dicen algunos que los toros son tradición. No les falta razón. En el caso de mi apellido, una larga tradición que se engarza entre abuelos y nietos, más allá de lo taurinos que sean, unidos todos ellos por infinitas manos rugosas que nos enseñaron, maravillosamente, a vivir.

Carlos Mayoral

Carlos Mayoral (Villaviciosa de Odón, 1986) es un periodista y escritor español, reconocido por su labor en el ámbito cultural y literario. Licenciado en Filología Hispánica, ha colaborado en medios como *El Español, Zenda*, *The Objective*, *Jot Down* y *Archiletras*, especializándose en literatura decimonónica española. En 2019, publicó su primera novela, *Un episodio nacional*, que explora la relación entre Benito Pérez Galdós y Emilia Pardo Bazán en el contexto de la España decimonónica. En 2022, presentó *Yo no maté a Federico*, una obra que aborda la figura de Federico García Lorca y su contexto histórico. En 2023, publicó *Lorca: Entre la luna y el deseo*, una biografía novelada del poeta granadino. En 2018, fue finalista del Premio Nacional de Periodismo Miguel Delibes, destacando su labor en el periodismo cultural.

La justicia del espectador de toros

Por Teodoro León Gross

Antes de leerle a Pérez de Ayala que «el ciudadano español se conduce en la vida pública como un espectador de toros», ya me interesó mirar al espectador de los toros. Confieso que a menudo en la plaza he puesto tanta atención en lo que sucedía en los tendidos como en el ruedo. No significa que no haya disfrutado, apasionadamente, de José Tomás en La Malagueta o de Morante en Sevilla y algunas tardes memorables de Las Ventas prolongadas en el Wellington. Eso sí, vaya por delante que no se trata de esa «feria de las vanidades» que se proyecta de la barrera y la contrabarrera al papel *couché*, o en los puestos rifados del callejón con la exhibición de los signos del poder a menudo tan inelegante, entre altas dosis de fijador y *blazers* con botones dorados y señoras de peluquería escultórica y rostros de quirófano… antes bien, lo que Pérez de Ayala calificaba de «justicia impulsiva», por contraste con la «justicia reflexiva», en el artículo «El Público» recogido en *Política y Toros* (1918). Es una justicia que se despacha lo mismo con la autoridad que con los toreros, arriba y abajo, y que parece coincidir con quienes han apuntado tantas veces a la incapacidad del español para aceptar serenamente la acción de la justicia confiando en los veredictos con equilibrio ponderado. En definitiva es un lugar común que la plaza de toros es el espejo redondo de España, la metáfora perfecta de un país pasionalmente primario y cainita, cruel y atrabiliario, con sus dos Españas también entre Lagartijo y Frascuelo, Joselito y Belmonte, y si se quiere hasta Morante y Roca Rey para quienes necesitan la figura del «otro».

En realidad siempre ha existido la tentación de la caricatura de los toros y de su público. También, claro, ha sido territorio del chiste facilón —como aquel de un tipo que exclama asombrado «¡vaya cuernos!» al ver salir un toro por la puerta de chiqueros, y el de delante responde «alguien se está buscando una hostia»—, pero la caricatura es otra cosa. Se ha conformado un imaginario nacional en torno a los toros. Y en el exterior no es menos intenso, puesto que simplifican más. Hace dos décadas, con motivo de los atentados en los trenes del 11M que el mundo vio como dos torres gemelas tumbadas sobre las vías, una exposición de viñetas mostraba su impacto global, con muchas viñetas en las que aparecía el *Guernica* o las Pinturas Negras de Goya, pero sobre todo predominaba la metáfora taurina. Beibel, en *Al-Mustaqbar* de Beirut, representaba al toro como una bomba corneando a la bola del mundo que era el torero con la bandera rojigualda por muleta; para Tom, en *Trouw* de Amsterdam, el toro es el terror e intimida al torero; para HenEspaña, schrank bao de Singapur, el toro es el terrorismo, incluso con cinturón bomba, corneando al torero que identifica expresamente como España; para Oliver, en *Der Standar* de Viena, el torero es El Terror, e incluso le añade el antifaz de El Zorro, y clava sus banderillas en la bola del mundo hiriéndolo en España; Schrank, en el *Sunday Business Post* de Dublín, representa a la democracia como el toro banderilleado por la muleta del terror… y suma y sigue. Nada nuevo. La imagen de España y del español como torero o como toro entronca con los tópicos más elementales, a los que no escapamos nosotros mismos. Max Aub, en su deliciosa novela *La calle de Valverde,* ya se temía que acabaríamos todos dando así la bienvenida a los turistas.

Pero hay un error en esa tentación reduccionista de España. El espectador de toros no es ese español que retrata Cernuda tras la muerte de Lorca: «hiel sempiterna del español terrible, que acecha lo cimero con su piedra en la mano». Pueden caer almohadillas, pero hay algo

que define necesariamente el mundo taurómaco: la meritocracia. Esto es esencial. El público no une su suerte a un torero; este debe ganarse su favor y además hacerlo cada tarde. No se puede vivir de las rentas. Al público no se le conquista para siempre, sino en cada instante. A lo sumo se limita a un silencio respetuoso, pero no premia lo que no se puede premiar. Se le pueden comprar punto por punto estas palabras a Paula Ciordia: «La reputación del torero se gana y se pierde de la misma manera, en el presente de las faenas. Es decir, toreando. No sirve ser el más guapo, no sirve llevar el traje más caro, no sirve viajar en Falcon, no sirve torear fascinante de salón, no sirve tener el mejor apoderado, no sirve haber sido el triunfador de la feria pasada. No sirven las apariencias, el *marketing*. Nada sirve sino el ahora. Se es o no se es». Es absolutamente presentista. Su rol de jurado es, por cierto, muy democrático: «un hombre, un pañuelo blanco». Y lo mismo vale el de sol y el de sombra, el de barrera y la andana, todos con el mismo poder de voto y la misma libertad para los pitos y las palmas, para la ovación y el abucheo, para el silencio y los trofeos, para sumarse o no al homenaje de la vuelta al ruedo.

Cuestionar la justicia del espectador de toros, como síntesis nacional, solo es una proyección de prejuicios antitaurinos. Emana del empeño en usar los toros como espejo de la peor España, cuando a menudo retrata la mejor. Pocos espectáculos han fomentado tanto la meritocracia y la pasión por una perfección inmaterial. Por demás, también es falsa la hipótesis de un conflicto de izquierda y derecha, aunque en la cultura woke tan Disney quieran pensar que las almas puras de la izquierda, desde el lado correcto de la historia, no pueden estar ahí. Los toros son una pasión transversal. Sin necesidad de remontarse a Tierno o más allá, les bastaría con asomarse al libro de Eneko Andueza, actual dirigente del socialismo vasco, *Los Toros, desde la izquierda*. Por supuesto ha habido siempre política en los toros, y no solo desde la plaza, sino desde

el poder, ya como circo sin pan, ya con prohibiciones desde Calos IV. De hecho, no existe el aficionado de izquierda y el aficionado de derecha, solo aficionados y no aficionados. Y todavía Sánchez Neira, en su *Gran Diccionario Taurómaco*, clasifica tres tipos de aficionados: el estúpido, el pasional y el racional. Existe el racional, sí, no solo el pasional impulsivo. Por demás, ir por ir realmente es una estupidez, como no ir sin tratar de comprender la fiesta que «ha hecho más felices a mayor número de españoles» como escribía Ortega y Gasset en un ensayo de 1966 en *Revista de Occidente*. Como Pérez de Ayala, los novecentistas se asomaron a la lógica del fenómeno social de los toros sin el espíritu hostil del 98 o el benevolente del 27, las dos maneras equivocadas de acercarse al ruedo ibérico.

Teodoro León Gross

Teodoro León Gross (Málaga, 1966) es un periodista, escritor y académico español. Licenciado en Filología Hispánica y doctor en Periodismo, es profesor titular de Ciencias de la Comunicación en la Universidad de Málaga, donde también dirigió la Cátedra Manuel Alcántara. A lo largo de su carrera, ha sido columnista en los principales diarios españoles: *El País*, *El Mundo* y *ABC* en la actualidad. Ha colaborado con medios regionales del Grupo Joly y Vocento. Actualmente, dirige y presenta el programa *Mesa de Análisis* en Canal Sur, donde ofrece análisis políticos y sociales. Como escritor, ha publicado obras como *El periodismo débil* o *La muerte del periodismo*, donde aborda la evolución y los desafíos del periodismo contemporáneo.

El torero no da entrevistas

Por Javier Fernández-Mardomingo

Cuando en plena pelea por la libertad que en los toros ejercían cuatro gatos, mientras el movimiento anti estaba perfectamente organizado, no era fácil encontrar recovecos en los que ver, escuchar o leer tauromaquia en los medios de comunicación. Los de siempre no cejaron en su apuesta, pero sobre todo en su empeño. Y ahí seguían peleando por una cuartilla de papel o unas migajas de televisión. Alguna cosilla en radio y muy poquito más. También hubo quienes aprovecharon la coyuntura para llenar portadas. Puede que fuera en ese momento cuando se politizó todo este sarao al que los que se asoman cuando conviene llaman fiesta nacional. Puede que fuera en ese tiempo, parafraseando a Vargas Llosa, el momento exacto en que se jodió el Perú. Con representantes públicos incluidos saliendo a hombros de Barcelona para luego pasar de puntillas por el tema. Había que ampliar el espectro, decían, y hay ciertos temas «con los que conviene no enredarse». Lo entrecomillo porque así me lo dijo uno de esos que luego paseó todo lo que pudo por las plazas de gañote en gañote, cuando sí valía la pena enredarse.

Pero como no estamos aquí para hablar de banalidades y politiqueo de baja estofa, vamos a lo que vamos. Era en ese tiempo, pocos años después de la ilegal prohibición en Cataluña, cuando el añorado Juan Pablo Colmenarejo, que no fue a una plaza desde sus sanfermines de universidad seguramente, me dijo en un despacho de la Cadena COPE: —Hay que hacer toros todas las semanas, hasta en invierno, con dos cojones—.

—Pues con dos cojones— contesté. Dos minutos, tres, no más. Los viernes en *La Linterna* a las siete y pico de la tarde con una audiencia de no menos de 800.000 oyentes diarios. Churumbelerías de sintonía, que la ponía el Herrera por la mañana y le fascinaba, y un paso *ad hoc*. «Lo toreado esta semana y lo que queda por torear», decía. Y ahí estaba el minuto de gloria. Atrás habían quedado las audiencias millonarias de la SER, Radio Nacional y la COPE los domingos por la noche para solo hablar de toros y pelearse por los invitados al estilo García y de La Morena. Atrás habían quedado los programas en Cadena, como se suele decir, para pasar al ostracismo de una página web o una plataforma de podcast. Sin motivos para ello, por cierto, porque en la COPE, en aquel tiempo, nada se escuchaba más en lo que a internet se refiere que *El albero* de Sixto Naranjo, que siempre peleó y sigue peleando porque la tauromaquia no pierda en la radio el papel que merece.

Cuando Colmenarejo, que en paz descanse, propuso lo que para algunos era una locura, tocaba ponerse a trabajar y lo que fueron dos minutos a la semana pasaron a ser diez en temporada. Y pasaron a ser titulares diarios en las ferias de categoría. Valencia, Sevilla, Madrid, Bilbao. Entrar corriendo a decir que Juli había perdonado la vida a Orgullito en la Maestranza. La cornada de este o de aquel. Un breve, sí. Pero un breve al lado de otro con los datos de paro, la votación en el Congreso de turno o el inicio de la feria del libro de Madrid. Los toros empezaron a estar donde tenían que estar. O empezaron a estar en el lugar del que no tenían que haberse ido, supongo. La crónica de la tarde y la entrevista cuando le convencías. Tarea complicada teniendo en cuenta que *La Linterna* era uno de esos programas a los que llamaban ministros y diputados para ponerse y no al revés. ¿Cómo colar los toros en un trasatlántico de ese calibre? Pues como se podía y cuando se podía.

—¡Puerta grande en Madrid, Juan Pablo!

—Vamos con ello a las diez, ponme dos líneas.

Y así que abría el informativo. Con un par. Un par de líneas y un par de bemoles, porque nadie más lo hacía. Él siempre tuvo clara la posición que debía tener la feria de San Isidro en la radio convencional. ¿Cómo no va a ser noticia un sitio al que van veinte mil tíos todas las tardes durante un mes?

Todo esto igual había que haberlo explicado o había que habérselo explicado a algunos de los que el entonces cuasi becario que hoy escribe llamó pidiendo que fulano o mengano se pusiera unos minutos al teléfono. Porque la respuesta solía ser parecida. «El torero no da entrevistas». Todo eso no hizo falta explicárselo a otros, y ahí sí que puedo dar nombres. No hubo que explicárselo a José cuando lo llamamos y tuvimos que tirarla a última hora porque unos salvajes asesinaron a casi cien personas en Niza el día de la fiesta nacional francesa de 2016. «La radio es así, maestro» le expliqué.

—Se nos ha caído toda la programación y estamos de especial con el atentado, no vamos a ponernos a hablar de toros—.

—Faltaba más, chaval, menudos hijos de puta— contestó Joselito. Que igual hasta se alivió, porque no es el más dado a entrevistas. Y eso que luego me dio la mejor que me han dado hasta la fecha cuando se cumplieron veinticinco años de lo de mayo del 96 en su casa en Talavera. Pero sabía, supongo, que en la COPE tenía que entrar porque la COPE es la COPE y un programa generalista es un programa generalista.

También lo supo ver así Ponce, que siempre ha entendido a los medios como al toro. A la perfección. Por eso no solo atendió sin dudar la llamada, sino que, además, anunció para la legión de oyentes que, en Teruel, ese año mataba la de Adolfo en la Feria del Ángel para rendir homenaje a Víctor Barrio, que había caído en acto de servicio en aquella arena un año antes y al que todavía llorábamos todos. Ponce y Joselito son de otra época, de otro tiempo. Uno en el que la prensa era más puñetera, tenía colmillo y los toreros más valientes delante de un micrófono. Y

más divertidos, por cierto. Porque salvo esas y otras excepciones, los que mandan en el escalafón, los de arriba, no son demasiado dados a hablar. Ya sea en sitios especializados o en medios de información general. Y cuando digo hablar, no vale un par de mensajes de WhatsApp para ensamblar un amago de entrevista reportajeada en media página, que nos conocemos.

Una entrevista es una conversación. Sin prisa. Intentando romper la piel del que habla sin llegar a romperse uno mismo. Y yo no sé si es que los toreros ahora no quieren que se les oiga y enseñar los toros en programas de radio y televisión, o es que los jefes de prensa, que suelen ser jefes de sí mismos y nada más que eso, hacen de cortafuegos sin tan siquiera preguntar si les apetece esto o lo de más allá. Pero lo cierto es que la respuesta más habitual cuando he intentado, entonces en la COPE y después en Onda Madrid, hablar con una figura, la respuesta ha sido que «el torero no da entrevistas, que está centrado en el campo preparándose y que…» y luego ya desconecto y no recuerdo cómo sigue.

Tengo amigos jefes de prensa. Buenos amigos. Y saben de lo que hablo porque se lo he dicho a ellos y he discutido con unos pocos. Pero por una cosa o por otra los toreros hablan poco y las figuras, lo mínimo. Algunas, claro está. ¿Alguien tiene la menor idea de lo que supuso la entrevista de Bayort en *ABC* con Morante hablando de cómo su cabeza le está jugando peores pasadas que el de rizos? ¿Somos todos conscientes de la fuerza que tiene aquí dentro, pero sobre todo fuera del toro el mensaje del maestro diciendo que no se acuerda de la faena del rabo de Sevilla? ¿Saben los jefes de prensa del pelotazo que fue el reportaje de Vicente Zabala en *El Mundo* con el avión Puerto-Pontevedra y la polémica con Roca dando más que hablar que cualquier otra cosa en ese periódico durante días? Me permito dudarlo. Y es una pena.

Los tiempos de Antena3 y las corridas para mujeres se han ido y no van a volver. No hay un José María Íñigo que valga y siente en Televisión

Española a Palomo Y Camino para que se den de tortas o a Navalón y Capea para que el periodista hablase de cómo los Manzanares lo atizaron en la Mérida Venezolana. Juraba que era una cosilla de tocar o no a los toros y resulta que cuando el personal vio a Navalón, debieron decir algo así como que aquí ni Dios toca un pitón. O así al menos lo contaba. Parecido a lo de hoy. El momento televisivo es cumbre. Un aluvión de llamadas que preguntaban por el asunto y sin hacer caso al Capea, que con once años de alternativa ya había matado más de mil corridas de toros.

Ya no hay *Estudio abierto* que valga ni tertulias con Fernán Gómez desde su casa discutiendo con Manolo Vázquez, Santiago Amón y Buero Vallejo. Ya no hay Navalones que te escriban un *Viaje a los toros del sol*, que es de lo mejor que se ha escrito siempre. Ni que te cuenten cómo los Pérez-Tabernero miraban a la casa de en frente para que, cuando el que tentaba allí se acercara a la suya, le mandaran a tomar por donde la espalda pierde el nombre. Pero tampoco quedan figuras de las que se mataban por que les llamaras o apoderados que telefonearan a la radio desde la venta de carretera de turno, que cuando volvían del norte solía ser La Varga, en Burgos, y te dijeran: «¡El torero ha estao extraordinario, cumbre, soberbio, pero la peña no se ha enterao. Me llamas y te lo paso pa` que te cuente!»

Dice mi amigo Felipe Garrigues, por el que se deberían matar los medios para ficharlo, pero lo tiene blindado Onda Madrid, que para escribir o hablar de esto hay que ponerse delante de vez en cuando. Que hay que sentir y entender al toro, que es la clave del tinglao. Pero es que los que se ponen delante muchas veces no se ponen delante de una cámara o un micrófono con un periodista que, no nos engañemos, no le va a buscar los tobillos como uno con guasa en la plaza.

Ya no quedan Caminos o Palomos que sepan vender una rivalidad para que la gente se mate por una entrada para un agarrón, que dicen

en México. Puede que ya no sepamos vender el producto los de la pluma tampoco, puede ser. Pero lo cierto es que de un tiempo a esta parte la respuesta más habitual cuando llamas a una figura e incluso a algunos que llevan dos días en esto es que «el torero no da entrevistas, que está en el campo centrado preparándose…» y ya ahí desconecto y no me acuerdo de cómo sigue.

Tampoco hay Colmenarejos que aprieten a los chavales para que se maten por dos minutos de radio hablando de toros. O de lo que sea. Igual el problema de verdad es que ya no se habla de toros como se hablaba antes. Ni en los medios ni en las furgonetas de cuadrillas, me cuenta algún profesional, y eso sí que es un problema. Uno de peso.

Al final la prensa lo único que hace es contar las cosas y lo más fácil siempre es atizar al mensajero. Y como ya ni se atiza a la prensa, mejor obviarla, que es el camino que muchos han tomado de un tiempo a esta parte. Luego vienen los lloros porque lo que no sale en televisión no existe, como se ha dicho siempre. Pero lo que no sale en radio o en prensa escrita, tampoco. Y salvo contadas excepciones, una de las mejores hornadas de figuras de toda la historia, que han mandado a placer en las plazas y taquillas, no se han preocupado lo más mínimo por vender el producto fuera de ellas. Tal vez tampoco les haya hecho falta, pero qué pena que nos hayamos perdido una parte del espectáculo como es el de escuchar a los toreros. Y que se enfaden. Y que manden a la mierda al que pregunta, que para eso estamos. Pero al menos que lo manden, que siempre es mejor eso que escuchar que «el torero no da entrevistas, que está centrado en el campo preparándose…». Y ahí desconecto y ya no me acuerdo de cómo sigue.

Javier Fernández-Mardomingo

Javier Fernández-Mardomingo (Burgos) es un periodista con más de una década de experiencia en radio. Inició su trayectoria en 2013 como redactor en prácticas en Onda Cero en el programa *Herrera en la Onda*, y posteriormente ingresó en la COPE, donde trabajó como redactor, entre otros, en el informativo *La Linterna* durante cinco temporadas. Dentro de su experiencia en el sector taurino, participó dos temporadas en el programa *La divisa* de Pedro Javier Cáceres y una en One Toro presentando el programa *A toro pasado*. En 2018 se incorporó a Onda Madrid, donde asumió el puesto de subdirector del programa *El enfoque*, ocupación que desempeñó durante cinco años. En la temporada siguiente, pasó a dirigir y presentar el programa informativo *Buenos día*s *Madrid*. Reconocido por su labor, fue galardonado con la Antena de Plata 2023 por revitalizar la información taurina con su programa *El toril*, que puso en marcha en 2021 dirigiéndolo durante tres temporadas y que se emite todavía hoy los domingos por la noche en Onda Madrid.

La cultura acorralada

Por John Müller

Mientras Francia consagra la tauromaquia como patrimonio cultural, España la relega al rincón de lo vergonzante. La fiesta de los toros no está amenazada por la falta de afición, sino por un vacío institucional y una renuncia cultural.

En 2011, Francia declaró la tauromaquia Patrimonio Cultural Inmaterial. No fue un gesto nostálgico, sino una afirmación de identidad: un país que no teme proteger una tradición importada si considera que forma parte de su pluralismo regional. Mientras tanto, España, cuna de la fiesta brava, la abandona entre silencios oficiales, presiones ideológicas y un oportunismo político que prefiere incomodar lo menos posible.

Resulta irónico que la tauromaquia goce de mejor salud institucional en Nimes o Arlés que en muchas capitales de provincia españolas. Allí, una legislación clara ampara los festejos si existe una tradición ininterrumpida. Aquí, las trabas administrativas, la retirada de subvenciones legítimas y el desinterés de los gobiernos convierten a la afición en una forma de resistencia.

No es un fenómeno marginal. En 2023 se celebraron 1.474 festejos taurinos en España, una cifra que desmiente la idea de una actividad en vías de extinción. La afición persiste, aunque cada vez con menos respaldo institucional. Y a pesar de las críticas, el sector mantiene una cierta viabilidad económica.

Pero el verdadero debate no es fiscal ni presupuestario, sino estético y cultural. La tauromaquia pertenece a una concepción del arte que

no teme a la tensión, al riesgo, a la belleza que roza lo insoportable. Es un acto plástico y simbólico donde se funden la gracia y la violencia, la ceremonia y lo imprevisto. El toreo, como el flamenco o el cante jondo, encarna una sensibilidad que no puede domesticarse con moralinas ni reducirse a cifras.

En democracia, ninguna tradición debe imponerse. Pero tampoco proscribirse si existen ciudadanos que la valoran. Prohibir, asfixiar o ridiculizar la fiesta no es una señal de civilización, sino de intolerancia disfrazada de modernidad. Y revela una paradoja inquietante: España, tan dada a enarbolar su diversidad, renuncia a una de sus expresiones más profundas por temor a defender lo que la hace distinta.

La tauromaquia sobrevivirá mientras haya plazas abiertas, público en los tendidos y toreros dispuestos a jugarse la vida. Si desaparece, no será por falta de pasión, sino por la cobardía de quienes debieron defender el derecho a conservar lo propio. Incluso lo discutido. Incluso lo trágico.

John Müller

John Müller (Osorno, Chile, 1964) es un periodista chileno-español con 40 años de trayectoria en medios de comunicación. Titulado en Periodismo por la Universidad Católica de Chile (1985) y con estudios de posgrado en la Universidad de Navarra y el IESE Business School, ha sido una figura destacada en el periodismo económico y de opinión en España. En 2021, Müller se incorporó al diario *ABC*, donde publica columnas de análisis económico y lidera iniciativas de nuevas narrativas multimedia. Anteriormente, formó parte de la redacción fundadora de *El Mundo* (1989), donde llegó a ocupar el puesto de director adjunto tras desarrollar gran parte de su carrera profesional en este diario. Además de su labor en prensa escrita, Müller es colaborador en medios como Onda Cero y Radio Pauta de Chile, donde ofrece análisis sobre economía global y tendencias tecnológicas. Su trabajo se distingue por su rigor analítico y su capacidad para conectar fenómenos económicos con su impacto social y político.

Verso y arena. Rafael Alberti en Pontevedra

Por Ramón Rozas

Único coso estable en Galicia, la Plaza de Toros de Pontevedra, en el barrio marinero de A Moureira, guarda en su interior, como un cofre lleno de tesoros, numerosas historias a lo largo de sus ciento veinticinco años de vida que, precisamente, celebró este año durante sus tradicionales festejos de la Virgen Peregrina, en el mes de agosto, y a los que se le sumó, en relación a los últimos años, una tercera corrida de carácter goyesco, recordando así parte de esa historia, ya que la anterior corrida goyesca celebrada en Pontevedra databa de 1929. Al tiempo que también se conmemoraba la propiedad de la plaza en manos de la familia Lozano desde 1975 y que ahora, cincuenta años después, siguen manteniendo con el cariño, mimo y esmero que merece una plaza con esa historia para regocijo de los aficionados que cada año llenan sus tendidos como hicieron durante décadas miles y miles de pontevedreses.

Junto a ese hecho histórico, de ese cofre podríamos recuperar numerosas fechas y acontecimientos que a lo largo de los años han ido haciendo de esta plaza, la perla de Galicia y el último bastión de la tauromaquia en esta comunidad, parte de la historia taurina de España, y por la que pasaron los mejores diestros de cada de una de las épocas de su historia, pero no solo toreros, sino que sobre su arena, y como uno de esos capítulos singulares de la historia taurina y cultural tuvo lugar la presencia del mismísimo Rafael Alberti haciendo el paseíllo en la que fue su primera y última tarde vestido de luces como miembro de la cuadrilla de su amigo Ignacio Sánchez Mejías.

El 3 de julio de 1927 se cumplieron dos deseos, uno, el del propio escritor, toda una referencia ya en el país, ya que dos años antes había logrado el Premio Nacional de Literatura por la que era su primera obra, *Marinero en tierra*, y que siempre había tenido entre ceja y ceja sentirse torero; y otro, el de Ignacio Sánchez Mejías, amigo de numerosos nombres del mundo de la cultura y catalizador de aquel encuentro sevillano que posibilitó la creación de la llamada Generación del 27, que, sabiendo de los deseos del escritor, ya había intentado en alguna ocasión que le acompañase en algún festejo. Algo que curiosamente consiguió en un lugar geográficamente tan alejado de sus ámbitos habituales de vida y trabajo como una Pontevedra a la que llegaron en tren el día antes, acompañados por José María Cossío con el que habían coincidido en la estación de Venta de Baños y al que Ignacio Sánchez Mejías persuadió con insistencia para que fuese testigo del festejo atlántico.

Así las cosas, en aquel escenario ajeno a la presencia del poeta, cuyos cabellos distaban todavía mucho de poseer la blancura que todos conocimos con el tiempo, pasaba desapercibido en aquella cuadrilla y ante una plaza que acogía un enjambre de personas que, como era frecuente, y todavía lo es en las citas pontevedresas con el toreo, se registraba la presencia de numerosas personas procedentes de diversos pueblos de la región y del norte de Portugal. Pero por si algo no pasaba inadvertido Rafael Alberti era por el terno que le había tocado en suerte, seguramente como la única posibilidad de encontrar un traje de luces sobrante en el repertorio de la cuadrilla, un traje naranja y negro, «un traje de luto que Ignacio conservaba desde la trágica muerte de Joselito, su cuñado». Así nos lo cuenta el propio escritor en un fragmento de sus impagables memorias que, bajo el título de *La arboleda perdida*, se refieren a aquel instante supremo: «Con cierto encogimiento de ombligo, desfilé por el ruedo entre pasodobles y ecos de clarines. Después… ¡Oh! Cuando el primer cornúpeta, tremendo y deslumbrado se arrancó,

pasando entre las tablas y mi pecho, comprendí la astronómica distancia que media entre un hombre sentado ante un soneto y otro de pie y a cuerpo limpio bajo el sol, delante de ese mar, ciego rayo sin límite, que es un toro recién salido del chiquero. Menos mal que aquel público gallego no era de esos que piden "hule", como el andaluz o el madrileño y pude pasar desapercibido, dentro del callejón, durante toda la lidia».

Ciertamente no se puede describir mejor lo que supone ese instante del encuentro a pocos metros de un toro recién salido de chiqueros en lo que es, sin duda, la mejor manera de despejar las dudas sobre cualquier afán de armar una carrera taurina. En esos instantes se puede resumir, eso sí, de manera espléndida y por supuesto envidiada para los que nos dedicamos a juntar letras alrededor de lo taurino, toda una trayectoria y el fin de un sueño que Rafael Alberti certifica de la siguiente manera: «A la salida de la plaza me corté la coleta, quiero decir que di por terminada mi carrera taurina. Tan solo había durado tres horas. También Ignacio aquella tarde se retiró inesperadamente, de los toros, anticipándoselo a Cossío al brindarle el último toro que lidiara: "Te brindo este toro" —le dijo— que será el último que mate"». Algo que no se cumplió al regresar en 1934 a los ruedos bajo un trágico destino, ya que ese día del 11 de agosto, en Manzanares, Granadino, el primero de la tarde, lo prende de manera mortal falleciendo dos días después en Madrid. Hecho del que se servirá el otro gran poeta de esa Generación, Federico García Lorca, para escribir su eterno *Llanto por la muerte de Ignacio Sánchez Mejías*.

Tres horas pero que le sirvieron a Rafael Alberti para atrapar sensaciones, respirar tauromaquia, entender la gloria y el fracaso de lo que sucede en esa representación del mundo como es el albero de cualquier plaza de toros. Él ya tenía claro que su lugar era otro, el de estar frente al papel, otro fiero enemigo sobre todo cuando este se encuentra en blanco a la espera de que las palabras configuren sus equilibrios sobre él y dibujen las más apreciadas y emocionantes coreografías. Rápidamente

los ecos de aquella tarde se extendieron por diferentes rincones de España y ese paseíllo único llegó a los oídos de otro poeta excelso, Juan Ramón Jiménez, que dijo lo siguiente: «Me he enterado de que Alberti anda con gitanos, banderilleros y otras gentes de mal vivir. ¡Está perdido!».

Pero aquel hecho, aislado en el tiempo, sepultado por el devenir de la memoria, tuvo una segunda parte, un hermoso epílogo que nos acercó lo sucedido a las generaciones más recientes, volviendo a extraer de ese cofre de sueños e ilusiones que es nuestra Plaza de Toros otro de esos capítulos irrepetibles de su historia, acrecentando su condición mítica y volviéndola a situar como una referencia taurina para la historia taurómaca. Rafael Alberti regresaba a la plaza con noventa y un años para rememorar aquella tarde que, por supuesto, no había caído en su olvido, y que ahora repetía, eso sí, portando su característica cabellera blanca, notaria del tiempo transcurrido. Fue en 1993 cuando otra cuadrilla muy diferente a aquella se adentraba en la Plaza de Toros, junto al poeta y su mujer, María Asunción, se encontraban el autor teatral José Ruibal, su hermana, la pintora Mercedes Ruibal, el director de *Diario de Pontevedra*, Pedro Antonio Rivas Fontenla, y el muñidor de esta recuperación del tiempo pasado, el médico José Barros Malvar, auténtico embajador pontevedrés, amigo de Buñuel y de tantos y tantos nombres de la vida y cultura españolas a los que muchos de ellos les salvó la vida desde sus habilidades y conocimientos como excelente cirujano.

De nuevo sobre la arena, el verso en la plaza, en otra tarde inolvidable. «Durante media hora su cabellera blanca dominó la plaza, mecida por el viento, mientras su cintura giraba y el brazo amagaba un natural. Aquel silencio se vio roto por el "olé" de su compañera, mientras Rafael Alberti continuaba a simular pases», así describía la crónica del periódico del día siguiente aquella recuperación del tiempo perdido, aquel mar de evocaciones que volvía a reunir al gran

poeta con la ciudad de Pontevedra. Marinero en tierra de marinos ajeno al paso del tiempo, al devenir de las mareas y asentando el verso en la arena.

Ramón Rozas

Ramón Rozas Domínguez (Santiago de Compostela, 1971) es un destacado periodista, crítico de arte y escritor gallego. Se licenció en Historia del Arte por la Universidad de Santiago de Compostela, lo que le proporcionó una sólida formación en análisis estético y patrimonio cultural. A lo largo de su carrera forma parte de la plantilla del *Diario de Pontevedra*, donde se dedica a la información y crónica taurina, además de redactor de textos para catálogos de exposiciones y críticas de arte. Ramón Rozas forma parte del Consello da Cultura Galega.

Lo bello, lo bueno y lo verdadero

Por Chapu Apaolaza

Escribir de toros es defender el mundo, no contarlo. Uno solo cuenta las cosas que no le importan: los días, los minutos, las ovejas cuando no concita el sueño. El periodista del toro no es un constatador de las realidades. Va, ve y cuenta, pero todo absolutamente pasa por su visión del toro, que es su visión del mundo, esto es por su punto de vista irrenunciable e inconquistable de las cosas. Toreros hay muchos, tantos como formas de vivir, pero cada uno tiene la suya preferida y es su deber defenderla a capa y espada, nunca mejor dicho. Vengo aquí a sospechar de la gente a la que le gustan todos los toreros como de los que les gustan todas las personas. No: si todos los hombres son tus amigos, significa que no tienes amigos.

El periodista taurino, más aún el cronista taurino, defiende lo suyo, que es su mirar, su perspectiva del conjunto de la realidad muchas veces heredado de sus mayores y, en último orden de cosas, su concepción del cosmos. Debe resultar inconquistable, incorregible y testarudo, cegado al fin y al cabo por su visión de lo que representan el bien y el mal. Siempre renegué de los que cuentan el mundo como si solamente pasara por sus ojos y no por su corazón. La fiesta de los toros no se dirime en una oreja más o una oreja menos. Permanece en la superficie cuando ordena el logos de la plaza con leyes euclidianas en cuyo cumplimiento se suceden tantos pases a tal altura, tal cadencia, tal velocidad, tal profundidad en estos u otros terrenos. Ahí no sirve, porque no se desarrolla, más bien permanece, sin alcanzarla, en la espuma de una realidad que permea los

sótanos del hombre y toca fibras profundísimas que son origen, más allá del gozo o la falta de agrado en la contemplación del hecho que sucede en la plaza, de un arco de sentimientos que va de la ira más fogosa a la exaltación de la alegría más profunda, la vergüenza del otro que a veces se hace insoportable, o ese hastío existencial.

El orden del toro despierta emociones profundas en el hombre, que siente alterada o confirmada su visión del universo. Cuando lo que uno cree y lo que uno ve coinciden, se enciende el milagro de la fiesta, íntimamente ligado a la verdad del ser. Muy en contra de la noción del toro como una fórmula desapasionada, explica como representación de todos los mecanismos que mueven el devenir del hombre y por tanto, cada detalle resulta crucial en la celebración o en la ofensa del devenir de la faena.

En un mundo en el que el consenso en las realidades más obvias se hace imposible, el cronista, que es un aficionado con cuatro columnas en el periódico del día siguiente, se mueve alrededor de la triada platónica de la exigencia —y por tanto la creencia—, de lo bello, lo bueno y lo verdadero que es, como el toro, reflejo de las ideas eternas.

Chapu Apaolaza

Chapu Apaolaza (San Sebastián, 1977) es periodista licenciado por la Universidad de Navarra, conocido por su estilo narrativo ágil, lleno de ironía y profundidad. Su carrera comenzó en Vocento (2004), donde participó en el lanzamiento de *La Voz de Cádiz* y luego trabajó como reportero y enviado especial cubriendo sucesos como los atentados de París y Bruselas. Colabora regularmente con medios como Onda Cero (*La brújula*) y *Diario de Navarra*. Además, es columnista y editorialista de *ABC* y colabora como analista político en La Sexta y Telemadrid. Autor del libro *7 de julio —una reflexión literaria sobre el encierro de Pamplona*—, ha sido galardonado con el Premio Internacional de Periodismo Manuel Alcántara (2011), el Premio de Defensa (2006) y el Premio Unicaja (2018). Además, fue portavoz de la Fundación Toro de Lidia (2018-2022), donde promovió un debate reflexivo sobre la tauromaquia.

El niño aguarda

Por Alfonso J. Ussía

El niño aguarda y el pueblo también. En la llanura, inmóvil, el verano parece suspenderse. El polvo arde en los caminos; las chicharras repican con monotonía sobria; los campos, amarillos, respiran silencio. El tiempo parece detenerse, pero en realidad es el compás que siempre ha tenido. Llega septiembre y, debajo de ese susurro, palpita otra cosa. Es la espera: la feria que viene. El niño cuenta los días. Los hombres lo hablan en la taberna: «Ya están por llegar». Y entonces la imaginación se enciende. Ve las carretas bajando por el camino. Escucha, aunque no sea verdad, un bramido lejano. Todo el año gira en torno a este momento. La feria del pueblo es, para él, principio y fin. Y también para los viejos.

El pueblo se transforma. La plaza comienza a ser otra. Los carpinteros clavan maderos; se limpian aceras y farolas; los tablones se levantan y forman corredores. A cada golpe de martillo, el niño siente que la fiesta se acerca. Mientras, corre por las calles, entra y sale de la plaza, observa cómo la estructura crece día tras día como algo que después desaparecerá. Y cada día su corazón late más deprisa y el sueño se hace más corto. La feria no es solo el toro. Es todo. Es su tía abuela que amasa rosquillas en la cocina. Es el viejo que habla de las faenas de cuando vino Manolete. Es el vino que se descorcha en la taberna. Es el olor a brasa en algunos garajes que preparan mesas largas con mantel blanco de papel. Es la música que ensaya la banda en la casa del maestro y que se escapa de tarde. Es la conversación que se enciende al anochecer, en el banco de piedra, junto a la iglesia. Y el niño escucha. El niño aprende.

Los días se hacen interminables. En la cabeza del niño no hay otra cosa. Solo está la feria. El instante en que, bajo el sol, sonará el clarín y se abrirá el toril. La tradición se repite. Se ha repetido siempre. Desde el abuelo, desde antes del abuelo. La feria es herencia. Es memoria. Nadie concibe el año sin ella. No hay calendario posible sin esos días que concentran toda la vida del pueblo. Vienen los que se fueron y regresan los que ya no están porque recordamos lo que hicieron en estos días de Feria. Vaya con el abuelo de Rubén, el Antonio lo llamaban, que salió de espontáneo y terminó con una cornada de diez centímetros en el muslo. Se llamaba Rompesueños, y desde luego acabó con los suyos. Al menos con uno. Ahora se pasa los días en la barra del colmado de a. Siempre invita a un Kas limón cuando le preguntan por aquella tarde.

Por fin llega la víspera. En la plaza ya está todo dispuesto. El olor a madera nueva, a serrín, a tierra removida. Los hombres van y vienen; las mujeres preparan las mesas; los niños juegan, nerviosos, sabiendo que mañana será distinto. El niño, en su cama, no duerme. Escucha ruidos, cree escuchar pasos, imagina que los toros ya están cerca.

Al amanecer, la claridad es otra. El aire tiene un brillo más limpio. La gente se mueve con prisa contenida. En la calle mayor se levantan puestos de turrón, de barquillos, de juguetes de hojalata. Botes de nieve, bombetas, pistones, pipas Facundo. Todo suena. Todo huele. Todo brilla. Cuando la música comienza, el niño siente que el corazón se le sube a la garganta. La banda avanza, los clarinetes, los tambores, los metales. El pueblo entero se arremolina. Es fiesta. Y llega el momento. Se abre la puerta. Surge el toro. Negro. Bravo. La multitud contiene la respiración. El niño mira. No comprende aún la lidia, los lances, la faena. Lo que comprende es otra cosa: comprende el silencio, el latido colectivo, la tensión de todos los ojos fijos en el ruedo. Incluso los de Manolo, el sargento.

Ese bicho es más que un animal. Es la tierra misma que galopa contra los burladeros. Es la bravura del campo. Es la memoria de las dehesas lejanas que nunca ha visto, pero que imagina. Es la fuerza que sostiene el mejor día del año. Este. El niño no teme. Sus ojos se abren de asombro. Algún día, piensa, cuando sea mozo, quizá bajará también. Aunque sea con una chaqueta vieja. Aunque sea solo por sentir, un instante, el vértigo del ruedo. Por ahora basta mirar. Basta estar allí, entre la multitud, con el polvo en la garganta, con el sol en los ojos. Basta con sentir que el pueblo entero está allí viendo lo mismo.

La tarde cae. El eco de la música se disuelve en un aire tibio, más fresco y violeta, que le obliga a correr hacia la barra que han colocado en la calle. Pide agua helada. El chico que atiende no le cobra porque le nota sediento. Quedan en la plaza olores mezclados: tierra, sudor, vino derramado. El niño camina despacio hacia su casa. Lleva en el pecho un toque secreto, un peso distinto: la certeza de saber que ese día ha sido especial; el mejor de todos. Y la ilusión se cumple mientras la tradición se renueva. Sabe que la espera volverá a empezar mañana, cuando la feria se haya ido y el tiempo retome su compás. Pero él ya sabe que todo volverá. Que cada año, en el mismo polvo, bajo el mismo sol, regresará la fiesta. Y que siempre, mientras exista la feria, el pueblo tendrá memoria. Y él, esperanza.

Alfonso J. Ussía

Alfonso J. Ussía (Madrid, 1983) es un escritor y columnista español, conocido tanto por su obra literaria como por sus colaboraciones en medios de comunicación. Uno de sus primeros trabajos de relevancia fue su labor como asistente del músico Antonio Vega, durante los últimos años de la vida de este, lo que marcó una etapa formativa importante en su vida tanto personal como profesional. Esa experiencia inspiró su novela *Vatio* (2021), donde explora las luces y también las sombras de la vida junto a Vega, así como la caída en adicciones y la complejidad emocional de esos últimos tiempos. Además de Vatio, su producción literaria incluye otras novelas como *Cuento del norte* (2020) y *El puente de los suicidas* (2023). Alfonso J. Ussía colabora con el diario *ABC*, escribe columnas de opinión y crónicas, especialmente centradas en la ciudad de Madrid, concretamente en la sección «Bajo Cielo». También participa en programas de radio, como en Onda Cero, con secciones fijas. Previamente trabajó para medios digitales como *The Objective* y *El Confidencial*.

La ciudad de los sermones

Por Joaquín Luna

He nacido en Barcelona y pertenezco a ella, aunque a veces no reconozco mi ciudad y evito la Monumental, como el que evita la mala leche o la leche de vaca, tan desaconsejable para vivir cien años. A veces, me da por soñar que volveré a sus tendidos los domingos de agosto, pero pronto se me pasa porque son tiempos adversos para la tolerancia, el futbolín y la canción del Cola Cao (la del negrito y el boxeador que boxea que es un primor).

La vida de un aficionado a los toros en Barcelona es mejorable porque, como es sabido, no hay corridas de toros desde septiembre del 2011. Desde entonces, la ciudad es más alegre, más limpia, no hay tirones, los hospitales atienden fluidamente en los pasillos y los ancianos mueren habiendo recibido los santos sacramentos o montando unos funerales la mar de animados en los que tocan la música grata al difunto. A veces eligen un pasodoble y al salir del tanatorio, los deudos salen pegando verónicas a riesgo de ser amonestados. ¡Ah! Y la gente —la llamada ahora «ciudadanía» cuando la quieren engatusar— también transmite mayor felicidad y bienestar, tanto individual como colectivo. ¡Sin toros la historia de Barcelona es un antes y un después!

Como todo aficionado catalán, me conformo con que la humanidad de kilómetro cero me lo perdone y se abstenga de hacerme la zancadilla mientras camino por la Diagonal. Están en su derecho porque soy un maltratador y ellos personas civilizadas, moralmente superiores y predispuestas a hablar a sus perros con un cariño que ya le hubiese

gustado recibir en vida a mi padre de sus hijos. Por cierto, mi padre era manoletista, aunque nunca me llevó a los toros porque ya no vivía Manolete, el ídolo más popular ¡y transversal! de la Barcelona de los años 40. Lo del ídolo que unía en tiempos de vencedores y vencidos, iluminando el gris, lo escribí un día en *La Vanguardia* y un lector me confirmó por carta, emotiva, la devoción por el Califa que se respiraba en su casa, hogar de unos derrotados de la guerra civil, no como algunos de los abuelos franquistas cuyos nietos votaron alegremente por la prohibición de los toros en el Parlament. Hay un cierto tipo de gente que siempre gana las guerras, nunca las pierden. De esto en mi tierra sabemos mucho…

De vez en cuando y pidiendo perdón por adelantado, me atrevo a recordar que el Tribunal Constitucional derogó la prohibición en Catalunya y exijo mis derechos. ¡Uy, la que se arma! En una cita a ciegas, almuerzo mediante, la contrincante me preguntó sobre mis aficiones a las primeras de cambio y cuando mencioné los toros contestó que no se levantaba de la mesa por educación. ¡Cuánta dignidad! ¡Qué privilegio el mío! ¡Y qué almuerzo más largo! ¿Qué es un derecho constitucional, inherente al pacto entre administraciones y ciudadanos, comparado con situarse en el lado bueno de la historia, o sea, en el de los que invocan su sensibilidad para prohibir aquello que les disgusta? De ahí que no haya corridas de toros en Barcelona. ¡Donde esté la sensibilidad! Y también porque la prohibición en Catalunya es el único resultado tangible de una enajenación autodenominada *procés*, otro tostón que se me hizo muy largo. Digo curiosa porque fue una revolución sin revolucionarios, financiada por el Estado opresor y en la que los oprimidos montaban fiestas a lo grande con el dinero de otros. Al parecer, España nos chupa la sangre y había que mirar a los españoles por encima del hombro, sobre todo a los bajitos, incluso al primo de Caldas de Morrazo, que es del Dépor y se mete poco en política. Como la revolución terminó de forma

extraña, el pueblo oprimido se aferra a la prohibición de los toros y así se distingue de los vecinos, que para unas cosas son opresores y para otras cosas son hermanos de los Países Catalanes, aunque ya es mala pata que en el sur de Francia, Mallorca, Aragón y Valencia tengan corridas de toros a los que unos asisten y otros no.

La tolerancia, ay, aquel valor del que tanto se hablaba en la transición, también rebautizada por algunos como «el régimen del 78», digo yo porque prefieren un mundo con bloques, en el que todo se reduce a buenos y malos (aclaración: los aficionados a los toros somos malos). ¡Qué tiempos! La izquierda demostraba respeto por un espectáculo popular y aún más que respeto: defendía la libertad en el ámbito privado, sin sermones.

A copia de recibir lecciones, he dejado de darlas salvo si veo a un adolescente aporreando a una anciana en la vía pública. Dar lecciones a los aficionados a los toros en Catalunya es sencillo y habitual porque son muchos los que quieren dejar un mundo mejor a sus bisnietos, aunque sea a costa de amargar la vida del contemporáneo. A veces, sin embargo, los amigos te confortan, cosa que enaltece esto de la amistad. En la tertulia semanal, le pregunté a Ignacio Martínez de Pisón, escritor y guionista, si había ido alguna vez a una corrida de toros, a sabiendas de que no le gustan. «¡Sí, una vez!». Amigo de José Antonio Labordeta, gran aficionado, le pidió que le acompañase a una novillada en el coso de la Misericordia porque le sobraba una entrada. Debió de ser una tarde anodina. Ignacio no recuerda nada, solo que no se aficionó. Y, a modo de guiño amistoso, confesó algo que me supo a gloria, en esta Barcelona saludable, sostenible y sosa. «El otro día se lo dije a Agustín Díaz Yanes: los taurinos sois ya los únicos que nunca dais lecciones a la gente sobre lo que tiene que gustarle». No hay como sufrir la intolerancia para renegar de ella.

Joaquín Luna

Joaquín Luna (Barcelona, 1958) es un periodista español con más de cuatro décadas de trayectoria en el periodismo internacional. Licenciado en Periodismo por la Universidad de Navarra, comenzó su carrera en *La Vanguardia* en 1982. A lo largo de su carrera, ha sido corresponsal en Hong Kong (1987-1993), Washington (1993-1996) y París (1996-2000), y redactor jefe internacional del diario entre 2005 y 2014. Ha cubierto acontecimientos como la matanza de Tiananmen, las guerras de Kuwait, Irak, Ucrania y Gaza, el 11-S en Nueva York, y los accidentes nucleares de Fukushima, entre otros. Además, ha sido testigo de las elecciones presidenciales en EE.UU. en 1996, 2000 y 2012, así como de los Juegos Olímpicos de Seúl, Barcelona, Atlanta y Atenas. Es autor de varios libros, entre ellos *Menuda tropa*, *Cuando te dejan* y *Esta ronda la pago yo*, donde combina crónicas personales con reflexiones sobre la vida y el periodismo.

La generación del 27: tradición, vanguardia y toros

Por Eva Díaz Pérez

Por las noches, cuando no hay nadie en el coso de la plaza de toros de Sevilla, una bruma color de albero se pasea por la plaza. Salen toros albinos y fantasmales cuadrillas de toreros. Son todos los morlacos y los diestros de tardes de gloria que en la historia han sido. Salen a escena páginas perdidas de crónicas del pasado con la genealogía remotísima de los primeros juegos de la nobleza toreando a caballo en la Edad Media. Los juegos caballerescos de desafío como el de las cañas, que eran de origen morisco, y escenas de torneos y ejercicios ecuestres llamados de la sortija o las cabezas, que aparecen en tratados de caballería a la jineta.

La plaza de toros de la Maestranza en una Sevilla perdida en el tiempo surge ante nuestros ojos con la geometría imperfecta del redondel. La fascinación del arte por la tauromaquia cuenta con una larga tradición de siglos, casi tanta como su historia. En el siglo XVIII se levanta la plaza de toros de la Maestranza, esa plaza de la que José Bergamín decía en su *Arte de birlibirloque* que no podía entrar quien no entendiera de geometría. Bergamín representa esa fascinación de los jóvenes poetas de la vanguardia ante un símbolo de la tauromaquia que seguía vivo e inspirador en los tiempos modernos.

El mundo de la tauromaquia fascinó a los viajeros románticos y, de hecho, fue un aliciente más en sus visitas, paraíso del pintoresquismo, de la pasión y de lo inesperado. Merimée, Dumas, Gautier o Richard Ford incluyeron comentarios taurinos en sus cuadernos de viaje y además convirtieron ese mundo en materia literaria como fondo fabuloso de sus novelas.

Pero ¿siguieron fascinando los toros con la llegada de la modernidad? ¿Es posible que este mundo antiguo de primitiva hermosura se convirtiera en materia de inspiración para los artistas de la vanguardia? ¿Caben los toros en una poesía surrealista? ¿Entra con garbo una faena de picadores dentro de un cuadro cubista?

En efecto, la tradición se enredó seductoramente con la vanguardia en la llamada Edad de Plata, en ese tiempo en el que España abandonó el siglo XIX para adentrarse en el camino de la modernidad.

Hay un momento casi fundacional en este interés de los escritores modernos por la tauromaquia con un libro de referencia literaria: *La Fiesta Nacional* de Manuel Machado, una temprana obra publicada en 1906. Con este libro, Manuel Machado abre la senda de la tauromaquia como tema literario, algo que explotarían con brillantez los poetas de la Generación del 27. El poeta contempla desde la modernidad la liturgia de todas las suertes y distintos momentos de la lidia: el toque de clarín y timbales; la salida del toro a la arena; el primer tercio con el toreo de capa; la suerte de varas; la cogida y muerte de la cabalgadura; el banderilleo; el toreo de muleta y la suerte suprema; el arrastre de mulillas y la vista de la plaza solitaria tras la corrida en el epílogo.

En Sevilla tiene lugar el acto fundacional de la Generación del 27 con la conmemoración del tercer centenario de la muerte de don de Góngora por parte de los jóvenes poetas. La cita de Sevilla fue la confirmación de la amistad y la autoconciencia de que eran un grupo poético, pero también fue una fiesta de la amistad y de la poesía. Una celebración impulsada precisamente por un torero: Ignacio Sánchez Mejías. Sánchez Mejías anima a los jóvenes poetas a viajar a Sevilla, la ciudad del Mediodía, para culminar el año dedicado a Góngora, y sobre todo para poner en escena un movimiento imparable, una fiebre de la nueva estética. Sevilla acogerá este acto fundacional de la modernidad literaria, pero ¿cómo era la ciudad taurina?

Centrémonos en las dos grandes figuras de la época: Joselito *El Gallo* y Juan Belmonte. Sobre ellos se crea una supuesta rivalidad pues el país se dividide entre gallistas y belmontistas. Y es cierto que representaban dos formas de entender la tauromaquia y también de analizar la vida. Joselito *El Gallo* simboliza lo apolíneo y Belmonte lo dionisíaco. Uno es armonía renacentista y el otro barroquismo caótico y fascinante. Dos figuras del toreo que también son una metáfora de los dualismos de una ciudad —Sevilla— siempre contradictoria.

Joselito *El Gallo* tomó la alternativa en 1912. Su fama en los ruedos y fuera de ellos lo convirtió en un mito viviente hasta la cogida mortal en la pequeña plaza de Talavera de la Reina el 16 de mayo de 1920. Quizás en ese último instante Joselito creyó ver a todos los toros de su vida. Entraba el cuerno del toro Bailaor lentamente en el vientre y Joselito pudo contemplar a los morlacos toreados en las tardes de su breve vida: el toro Caballero de su alternativa; el Ciervo de la ganadería del duque de Vergara, jabonero claro y con cara rizada; Almendrito en Santa Coloma; el burel Napoleón y Cantinero, al que cortó una oreja implantando de ese modo la costumbre mutiladora y sacrificial. Y así hasta que vio de cerca los ojos amarillos de Bailaor de la ganadería de la señora viuda de Ortega, «pequeño y burriciego».

Joselito *El Gallo* era la Edad de Oro del toreo. Templanza, serenidad, clasicismo en el coso. Joselito representaba una especie de santón laico o casi dios, quizás porque recordaba las corridas votivas y los ritos sacrificiales del dios Mitra hiriendo con su cuchillo al toro. Un mundo perdido que él representaba cada tarde en la plaza. Creaba la ceremonia de los toros anunciando solsticios, el toreo de los caballeros de linaje, de los varilargueros barrocos, de rejoneadores y muertes a estoque, de los toros del aguardiente, de las capeas al atardecer, de las tauromaquias de Pepe-Hillo o Paquiro.

Su cuñado Ignacio Sánchez Mejías toreaba con él y existe la famosa fotografía del torero-dramaturgo, el mecenas del encuentro sevillano de la Generación del 27, que contempla a Joselito muerto. Es la imagen de la desolación, de la desesperanza. No hay grito ni dolor histriónico, solo silencio. Pobre Ignacio, pasarían solo unos años para que él corriera la misma suerte en una tarde de 1934.

Precisamente, la muerte de Ignacio Sánchez Mejías inspira otra gran creación pues hizo que Federico García Lorca escribiera una de las elegías más excelentes de la literatura española. Con su *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías* Lorca convirtió en inmortal al torero: «Tardará mucho tiempo en nacer, si es que nace, un andaluz tan claro, tan rico de aventura».

Sánchez Mejías quiso que su cuñado Joselito también pasara a la inmortalidad gracias a la literatura. Habían pasado siete años de la muerte de Gallito y Sánchez Mejías invitó en mayo de 1927 a Rafael Alberti a un homenaje que se celebraría en el Teatro Cervantes de Sevilla. La intrahistoria de este viaje también guarda un curioso anecdotario.

Ignacio encerró a Alberti en el Hotel Madrid condenándolo a no salir de la habitación y advirtiéndole que ni comería ni bebería hasta que no escribiera los versos que harían inmortal al torero. Y así nació Joselito en su gloria, coplillas que hablan de castas, estirpes, linajes y libros genealógicos que terminan en un hombre-mito aupado por la leyenda. Vivo ya para siempre…

Ya tenemos otro ejemplo de la fascinación literaria por la tragedia de la tauromaquia. Tampoco podemos olvidar cómo Belmonte inspiraría otro de los grandes libros de la época. No solo de esa época, puesto que hoy sigue siendo una obra de obligada lectura: el libro *Juan Belmonte*, *matador de toros*, del escritor y periodista también sevillano Manuel Chaves Nogales.

Esta biografía novelada, auténtico retrato moral de un héroe del pueblo, es una obra escrita ya en Madrid, adonde el periodista se marcha en 1924. Se trata de un folletín-reportaje publicado por entregas en

Estampa entre el 29 de junio y el 14 de diciembre de 1935. Ante el éxito cosechado entre los lectores, el reportaje seriado terminaría convertido en libro. Un libro que será la obra más popular del escritor antes del revelador rescate de su obra hoy más famosa: *A sangre y fuego*.

Chaves Nogales se recreó en la calle Ancha de la Feria de Sevilla en cuya casa número 72 había nacido el torero. La obra sobre Juan Belmonte nos recuerda en ocasiones al *Lazarillo de Tormes* pues la vida del torero es como una novela picaresca. La historia también tiene mucho de novela de crecimiento, de bildungsroman en la que se relata la formación de un héroe literario.

Sin duda, esta ciudad de tradición y modernidad que tanto inspiraría a los artistas de la Edad de Plata era el caldo de cultivo para personajes especiales que desvelan ese mestizaje perfecto entre la vanguardia y la tauromaquia: Ignacio Sánchez Mejías. Porque además él es quien une Sevilla con la Generación del 27.

Ignacio Sánchez Mejías fue ilustre torero, dramaturgo, actor, presidente del Betis y un *sportman* que practica acrobacias en avioneta o hace de garrochista con acoso y derribo de reses en automóvil. Un personaje absolutamente moderno al que habría que reivindicar aprovechando el inminente centenario de la Generación del 27.

Hay un episodio poco conocido de su biografía, pero que muestra la relación de los toros con el mundo intelectual de la época. Sucede en 1929 con un Sánchez Mejías que viaja a Nueva York para ofrecer una disertación sobre la ciencia de la tauromaquia.

Sánchez Mejías se había reunido en Nueva York con su amigo García Lorca para armonizar canciones como *Los cuatro muleros* y *Anda Jaleo* para el espectáculo *Las calles de Cádiz*, que preparaba con La Argentinita. La Argentinita se convirtió en su amante después de que el torero abandonara a su esposa Lola Gómez Ortega, hermana de su querido amigo el ya difunto Joselito *El Gallo*.

En aquella conferencia a miles de kilómetros de distancia de las plazas españolas, el torero ilustrado reflexionaba sobre la metáfora presente en cualquier corrida: la relación simbólica entre la vida y la muerte. Sánchez Mejías habló del toro bravo, el caballo y los instrumentos de torear hasta enlazar el discurso con las figuras de Don Quijote y Sancho Panza. Y añadía alguna broma. Por ejemplo, diciendo que si el ganado norteamericano se llevara a Andalucía, «en veinte generaciones embestiría como si fuera un miura». Sin duda, provocando la sorpresa y las risas de los estudiantes.

Luego volvía a ponerse serio y trascendente, basculando así entre la comedia y la tragedia. Decía: «El toreo no es una crueldad sino un milagro. Es la representación dramática del triunfo de la Vida sobre la Muerte y aunque algunas veces, tal como en la tragedia griega, mueran el toro o el hombre, el contenido artístico de la lidia brilla sobre el instante y perdura por los siglos». El público enmudecía, parecía noqueado por las extrañas afirmaciones de aquel ¿matarife?, ¿alquimista?, ¿toreador?, ¿poeta?, que les hablaba desde las profundidades del alma.

El torero-conferenciante quería refutar las acusaciones de crueldad frívola y gratuita que se hacían fuera de España. Para él la tauromaquia era un espectáculo total y el público no se detenía en el detalle cruento, porque su mirada era fruto de una educación artística de siglos.

Pocos años después, algunos estudiantes presentes en aquella lección magistral leían asombrados en *The New York Times* la siniestra noticia. En una plaza española un toro llamado Granadino había matado al torero que un día les habló sobre los misterios de la tauromaquia. Y entonces recordaron sus palabras: «El toro es la bala que viene derecha a matarnos. La virtud del torero es no asustarse de la muerte. La ciencia de la tauromaquia consiste en el arte de burlar la bala».

Sánchez Mejías murió en la plaza de Manzanares en el verano de 1934. Al año siguiente sucede un momento estelar de la gran historia

literaria. Tiene lugar en abril en los jardines del Alcázar de Sevilla. Lorca protagoniza un inspirado momento de tauromaquia trascendida en literatura. Imaginemos pues al gran poeta en ese día de primavera sevillana en los jardines históricos del Alcázar adonde el poeta Joaquín Romero Murube, entonces director del monumento, lo había invitado a pasar unos días.

Lorca leyó poemas que hablaban de huesos y flautas, de lunas y níquel, de niebla y olivos tristes. Son los versos del *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías*. En la lectura están Romero Murube, Jorge Guillén, entonces profesor de Literatura en la Universidad de Sevilla, y Pepín Bello. Alguien en el aire pondría unas banderillas de tinieblas a aquellos versos que recordaban la muerte de Ignacio Sánchez Mejías el verano anterior en Manzanares ante la mirada negrísima del toro Granaíno.

En esos jardines del Alcázar —entre los arriates poetizados de Murube— pasearía Sánchez Mejías por última vez como un espectro de un tiempo ido, sombrero ladeado, gemelos con cabeza de toro, un tipo seductor con el rostro «clásico, grave y severo de la Sevilla de Trajano», según describió su buen amigo Rafael Alberti.

Sin lugar a duda, la tradición de la tauromaquia entra con fuerza como materia de inspiración en la Generación del 27. Repasemos ese singular mapa de tauromaquias literarias que impregnó toda una época de nuestra modernidad.

José Bergamín fue uno de los más destacados cultivadores del toreo como materia literaria. Entre sus obras dedicadas a la tauromaquia están *El arte de birlibirloque, La música callada del toreo, Ilustración y defensa del toreo* o *La claridad del toreo*. El ensayista, dramaturgo y poeta Bergamín aseguraba en su *Arte de birlibirloque* algunas joyas de filosófica literatura: «El toro parado —nos cuenta— es el que verdaderamente está en la plaza, porque se ha parado a considerar dónde está; reflexiona sobre su suerte y hace posibles todas las suertes

del toreo; no se para por falta de pies, sino porque se da cuenta de que los tiene: mide su ligereza natural como el torero; es el único toro que se puede, lógicamente, verdaderamente, birlibirloquescamente, torear».

O, en otra de sus obras, *El toreo, cuestión palpitante:* «En el juego espectacular del toreo […] se nos representa fabulosamente un hombre que puede ser o hacerse más fuerte y poderoso que su destino».

Gerardo Diego fue otro de los poetas del 27 que eligió como tema de inspiración el mundo de los toros. El autor de *Fábula de Equis y Zeda* escribió además un libro dedicado específicamente a la tauromaquia: *La suerte o la muerte. Poema del toreo* donde abordaba la fiesta al completo desde las faenas del campo a la liturgia de los tercios o distintos retratos de diestros como Rafael *El Gallo*, Joselito, Belmonte o Sánchez Mejías.

Cito los primeros versos de su *Elegía a Joselito* incluida en ese libro:

«Lenta la sombra ha ido eclipsando el ruedo.
Ya grada a grada va a colmar la plaza.
Vino triste de sombra, vino acedo
El torero.
tiñe ya casi el borde de la taza.
Fragilidad, silencio y abandono.
Cobra el gentío un alma de paisaje
mientras siente el torero hundirse el trono
y apagarse las luces de su traje».

Otro de los grandes taurinos del 27 será Rafael Alberti. Ahí está la historia de las coplas *Joselito en su gloria* que escribió «forzado» por la estrategia de Sánchez Mejías del «no comerás ni beberás», pero el poeta gaditano también cuenta con otro episodio de especial significación taurina.

Y es que Alberti llegó a vestirse de luces gracias a Ignacio Sánchez Mejías, que lo llevó en su cuadrilla para una corrida el 3 de junio de 1927 en la plaza de Pontevedra. Así contó la experiencia en sus memorias *La*

arboleda perdida: «Comprendí la astronómica distancia que mediaba entre un hombre sentado ante un soneto y otro de pie y a cuerpo limpio bajo el sol, delante de ese mar, ciego rayo sin límite, que es un toro recién salido del chiquero».

La relación entre los toros y Rafael Alberti cuajó en varias composiciones, desde su obra de teatro *La Gallarda. Tragedia de vaqueros y toros bravos* hasta poemas como *Un sólo toro para Miguel Dominguín* o las famosas *Chuflillas al Niño de la Palma* dentro de la obra *El alba del alhelí* que la artista Maruja Mallo ilustró con una pintura.

Y no podía faltar Fernando Villalón. El poeta y ganadero dedicó su vida y buena parte de su obra al mundo de los toros. En sus fincas intentó además la crianza de toros bravos con ojos verdes que no cayeran en la burla de la lidia. Una empresa más poética que práctica. Casi podríamos hablar de una experiencia de auténtica vanguardia trasladada a la crianza de una ganadería taurina. Como si Villalón hubiera intentado criar un toro cubista o realizar una hazaña surrealista en las dehesas de Andalucía la Baja.

En realidad, tenía un sueño: criar toros antiguos. Algunos decían que de ojos verdes, como cornúpetos de mosaicos míticos; otros que con cuernos de media luna que tenían en el nacimiento de la cornamenta un extraño color verdoso, como la casta de los Saavedra, solera de toros bravos; y había quien aseguraba que lo que pretendía era que sus reses tuvieran una vértebra más para que no cayeran en la burla de la lidia. Naturalmente, ningún diestro quería torear los toros de Villalón, que quedaron para musas salvajes de sus poesías.

El tema taurino aparece en su obra con una especial dedicación como ocurre en *La Toriada*. La poesía, el campo y los toros fueron las grandes pasiones de su vida. Fernando Villalón soñó toros mitológicos para corridas imposibles. Murió en 1930 tras una operación de riñón en Madrid. Allí se había trasladado a finales de 1929 junto a su amada

Concepción Ramos, acosado por las deudas. Quería ser amortajado con ropa de campo, botas de montar y espuelas. En su *Arboleda perdida*, Rafael Alberti apuntaba el dato lírico y macabro de otro deseo de Villalón: que lo enterraran con un reloj de leontina en el chaleco para que, al menos, durante doce horas más siguiera sonando un latido bajo tierra.

Federico García Lorca escribió que los toros eran «la fiesta más culta del mundo». Y sin duda expresó el sentir de buena parte de su generación. Dijo: «Lagartijo con su duende romano, Joselito con su duende judío, Belmonte con su duende barroco y Cagancho con su duende gitano, enseñan, desde el crepúsculo del anillo, a poetas, pintores y músicos, cuatro grandes caminos de la tradición española».

Porque, en efecto, los autores de la Generación del 27 se apropiaron del mundo taurino como imprevisible tema literario. Al contrario de lo que había ocurrido con la generación anterior, la llamada Generación del 98 marcada por el pesimismo, el paisaje castellano, el regeneracionismo y que tanto criticó la quincallería meridional de lo taurino. También ocurrió con la Generación del 14, reflexiva, crítica y muy influenciada por el pensamiento europeo. Sin embargo, los creadores del 27 —los jóvenes del 27— se inspiraron en la tradición taurina. Supieron ver con nuevos ojos algo que había permanecido en la columna vertebral de España desde muchos siglos atrás.

Ciertamente, la tauromaquia se convirtió en uno de los temas más recurrentes de los poetas de la Generación del 27. Este grupo de jóvenes escritores que poetizaron la modernidad, también se inspiraron en esa fiesta tradicional y antigua. De la misma forma que poetizaron el deporte, los automóviles, el cine o el *jazz* como elementos de la modernidad, también quedaron fascinados con el mundo de los toros como símbolo sublime de lo popular.

Existe una valiosa galería de poesía taurina, porque casi todos los

poetas de aquella mítica generación se inspiraron en el mundo antiguo de la tauromaquia, en esa «cultura de la muerte» de la que hablaba Pedro Salinas, para devolvernos la fiesta envuelta en metáforas de sombra, sangre y arena.

Porque ese mundo de toros negros, cárdenos, ensabanados, jaboneros… guardaba dentro el secreto profundo de la poesía. Alberti, Villalón, Lorca, Gerardo Diego y Bergamín supieron encontrar la palabra en el tiempo que bailaba entre los capotes de brega, en el campo abierto de los garrochistas, en el silencio del torero cuando oye respirar profundo y bronco a un toro. Toda esa vanguardia antiquísima que vemos en la pupila negra de un toro cuando salta a la arena. Cuando el estoque entra en los costillares y el animal adivina —por un instante— la entraña profunda de la poesía.

Eva Díaz Pérez

Eva Díaz Pérez (Sevilla, 1971) es una periodista y escritora española destacada por su labor en el periodismo cultural y su prolífica obra literaria. Licenciada en Ciencias de la Información por la Universidad de Sevilla, inició su carrera en *Diario 16* y trabajó más de 20 años en *El Mundo*, especializándose en temas culturales. También ha colaborado en *ABC*, *El País* y en revistas como *Mercurio* y *Andalucía en la Historia*. Como escritora, ha publicado novelas como *Memoria de cenizas*, *El Club de la Memoria* (finalista del Premio Nadal), *Adriático* (Premio Málaga de Novela y Andalucía de la Crítica) y *El color de los ángeles*. En el ámbito del ensayo, destacan *La Andalucía del exilio* y *Travesías históricas*. En julio de 2019, fue nombrada directora del Centro Andaluz de las Letras, cargo que desempeñó hasta noviembre de 2022. En 2023, fue elegida académica numeraria de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras y en 2025 recibió la distinción honorífica «Bandera de Andalucía» en la modalidad de Ciencias Sociales y las Letras.

Los toros, un acto de libertad

Por Carlos Navarro Antolín

La defensa de la fiesta de los toros en los tiempos que corren consiste básicamente en su reivindicación como un acto de libertad. No se precisa más. Ni debe hacer falta más. No tenemos que buscar más justificaciones, pretextos, motivaciones y argumentarios. Muy diferente es lo que de bueno pueden aportar a la fiesta ciertos factores: figuras que atraigan al público, toros que embistan y, sobre todo ahora, el apoyo de las televisiones públicas. Pero por encima de todo se trata de un acto de libertad por el que nadie se puede sentir censurado, ni mucho menos acosado. Los toros son parte importante de nuestra historia, identidad y cultura. Y muchos queremos que lo sean también y con toda naturalidad de nuestra vida cotidiana, aunque no seamos abonados o vayamos a la plaza en contadas ocasiones. Pero somos ciudadanos libres al asistir a un festejo, leer una crónica taurina, ver un reportaje de televisión sobre la cogida mortal de un célebre matador, o comentar la evolución de un torero prometedor. Podemos atender a las conclusiones de los estudios de impacto económico de la fiesta, siempre alentadores, pero no podemos basar la pervivencia de los toros en esos análisis, porque en el fondo tienen mucho de trampa. Hay quienes pretenden que justifiquemos el rito en nuevas razones. Y no hay otra que la de la libertad. La fiesta soportará ministros incompetentes y que están de paso, modas animalistas y el cierre sectario de cosos siempre y cuando haya aficionados libres que mantengan viva la preciosa liturgia de vivir una tarde de toros. Ellos, solo ellos, hacen viable la tauromaquia, el esfuerzo de ganaderos, toreros y

empresarios. Sin aficionados libres no hay paraíso taurino. No le demos más vueltas. La fiesta goza de innumerables apoyos de prestigio a lo largo de la historia, pero ninguno como la fuerza de la libertad. Somos taurinos porque somos libres. No sintamos la necesidad de demostrar nada de forma especial, más allá de enseñar la riqueza cultural, la importancia histórica, lingüística, antropológica y social de un rito para el que desee saber más, conocer mejor y, por lo tanto, amar más una fiesta única.

Carlos Navarro Antolín

Carlos Navarro Antolín (Sevilla, 1964) es licenciado en Periodismo por la Universidad Hispalense. Comenzó a ejercer el oficio en *ABC* de Sevilla. Forma parte de la plantilla fundacional de *Diario de Sevilla* (1999), donde es subdirector en la actualidad. Trata temas locales, regionales y nacionales. Sus artículos aparecen en las secciones *La Aldada*, *La Caja Negra*, *La Sastrería*, *El Fiscal* y *Un Inciso* (para el portal económico del Grupo Joly). Mantiene una tertulia semanal con un personaje de actualidad que se difunde en la web del periódico cada lunes bajo el nombre de *El Zaguán*. Colabora en la tertulia política nacional de la SER, con Radio Sevilla y en diferentes programas de la RTVA.

No sé nada de toros

Por Emilia Landaluce

No sé nada de toros. Tampoco entiendo lo suficiente como para escribir un artículo sobre toros.

Lo que sí me pasa es que cuando algo ocurre en la plaza —un buen tercio de varas, un derechazo, unas chicuelinas— me emociono. Algo se me encoge en el estómago y me sube a la garganta, como cuando estás a punto de llorar o de hartarte de reír.

Cuando alguien a quien no le gustan los toros me pregunta por qué voy —o intento ir— a los toros, me gustaría hablarle de estas sensaciones, pero sé que no lo entendería. Como la caza —y a mí me gusta mucho la caza— cuesta justificar la muerte de un animal, ya sea por diversión, por arte o… por salud. (Acuérdense de que en las encuestas muchos se declaran en contra de la investigación con animales, y de la que se montó con el perro Excalibur durante la crisis del ébola de 2014).

En estos tiempos es difícil justificar la muerte de un toro; por eso prefiero defender la vida que tiene hasta que sale al albero. Dejemos de lado —que ya lo sabemos— el argumento de que los toros no existirían sin la fiesta. Es manido. Además, quienes lamentan cada día la extinción de la mariposa de Canadá dicen que les importa un bledo que desaparezca un animal diseñado genéticamente para embestir y, si puede, matar.

A mí me gusta la vida de los toros bravos. La mirada noblota que tienen en el campo, o cuando los jaboneros corren por las marismas. Me encanta verlos tranquilos, con esa autoridad que dan el silencio y lo desconocido, junto a sus pares. Y pienso en los cuidados que reciben los

toros hasta que alcanzan la edad adulta. O en cómo a las madres se las mima y se las conoce, para tratar de resolver un misterio que solo se desvela, de verdad, en la plaza, cuando el toro embiste.

Una vez vi una foto de un toro bravo en un matadero. Ahí estaba, con la mirada del misterio intacta, esperando la muerte fría. Sin lucha. Sin embestir. Sin posibilidad. Era la crisis de 2008 y no había dinero para mantener las ganaderías. Un toro bravo no merece morir así.

El argumento ecologista siempre me ha parecido el mejor para hablar con quienes detestan los toros. Explicarles el arte, el nudo en la garganta, el olor y los sonidos de la plaza es más difícil. Y ya si te metes en los trincherazos de Curro Romero, los momentos de Paula, los estoconazos de Joselito… es una tarea imposible. Eso no se comprende ni se explica. Se sabe.

A lo mejor sí sé de toros.

Emilia Landaluce

Emilia Landaluce Galbán (Madrid, 1981) es una periodista y escritora española destacada en el ámbito cultural y social. Licenciada en Periodismo, comenzó su carrera en *ABC* antes de incorporarse a *El Mundo*, donde actualmente es columnista y dirige el suplemento *La Otra Crónica (LOC)*. Además de su labor periodística, Landaluce ha publicado varios libros, entre ellos *Jacobo Alb*a, una novela histórica sobre el padre de la duquesa de Alba; *No somos fachas, somos españoles*, una reflexión sobre la identidad española; y *Comerse Madrid*, una guía gastronómica que combina crónicas personales con recomendaciones culinarias. En 2024, fue galardonada con el Premio Jaime de Foxá en la categoría de periodismo venatorio por su artículo «Los ojos blancos de las ciervas en la jaula», publicado en *El Mundo*. Landaluce también es comentarista habitual en programas como *Es la mañana* de Federico en esRadio y *La brújula* en Onda Cero

Las afueras de la plaza

Por Víctor Lenore

La fiesta y la resistencia son tan grandes en la acera como en la arena

Siempre que voy a Las Ventas, intento llegar lo antes posible. El motivo es que disfruto la atmósfera que rodea la plaza tanto o más que lo que ocurre dentro. Suele llegar un momento, encajado en mi asiento o mirando el cielo de Madrid desde los arcos de estilo neomudéjar, en el que vuelven a mi cabeza unas palabras de la artista austriaca Eva Lootz cuando le pregunté cómo recordaba su llegada a nuestro país en el tardofranquismo: «España me pareció fascinante desde el principio. He asistido a cambios muy grandes. Por ejemplo, respecto a la visibilidad de las cosas, lo que se permite que llegue a los ojos y lo que no. A finales de los setenta ibas por los pueblos y te encontrabas estampas increíbles. Podías tropezar con verdaderas burbujas en las que se conservaba intacto un tiempo ancestral, de hace doscientos, trescientos años. Podías casi palpar con los dedos un tiempo anterior, no ya a la segunda revolución industrial, sino incluso a la primera», me explicó. «En los años ochenta el rodillo del diseño pasó por encima de todo el país, y todo cambió por completo. Las cabezas de los corderos degollados ya no se exhibían en los mercados. Cierto tipo de visibilidad se empieza a censurar y se pone todo en plastiquitos perfectamente esterilizados», lamentaba.

Es evidente que esto se puede aplicar a los toros: un ritual de otro tiempo que algunos quieren envolver en film transparente para sellar de manera hermética uno de los pocos puentes que nos conectan con el pasado.

Forma parte de la incesante operación de desarraigo de la posmodernidad. El primer indicio de que en las plazas ocurre algo importante es que estamos ante uno de los últimos lugares de nuestras ciudades —junto con los templos— en los que la publicidad no es bienvenida. Puede que haya una franja con anuncios aquí o un póster de bodegas por allá, pero la publicidad siempre será algo subalterno y anecdótico. Ya se intentó en los años noventa poner logotipos corporativos en los trajes de luces, al estilo de los de los pilotos de Fórmula 1, y como era de esperar fue un fracaso. Tampoco tiene sentido para nadie rebautizar las plazas con nombres como Heineken-La Maestranza, Vodafone-Vista Alegre o Etihad-La Malagueta. Los bienes superfluos generan vidas superfluas, como nos explicó Pasolini, por eso los mensajes comerciales no encajan en un espacio espiritual.

¿Qué hay tan interesante en Las Ventas como para querer llegar temprano? De entrada, bares asequibles y rebosantes de aficionados, que a veces obligan a bloquear las calles y dejar los botellines en los techos de los coches aparcados. Brotan coreografías sociales antiguas, un bullicio popular tranquilo, porque todos sabemos que los toros son eternos, por lo tanto incompatibles con la prisa. Merodear o conversar alrededor de Las Ventas pone tu cabeza en una pantalla distinta. Aquí no se forman los tumultos de las rebajas, ni los de un festival musical de verano, sino que impera una fraternidad de afines o de apestados. Desde fuera, como dicen mis amigos antitaurinos, podemos parecer una secta anacrónica, un tumulto embrutecido o un grupo de *cosplay* de los años veinte, aun así sabemos que nos juntamos por dos razones valiosas, que son buscar la alegría compartida y no regalar lo poco que queda de nuestros lazos comunes. En pocos sitios se puede encontrar esto como en las afueras de una plaza.

El filósofo progresista Santiago Alba Rico tiene una frase inquietante sobre las mutaciones recientes en la vida de los trabajadores: «Ya no somos proletarios cuando sufrimos juntos, sino cuando gozamos por

separado». La plaza es un lugar donde aún nos divertimos y padecemos todos, a pesar de la diferencia de dinero, cultura y edad. Como en el flamenco, aquí todos somos aficionados, categoría basada en el amor y el conocimiento, poco vinculada con el consumo. Hoy vivimos dentro de la eufemocracia, pero viendo una faena con varias vidas en juego no hay lugar para melindres ni para paños calientes, te sientes como viendo un combate de boxeo o la defensa de una trinchera. En la plaza entiendes que aquí rige «la verdad desnuda», como decía Hemingway, por eso hay personas que deciden vestirse bien para mirarla de frente, empezando por los toreros.

Para explicar lo que quiero en este texto me viene bien recordar un episodio excéntrico de la historia reciente de Las Ventas. Me refiero a la visita del poeta-soldado Eduard Limónov, sumo pontífice de los nacional-bolcheviques, además de buscavidas doctorado en los bajos fondos de Occidente. En la recta final de su vida viajó a Madrid para hacer promoción literaria, sin intención de acercarse a la plaza, y fue arrastrado hasta allí por una gran terna de anfitriones: el filósofo Jorge Freire, el periodista Chapu Apaolaza y el inclasificable Charly Buzón. Limónov pasó la tarde volcado en lo que experimentaba y resumió la experiencia con una frase memorable, que debería inscribirse en alguna puerta del coso: *«This is not contemporary bullshit»* (esto no es una mierda moderna). Funciona además el contraste inglés entre *«bull»* y *«bullshit»*, como si acudir a los toros fuese una manera de rebelarse frente a la mierda de la existencia actual. Cada faena pone a prueba nuestra atención y luego la recompensa con creces, es natural sospechar que casi todos los detractores de la fiesta lo sean por lo haber atendido suficiente.

A comienzos de junio de 2024, probablemente empapado de la euforia de los botellines, descubrí que Las Ventas se había convertido en una frontera política. Pululaba por la plaza la infantería pop de la estrella

Taylor Swift, con paso acelerado para coger sitio en su concierto en el estadio Santiago Bernabéu, pero también los devotos de José Antonio Morante de la Puebla, radiantes por su vuelta a Madrid. Las «swifties» representan el globalismo progresista, mientras los «moranters» el soberanismo conservador o socialpapriota. La gira *Eras* de Swift fue un monstruo multinacional, liderado por una detractora de Trump y propagandista de los Obama, campeona de la bandera del arcoiris y del catecismo *woke*. Todo en su gira está calculado, previsto y precongelado, desde los besitos al aire a las coreografías, pasando por el gesto de sorpresa al descubrir el estadio lleno. Morante, en cambio, defiende un arte tradicional impredecible, que aquel día fue bastante distinto a lo habitual. La fiesta terminó con el maestro abucheado por un público unánime en el veredicto de que no había estado a la altura, sino huidizo y con ganas de acabar cuanto antes dos toros que no le gustaron desde el principio, aunque aquella tarde no le tocase el bicho de 600 kilos del lote. Aquí hemos venido a ver un combate real, con sus tropiezos y bajones, donde se tolera el fracaso si contiene algún destello de grandeza.

Nunca he sido muy taurino. La fiesta empezó siendo para mí una especie de decorado folclórico incluido por defecto en España. Mis abuelos por parte de madre tenían uno de esos toros de adorno que se solían poner encima de la televisión a mediados del siglo XX. Podían sintonizar una corrida entera atendiendo a medias, a no ser que el toro se subiese al burladero o la valla, en cuyo caso llamaban a toda la familia para que no se perdiese la refriega. La primera vez que fui a un festejo tenía catorce años y me llevó mi padre, no porque a él le gustara, sino porque habían venido de vacaciones un pariente lejano, emigrado a Atlanta desde un pueblo de Burgos, que quería que lo acompañasen a Las Ventas. Nadie sabía gran cosa sobre la fiesta, así que tampoco pudieron explicarme nada. Lo recuerdo como una experiencia ramplona, turística, con mucha gente alrededor de esos puestos cargados de *souvenirs* en los

que podías comprar pósters de corridas donde imprimían tu nombre o el que pidieras.

Poco después, ya veinteañero, trabajé dos temporadas como promotor de pequeñas giras de *rock indie* y algunos músicos pedían que los llevaras a la plaza. Intenté informarme un poco sobre la fiesta, pero no encontré dónde (nada en la biblioteca municipal) ni con quién (no parecía haber mucha afición en la clase media de los años noventa). Mis mayores recuerdos de aquellas veces fueron la atmósfera enrarecida de la plaza Monumental de Barcelona, sobre todo por un señor que gritaba a un diestro cosas como «qué pena ser japonés, que vas a ver los toros una vez en vida y le tocas tú». Lo que aprendí acompañando a rockeros anglosajones es que nunca sabes si te van a gustar los toros hasta ponerte delante. El personaje con más pinta de duro puede pedir marcharse después del tercero y al que parece más pusilánime le notas tan metido como si estuviera viendo torear a su hijo desde la arena. Las faenas sangrientas aceleran el proceso de averiguar en qué punto del espectro te encuentras.

Me sorprendía comprobar que algunos rockeros anglosajones hablaban de la fiesta nacional con una solemnidad y respeto de la que carecíamos muchos españoles, que de manera consciente o inconsciente los relacionamos con una España de miseria y pandereta. Estudié dos años de instituto en una ciudad tan taurina como el Puerto de Santa María y en todo ese tiempo no escuché ninguna conversación sobre toros. Los adolescentes de los ochenta crecimos queriendo ser estadounidenses, con nuestros vaqueros etiqueta roja, nuestras Converse All Star y nuestras visitas a los multicines de los centros comerciales. Vivíamos mentalmente en otro país. Algún compañero de clase coincide conmigo en que nos interesamos a contrapelo por la fiesta, solo por antagonizar con listillos que nos caían mal. Hay algo de eso en los miles de jóvenes que hoy se hacen selfis en las plazas para fastidiar al progresismo.

Fue un grupo de música de la década siguiente quien me acercó a la tauromaquia, quien la hizo aparecer *cool* y contagiosa, una metáfora vibrante de la vida. Me refiero a Los Rodríguez, banda hispanoargentina comandada por Andrés Calamaro, que mezclaba de manera natural las imágenes de la fiesta en un repertorio con un pie en los Rolling Stones y otro en la alegría de los rumberos. También bebían a morro del legado de Gabinete Caligari, el grupo más taurino de nuestro *rock*, que crecieron yendo de empalme desde garitos como el Rockola a las corridas de Rafael de Paula. Eran los tiempos en que media Movida llenaba la plaza de colorines para ver torear a Antoñete, años de monteras en las revistas culturales *fashion* y de Almodóvar estrenando *Matador*. Un mundo que ahora parece imposible.

Cuando entrevisto a Calamaro siempre se me hace evidente que los toros son para él una puerta para abrirse poco a poco al mundo sensorial, como prueban *Media verónica* y *El tercio de los sueños*. «No éramos acérrimos aficionados, pero veíamos a los toros, como al fútbol, con simpatía. Los Rodríguez no teníamos nada, no podíamos pagar un alquiler o un dentista, vivir como burgueses era improbable. Ahora parecemos pijos con culpa, tratando de redimirse con soflamas progresistas obvias, consignas que, hace casi cuarenta años, ya saturaban», denuncia. En los noventa apenas se discutía sobre cultura o política, más bien se buscaba revolcarse en el hedonismo, pero echando la vista atrás vas descubriendo que la capacidad para conectar con los toros implicaba una visión más afilada, en sintonía con las raíces populares y las batallas sociales cotidianas.

Calamaro comenzó con esa aproximación ligera a la fiesta, de verlos con simpatía rockera, y terminó haciendo prólogos para el libro de la corrida perfecta de José Tomás en Nimes y más adelante entrando en el círculo más cercano a Jose Antonio Morante. Además de la visión artística compartida, resulta alucinante la sintonía visual entre ambos, incluso la

comunión que establecen ambas estrellas cuando les fotografían juntos en alguna plaza. Calamaro es un aficionado humilde que rara vez habla de su visión de la fiesta en público, se limita a constatar que ya tiene conocimientos para disfrutarla a fondo. Lo que sí hace es rechazar la deriva plástica de un Madrid que necesita los toros para no dejar de ser lo que siempre ha sido. Les pongo un ejemplo: «Madrid (en los noventa) era otra ciudad. Si bien nueve de cada diez madrileños nacieron lejos de ella, no era la ciudad cosmopolita que es ahora. Los barrios aledaños a la Gran Vía eran decadentes pero genuinos, sobrevivían antiguos comercios y bares con solera. Malasaña y Chueca eran otro mundo. La Gran Vía, la calle Atocha, Montera, Callao… eran sórdidas y bonitas, no estaban maquilladas de cultura aspiracional ni de franquicias que te sirven el café en vasos de cartón. La pirámide aspiracional es la peor de las versiones del ascenso de las clases sociales, querer vivir la vida de un señorito, pasar de rockero a nazareno. Y expiar el pecado con tres lugares comunes del progresismo, mientras los señoritos son funcionarios del Estado y se extinguen los oficios», lamenta Andrés. Esa homogeneización de nuestras vidas cotidianas, al menos en mi opinión, es lo que hace que brillen los toros entre la bisutería del turboconsumismo.

Aquí resulta obligado aclarar de qué hablamos cuando hablamos de modernidad. El filósofo Diego Garrocho es quien mejor lo ha explicado: «La nostalgia nos invade como respuesta a un discurso rupturista que ha terminado por demostrarse falso. Durante décadas todo debía ser disruptivo, revolucionario, rompedor, innovador… Y la realidad resultante de ese afán dinamitero y deconstructivo no nos ha hecho más felices. Idealizar el pasado es una constante humana, no es solo un rasgo de época y creo que actualmente la recuperación de la nostalgia viene dada no tanto por la idealización del pasado como por el pánico que nos genera el futuro. En el caso de Madrid hay, incluso, una recuperación icónica de cierto folclorismo que enlaza lo moderno con lo antiguo.

Cuando yo era niño era casi testimonial lo de vestirse de chulapo y ahora todo el mundo disfraza a sus críos, recuperan el clavel… Esa nostalgia constituye en sí misma una folkmodernidad, que también tiene una traducción política», destaca. Por supuesto, esta reflexión afecta de pleno a Las Ventas, donde hay perdedores de la globalización y también jóvenes libertarios solventes que saben que mola ir a la plaza «con *airpods* a tope con techno de Detroit», señala Garrocho.

Siempre que alguien pida el fin de la fiesta deberíamos preguntar qué proponen poner ellos en los lugares que van a quedar vacíos, sean dehesas extremeñas o manzanas emblemáticas del centro de las ciudades. Cada Navidad voy unos días con mis hijos a visitar a mi hermano, que vive en la Avenida de las Cortes Catalanas de Barcelona, a cinco minutos andando de donde estuvo la Plaza de las Arenas. Allí han colocado un centro comercial cutre, lleno de los neones del Primark y con una terraza de visión 360, saturada de Erasmus hiperventilados por la sangría y de turistas de cruceros jubilados. No hay una postal más clara de la colonización cultural ni de la chatarra que proponen construir si logran el exterminio del gran arte nacional.

Resulta crucial entender que los toros son el nuevo punk, dentro de un ambiente sociopolítico cada vez más homogeneizado. El 25 de septiembre de 2010, día del cierre de la plaza monumental de Barcelona, no solo sacaron a hombros al torero Serafín Marín, sino que también fue llevado en volandas por los aficionados un joven diputado autonómico llamado Albert Rivera, líder del desaparecido partido centrista Ciudadanos. Le agradecían haber defendido su fiesta, pero el candidato tardó poco tiempo en venirse abajo declarando que su partido no era «taurino ni antitaurino». Una declaración banal, que fue capaz de superar otro miembro de la formación, Ignacio Aguado, famoso por ir por la capital explicando que él no tenía nada contra la fiesta, pero que no comprendía el problema que había en no matar a la res. Este es

el comentario que certifica de manera más clara que no se ha entendido nada en absoluto de esta batalla. Tuvo que llegar Vox, esas fotos de Abascal a caballo por el campo con José Antonio Morante, para dejar claro que no solo defendían la fiesta en toda su extensión, sino también el pueblo, el territorio y las tradiciones que están vinculadas a ellos hace siglos. Que solo un partido muestre este tipo de compromiso, cuando todos tienen miles de aficionados en sus filas, confirma el abandono suicida de nuestra cultura. Poner toreros y taurinos en las concejalías de Cultura es el gesto más punk de los últimos tiempos y todavía tiene que dar mayores cambios.

Recordando más respuestas de Calamaro, siento que los toros son una especie de agarradero, un contrapeso cultural que impide a España disolverse en la nada. «El acoso a la tauromaquia es trágico como incendiar el Museo del Prado, es la victoria del eslogan barato sobre el arte excelso, todos los atentados contra la inteligencia y el razonamiento intelectual, contra la libertad de las gentes, y contra la alegría y el sentido de las cosas. Todo junto, pero peor de lo previsto. La libertad a la que renunciamos voluntariamente es incalculable. Pronto vamos a echar de menos a la Edad Media. La mejor defensa de la tauromaquia es estudiarla, verla o leerla, aprender un poco, finalmente ser ejemplo de tolerancia y permitirse el beneficio de la duda. Hemos sobrevivido a interrupciones de la democracia y a la prohibición de la marihuana. Como gesto simbólico, podríamos defender Las Ventas con armas de fuego, pero…». A muchos les parecerá extremo, pero es una imagen preciosa, la de los aficionados empuñando rifles enmarcados por la arquitectura cálida y mestiza de Las Ventas. Es una estampa épica, de película de Tarantino o de Álex de la Iglesia, para sacudir a espectadores sentados en los cines y hacerles más conscientes de lo que está en juego, dentro y fuera de la plaza.

Víctor Lenore

Víctor Lenore (Soria, 1972) es un periodista musical, escritor y crítico cultural español. Con más de 30 años de trayectoria, ha trabajado en medios como *Rockdelux*, *El País*, *Rolling Stone*, *La Razón*, *Playground* y *El Confidencial*. Fue fundador del sello Acuarela y coordinador de la revista *Spiral*. En su faceta de escritor, ha publicado los ensayos *Indies, hipsters y gafapastas. Crónica de una dominación cultural* (2014) y *Espectros de la movida. Por qué odiar los años 80* (2018), donde analiza críticamente la cultura popular y la influencia de la clase media en la música. Actualmente, Lenore trabaja en la sección de Cultura en el diario digital *Vozpópuli*. Su estilo se caracteriza por una mirada crítica hacia las élites y una defensa de la cultura popular.

Con jarras de azucenas y celuloide

Por Begoña del Teso

Con vestido de torear de oro y crema pálido, merino, se doctoró en la Real Maestranza de Sevilla el sábado 28 de septiembre de 2025 Javier Zulueta, quien en 2023, novillero, salió a hombros de la muy noble y muy leal plaza cuadrada de Deba, Gipuzkoa. De oro y merino con jarras de azucenas en el bordado. Porta Javier apellido que a los amantes del cine estremece pues es también el del director donostiarra de una película de puro culto, *Arrebato*.

Arrebatado se siente últimamente el cinematógrafo con el misterio del toreo. Noche se hizo ya sobre *Tardes de soledad,* pero Albert Serra presentó en Bélgica, ya el verano cayendo, un montaje de 12 minutos con los descartes cinematográficos de las imágenes que antes de con Roca Rey filmó con Pablo Aguado. Paco Plaza, imaginero del terror, estrenó en Disney + una serie taurina, una comedia agria, *La suerte*. Hay una mujer franco-argelina, Emma Benestan, que triunfó en Cannes con un filme misterioso sobre los toros de la Camarga, *Animale*.

Con jarras de azucenas se borda el vestido de torear del cinematógrafo.

Begoña del Teso

Begoña del Teso (Donostia, 1959). Aficionada al fútbol (como Ignacio Sánchez Mejías). Esgrimista (arte fundamental para entender cómo ha de ejecutarse una buena estocada). Ejerce la crítica cinematográfica en los periódicos *El Diario Vasco*, *El Correo* y *Berria*. También en la Radio y Televisión Vasca (EITB). Colabora con el Zinemaldia, el Festival de Cine y Derechos Humanos y la Semana de Terror de San Sebastián y el FANT y Zinebi de Bilbao. Es tertuliana en el Club Cocherito de Bilbao. Escribe crónicas sobre los festejos taurinos de legendarias plazas guipuzcoanas, Deba, Zestoa. También sobre las corridas de Illumbe y Azpeitia. Con 40 años de profesión, habrá hecho más de 6.500 entrevistas pero ninguna será jamás como la realizada a Morante de la Puebla en la ya inhabilitada plaza de Vitoria.

Feria de Pompeya

Por Pablo Martínez Zarracina

La fiesta de los toros se extingue de un modo original. Dejo constancia aquí para los historiadores. En el último tramo de la temporada de 2025, los aficionados nos preguntamos cada tarde que se anuncia Morante de la Puebla si estamos ante el mejor torero de la historia. Al ser gente de 2025, los aficionados se lo preguntamos también a la inteligencia artificial, que no se moja y exige respeto para Joselito y Belmonte, para Manolete y Ordóñez. Es muy aficionada, la inteligencia artificial.

Mientras tanto, un fenómeno inesperado se extiende por las plazas: los jóvenes abarrotan las localidades económicas, los tendidos altos, las andanadas y galerías. Son unos jóvenes curiosísimos. Con sus vestidos coloristas y sus camisas de lino, con sus exuberantes pelambreras, a los viejos se nos hacen indistinguibles, como si hubiesen nacido todos en la misma notaría. Con su sed y su alboroto —no es fácil estar en lo mejor de la vida y disimular—, molestan estos jóvenes a la ortodoxia del tendido, o sea, a los viejos, cumpliendo por ese lado estrictamente con su obligación. Con su breve cronología lo que hacen los jóvenes imagino que es confirmar el vaticinio de los profetas: el anacronismo es el punto débil de los toros.

Ofreceré un testimonio más directo de estas postrimerías, de este final anunciado. En agosto yo he visto cómo un toro de La Quinta rebosante de bravura era indultado por Borja Jiménez, firme aspirante a mandar en el toreo, en la plaza de Bilbao. Imagino que en

términos escatológicos fue como oír las trompetas, o sea, los clarines (y timbales) del Apocalipsis. La verdad es que los de los toros siempre hemos sido propensos a dramatizar. Y a tomarnos demasiado en serio, lo que no deja de ser extraño en una gente que se dice en posesión de un conocimiento misterioso: lo único realmente serio sucede sobre la arena cuando la pisa el animal sagrado que nos convoca.

Pero sigo con el testimonio personal de esta debacle. Que no le falte Plinio a esta Pompeya. El indulto histórico en Bilbao sucedió el miércoles de las Corridas Generales. El jueves, Roca Rey —figura peruana que imagino niega la dimensión transoceánica de la fiesta— abrió la puerta grande de Vista Alegre fundiéndose con un toro bravísimo de Victoriano del Río. El viernes la abrió Diego Urdiales —maestro de Arnedo, La Rioja, cuya figura imagino niega el transoceanismo autonómico de la fiesta—, toreando al natural, con solemnidad dórica, a un toro de Garcigrande. No se sabe quién podría volver a una plaza después de todo esto. La situación es insostenible. La decadencia, manifiesta. Se comenta que Morante va a cortar un rabo en Madrid en cuanto tenga la menor ocasión.

Pablo Martínez Zarracina

Pablo Martínez Zarracina (Bilbao, 1974) es un periodista y escritor español vinculado principalmente a *El Correo*, donde desde 2020 ocupa a diario la contraportada. Su estilo combina una mirada irónica, frecuentemente humorística, con un lenguaje cuidado. Además de su labor en prensa, ha cultivado la poesía, el dietario y la crónica. *Es muy raro todo esto* (Ed. Pepitas) es su último libro publicado.

Dos mujeres, dos toreros

Por Rosa Belmonte

Dos mujeres fueron a ver a dos toreros. Mujeres periodistas. Hace mucho tiempo. Josefina Carabias a Juan Belmonte veinte años después de la conversación del sevillano con Chaves Nogales, otro sevillano. Oriana Fallaci, a Antonio Ordóñez en 1963.

Como el libro se publicó hacia 1935, sería en los años 50 (creo que 1954). El texto de la madre de Carmen Rico Godoy fue el epílogo a *Juan Belmonte, matador de toros*, el que vemos en las ediciones actuales. Según Carabias, «Nunca hasta entonces la vida de un torero que todavía toreaba había sido tratada en forma tan original, es decir, contándola tal como era, sin exageraciones, ditirambos, tecnicismos ni latiguillos tan al uso en la literatura taurina, que fue siempre en nuestro país una literatura muy mediana». Fue a ver al «más asombroso de los toreros» a Sevilla, a la tertulia de Los Corales, en la «calle de Las Sierpes». El torero pasaba la mayor parte del tiempo en su cortijo de Gómez Cardeña (entre Sevilla y Jerez), pero también en Sevilla. Sobre las dos y media solía irse a comer y dormir la siesta a su piso en el ático del Hotel Cristina, con vistas a la Torre del Oro. Oriana Fallaci, la otra periodista, se citó con Antonio Ordóñez en su finca Valcargado, a 200 kilómetros de Sevilla, más allá de Jerez, aunque también fueron a Sevilla. Y había estado en su casa de la calle Ferraz, donde «nada recordaba el mundo que había aprendido a querer con las poesías de García Lorca y los relatos de Hemingway. El ambiente era burgués, entre el griterío de las niñas con blue jeans».

El encuentro de Fallaci con Ordóñez en su finca se parecía mucho al que hubiera tenido con un extraterrestre. Un avistamiento con cita previa. El torero como ser extraño. Y claro que un torero es un hombre extraordinario. Lo más extraordinario que puede ser un hombre. Pero la italiana le decía cosas como «Me parece imposible que usted, con esa cara de bueno, con esa sonrisa tan dulce, con esas manos de pianista, tan cuidadas y finas, se dedique a un oficio tan peligroso y tan cruel».

«No es un oficio, es un arte», replicó Ordóñez.

Como escribió Manuel Arroyo-Stephens en *La muerte del espontáneo*, el torero «tiene plena conciencia de estar ejercitando un arte: los aficionados, de ser testigos, casi partícipes de ese instante mágico». Y eso no lo podía entender Oriana Fallaci. Pero sí Josefina Carabias, que en su epílogo entendía tanto a Chaves Nogales como a Juan Belmonte. «Sin la pluma de Manuel Chaves Nogales la vida de Juan Belmonte, aun siendo la misma, no habría tenido el interés que tiene, sobre todo para el lector no taurino, ni se habría traducido al inglés ni se reeditaría hoy formando parte de una colección del mejor tono literario». Belmonte era una rareza, no solo por la revolución en lo taurino. Lo primero que hizo cuando ganó dinero fue comprarse una biblioteca y poner cuarto de baño. Y de novillero llevaba una espuerta llena de libros. No necesitó conocer intelectuales para romper a leer.

Y lo taurino. Rafael *El Gallo*, que era contertulio permanente en Los Corales, decía de Belmonte que «se empeñaba en ponerse a torear en un sitio donde a los toros les gustaba estar ellos solos. Juan inventó la teoría de que la esencia del toreo es llevarle la contraria al toro». El hermano de Joselito nunca estuvo de acuerdo con eso. Pero sí con su grandeza. A Carabias: «Fíjese usted si sería bueno que, cuando mi hermano estaba vivo, "este" comía». Lo mismo que Rafael pensaba Arroyo-Stephens, pero dicho de otra forma: «… obligó al toro a cambiar su recorrido. Con ello cambió la geometría del toreo… Ese nuevo modo de ejecutar

las suertes introducía una emoción nueva en el toreo: emoción trágica, porque siempre parecía que el toro iba a cogerlo; y emoción estética porque al girar el torero con los brazos y la cintura para acompasar la embestida, paraba la embestida y hacía interminable el encuentro».

Pero tiene gracia que Fallacci hable con un torero. Tiene interés antropológico. Como lo tiene Abert Serra en *Tardes de soledad*. Porque es Serra alguien tan ajeno a la tauromaquia como una italiana. A Fallaci lo mismo le da Ordóñez que Jaime de Mora y Aragón o Cayetana de Alba (también están en la compilación de entrevistas *Los antipáticos*). Tiene mucho más interés Josefina Carabias. Ella lo tiene en Belmonte y nosotros en ella. Me gusta Fallaci (aunque entiendo a Ordóñez y su «usted me agota más que diez corridas»), pero qué sobrevalorada al lado de Carabias. Y qué perspicacia la de esta en 1954: «No parece tampoco —vista la desafección de las masas españolas, mucho más apasionadas hoy por el fútbol— que el toreo tenga cuerda para perdurar a través de otro par de centurias». Veremos. Bueno, nosotros no. Espero.

Rosa Belmonte

Rosa Belmonte (nacida en Murcia) es abogada de formación y destacada columnista y escritora española. Comenzó su trayectoria profesional en el ámbito jurídico, incluso defendiendo casos en el turno de oficio, antes de dedicarse por completo a la escritura y el periodismo. Escribe diariamente con medios del Grupo Vocento y en el *ABC*, donde desarrolla columnas de opinión. En radio, participa en programas como *Más de uno* o *La Cultureta* (Onda Cero) y en tertulias de esRadio, interviniendo habitualmente en debates de prensa rosa y política. Además, ha incursionado en televisión como tertuliana: en diciembre de 2023 debutó en *El Hormiguero* y en *Espejo Público* de Antena 3. En el ámbito literario, es coautora junto con Emilia Landaluce de obras como *Donde caiga la flecha*, *Sobre nosotras*. *Sobre nada* y *La mala víctima*.

La ganadería de la Quinta del Sordo

Por Alberto García Reyes

«¡Échale de comer, échale de comer!», le susurraba Rafael de Paula a Morante desde el callejón cuando Ligerito se le quedaba dormido en la cuenca de sus naturales. Había en ese alejandrino popular, con el hemistiquio justo en la coma de la embestida, un remite involuntario a las *Elegías de Duino* de Rilke, ese poema en el que el bohemio se pregunta de manera inconsciente uno de los grandes misterios del toreo: «Pero ¿quiénes son, dime, esos errabundos volatineros, / aún más fugaces que nosotros mismos / a los que ya desde edad muy temprana los retuerce apremiante, / para quién, por inclinación a quién, una voluntad siempre descontenta?».

¿Quiénes son, en efecto, esos enigmáticos duendes, aún más eternos que la memoria, a los que les convulsiona la urgencia del infinito cuando se ponen delante de la fiera mitológica de España? Esos errabundos volatineros irguieron la plaza como un partenón griego, una vieja fortaleza micénica que acunó a la civilización, un templo fundacional de la acrópolis contemporánea. No olvidemos nunca que el toreo es exactamente esperanza y, por lo tanto, progreso. Es esperar al toro soñado, esperar a la inspiración del torero, esperar al inexplicable rebujo de la academia con la selva. Y es también una conexión suprema, una acronía, una experiencia casi divina. Esta anécdota con el Faraón de Camas lo explica bien. Una mañana quedamos en el Museo de Bellas Artes de Sevilla y mientras contemplábamos los cuadros de Murillo, Zurbarán y El Greco, Curro se iba emocionando lentamente. Pero de pronto le

llamó la atención un pequeño cuadrito en una sala y nos acercamos. Era la *Cabeza de apóstol* que pintó Velázquez. El Faraón se adentró en los trazos del genio sevillano y acabó gimiendo con su inalterable modestia: «Yo creo que me habría llevado bien con Velázquez, que me habría entendido con él como me entendía como Camarón». «Échale de comer, échale de comer», le gritaba el errabundo volatinero Rafael de Paula a Morante desde el callejón en ese estado de entendimiento que supera las leyes de la gravedad. Y en esa dimensión del toreo es donde yo veo a Goya, pero no al Goya de los grabados, sino al de las Pinturas Negras, esos catorce murales que trazó en su Quinta del Sordo junto al Manzanares. Ahí reflejó el pintor la relación entre la deformidad del dolor y la hondura de la belleza, entre la tragedia íntima y el éxtasis creativo. Cuando Goya hizo los grabados taurinos para ilustrar la *Carta histórica sobre el origen y progreso de las corridas de toros en España* de Moratín, podríamos decir que estaba adelantándose a Canito, el fotógrafo que muchos años después congeló a Manolete sobre el hule. Pero cuando decoró los muros de su casa con los dos viejos comiendo, el animal cornudo del *Aquelarre* y *Saturno devorando a su hijo* estaba pintando sus adentros, es decir, la cara honda de la realidad, el tendido de sombra, el espacio en el que se sublima la capacidad de abstracción. Decía Rafael Ortega *El Gallo* que «clásico es lo que no se puede hasé mejón». Pues ya está. Nada es antiguo ni nuevo si es para siempre. Si es profundo. Eso es lo que hace que el arte esté por encima de su propio tiempo y sea de cualquier época. Cuando Morante se pasaba aún el rabo de 'Ligerito' por la ribera de la muerte, entre la ingle y el cielo, Rafael, pregonero de aquella obra maestra, le pedía más distancia para que mostrara su viaje: «Piérdele dos pasos, que la gente lo vea venir y el muletazo sea infinito». Fue ahí cuando Paula, ya enloquecido, recitó el verso taurino más bello que he escuchado en mi vida: «¡échale de comer, échale de comer!». El toro arrimaba el hocico a la tela como quien busca

yerba en la mano de su dueño. «¡Échale de comer!», le repetía a garganta pelada. Luego, tras el estoque, le pidió una cosa más: «Dale otro, que todavía le cabe». Y dos se tragó el animal después de muerto. En su *Teoría de la muleta*, Gregorio Corrochano explicaba que «la faena más perfecta es aquella en la que el toro cae herido en el mismo sitio donde se le dio el primer pase». Esa es exactamente la geometría indeliberada de la gran tauromaquia. Y quien ha estado en ese cruce de espacio y tiempo, entre la medida exacta y el caos, vive el resto de su vida con el pellizco dentro. Quienes hemos visto alguna vez ese misterio jamás vamos a salir de ahí. ¿Quién es más valiente que el que se pone donde los pitones abrazan, donde la carne se encoge en defensa propia, y ahí se desmaya? En la alquimia del toreo intemporal se ha mezclado el heroísmo con la lentitud, la queja con la melodía, la rabia con la magia. Y ahí es donde el torero le susurra al toro al oído la seguiriya de Manuel Machado: «Mira si mi pena es mala / que es una pena que yo no quisiera / que se me quitara».

El espíritu santo del toreo habita en la capacidad de improvisación a partir de un molde escultórico único. En el dolor de Goya pintando con sangre negra las paredes de su casa. Es lo que hace que cuando el toro pasa ceñido a la faja, el débil sea ingrávido. Sea el hombre en la luna. Cuando uno ve los *Dos viejos comiendo* de la Quinta del Sordo no puede explicarse cómo es posible que Goya tuviese en su pincel un tormento tan desolador. Cada trazo ayuda a generar ese paroxismo que a la vez es la suprema ataraxia. La devastación de sus rostros es científicamente irrefutable. Hasta la casulla, como el capote en la plaza, tiene un vuelo que conduce al alarido. Y esa precisión coral es la que logra que los detalles, todos de suma dificultad, desemboquen en una naturalidad que en realidad es inhumana. En una sencillez dificilísima, perdón, imposible. Esa no es nuestra esencia, es la más sublime abstracción de nuestra desesperación. Pues en la misma medida se puede decir que

el toreo no es natural, es sobrenatural. No está en ningún mapa, sino allende la geometría, el conocimiento y los andamiajes. Está, en términos lorquianos, en unas formas que nacen y mueren en el mismo instante y que, sin embargo, no terminan nunca. Está detrás de la nube que tiene el viejo de Goya en su ojo. En esa pupila que es el redondel de Dios. En esa tragedia. Si es cierta la sentencia belmontina que dice que se torea bien cuando uno se olvida de que tiene cuerpo, no quiero ni pensar lo que tiene que ser el toreo cuando uno es esclavo de sus limitaciones físicas y, aun así, logra vencerlas. Torear rodeado de pinturas negras, como si todas las plazas fueran la Quinta del Sordo, tiene que ser un calvario. Pero, claro, ¿se puede trascender sin fatigas, sin sufrimiento? Para que el receptor de una obra alcance la felicidad, muchas veces el autor, por desgracia, tiene que soportar una infelicidad íntima, a veces fantasmas que embisten a solas, sin quites de nadie, y que convierten la muleta en un ala de paloma, tan frágil como inalcanzable para el derrote de un morlaco. La cabeza de cualquiera de los genios históricos de la tauromaquia es un alboroto que entre permanentes ayeos consigue enviar órdenes enigmáticas a las muñecas. Y nuestra emoción es el precio carísimo de ese sacrificio. Por eso el verdadero artista nunca crea para nosotros, sino para sí mismo. No busca el ole, busca el alivio.

Y eso es lo que nos permite proclamar a los vientos que solo los muertos han visto el fin del toreo. En ese espejismo inexplicable danzan esos errabundos volatineros con la voluntad siempre descontenta de los que hablaba el bohemio Rilke. Es decir, el toro no es un garabato oscuro de Goya porque se usen en el vestido las madroñeras de sus grabados, sino porque se conecta directamente con las Pinturas Negras, esos difíciles trazos de la ganadería de la Quinta del Sordo con los que la historia del arte se trae la muerte a las palmas de sus manos y, cumpliendo el deseo de Rafael de Paula, le echa de comer despacio. Como sentencia Romero, lo más difícil del mundo es comer despacio cuando se tiene hambre.

Alberto García Reyes

Alberto García Reyes (Dos Hermanas, Sevilla, 1977) es un periodista español licenciado en Ciencias de la Información por la Universidad de Sevilla. Desde 1999 forma parte del diario *ABC*, donde comenzó su carrera en la sección de Cultura, con especial dedicación al flamenco. En 2014 fue nombrado adjunto al director de *ABC de Sevilla*, y en 2019 asumió también la jefatura de la sección Local. A partir del 1 de septiembre de 2022 se convirtió en director de *ABC de Sevilla*, relevo de Álvaro Ybarra. Ha recibido premios como el Joaquín Romero Murube (2010) por su artículo *Poemas del oprobio* y el Premio Vocento al Mejor Trabajo Periodístico (2012) por destapar el escándalo de los ERE en Andalucía.

Todo lo que no se ve

Por Diego S. Garrocho

Dejó escrito Saint-Exupéry que todo lo esencial es invisible a los ojos. No fue el primero y, muchos siglos antes, Platón, desde el origen de nuestra tradición, proscribió el régimen sensible como un orden secundario, aparente y falso. Después de todo, es posible que las cosas más importantes, también en el toreo, no puedan percibirse ni siquiera con la mirada mejor entrenada.

En su condición plástica, la tauromaquia compone estampas, inspira a los pintores y excita la sensibilidad hipertrofiada del poeta. El público observa y calla, y hasta los niños emulan el ademán de los matadores en la plaza. El vestido de torear se dice de luces porque gran parte de lo que sucede y conmueve exige que algo lo ilumine para poder ser visto. En esta parte observable caben todas las tauromaquias: de Goya a Picasso y hasta las fotos de un Ruven Afanador. Vamos a los toros a mirar, aunque lo más importante del rito jamás se deja ver del todo.

Como saben las diosas antiguas, la verdad siempre se administró con un velo. En ese intersticio entre el mostrar y el esconder es donde se manifiestan los viejos secretos. El rostro tapado de Isis o el propio velo del templo nos invitan a intentar mirar más allá de donde alcanza la mirada. Lo que ocurre aquí y ahora siempre es el signo de otra cosa y, como en el refrán del tonto, el dedo y la luna, en la tauromaquia no deberíamos conformarnos con aquello que salta a la vista.

La del toreo es, ante todo, una verdad humilde y poderosa. Música callada, que dijera Bergamín. En ese orden secreto y oculto se aparecen

las cosas importantes. Es el hambre del novillero pobre que se nutre de rabia y orgullo para completar el valor que le falta. Es la expectativa satisfecha o truncada, pero nunca confesada. El compás de un pasodoble que se siente hasta en el vientre sin que los ojos digan nada. Es también la satisfacción heroica de quien sabe que le espera una gloria que, pese a todo, siempre estará asediada por la amenaza del olvido. En esa dimensión oculta habita, asimismo, la envidia por ese compañero que sabes que es mejor que tú.

La verdad invisible del toreo tiene que ver con ese leve estímulo —ni siquiera sabemos si sonoro— que solo se percibe en la solemnidad del silencio. Es el hermetismo en el que nos habla la conciencia y desde el que se ejerce la oración. También son invisibles el reburdeo de la bestia o el estruendo del portón con su golpe de madera. Es la verdad que anida en una boca seca por un pánico al que todavía es capaz de decir sí. Porque es en la parte no visible del toreo donde habita el miedo: ese Leviatán sin forma, olor ni tacto contra el que se levantaron los hexámetros de Homero y la esperanza de los dioses salvajes.

A los toros se va a ver las cosas invisibles y a vencerlas. Son presencias que no se avistan, pero que organizan el sentido. Alguna vez, para entender, habría que ir a la plaza con los ojos tapados. A ver qué pasa.

Diego S. Garrocho

Diego S. Garrocho es profesor titular de Filosofía Moral en la Universidad Autónoma de Madrid. Es autor de *Moderaditos. Una defensa de la valentía política* (Debate: 2025), *El último verano* (Debate: 2023), *Sobre la nostalgia* (Alianza: 2019) y Aristóteles. *Una ética de las pasiones* (Avarigani: 2025). Fue jefe de opinión del diario *ABC* y actualmente escribe en la sección de opinión de *El País* y es colaborador en COPE.

Toros no

Por Vicente Ruiz

Una máxima figura del toreo se acercó esta temporada 2025 a una televisión generalista para ofrecer gratis la emisión de un festejo suyo. El directivo televisivo no quiso ni escuchar la propuesta: «Toros, no», contestó tajante antes de empezar a hablar. Ni se planteó si podía darle más o menos audiencia. No. Los toros sobreviven desde hace ya demasiado tiempo confinados en un gueto, aislados de la mayor parte de la población. En la contradicción de ser invisibles para el gran público mientras que algunas plazas viven una nueva edad de oro, con asistencias récord y los jóvenes ondeando la bandera taurina con orgullo.

Es inimaginable que Alcaraz ofrezca un partido con Sinner y una cadena lo rechace porque «Tenis, no». No se trata de un rechazo por las audiencias, que las televisiones autonómicas que dan toros ya han probado su éxito brutal. Es pura ideología mezclada con cobardía. Pocos contenidos televisivos ofrecen ahora mismo una rentabilidad mayor que los toros en la métrica coste por audiencia. Bien lo sabemos también en los pocos medios que apostamos por ella. Este año, el *topic* Morante ha sido más rentable que Pedro Sánchez o Lamine Yamal en *El Mundo*. Cualquier titular que incluyera al genio de la Puebla se convertía automáticamente en la noticia más leída. Sin embargo, todas las televisiones nacionales silenciaban su histórica temporada y cualquier información taurina por muy noticiosa que sea: desde lo trágico de cualquier cornada a los grandes triunfos en las principales plazas. Es el mayor ejemplo posible de cultura de la cancelación.

El *apartheid* taurino tiene otro aspecto crítico con los anunciantes, cómplices necesarios para el silencio de tantos medios. Marcas consumidas masivamente por los aficionados taurinos vetan cualquier cosa relacionada con los toros como soporte comercial. «Toros, no», contestan a cualquier medio que los sondea para el potencial patrocinio relacionado con este espectáculo. Los taurinos han vivido las últimas décadas acomplejados y con sentimiento de culpa por disfrutar de su sangrienta afición. Temerosos muchas veces en sus trabajos de mostrar su pasión. Viviéndola como viven su sexualidad los homosexuales en Irán. Ejerciendo su derecho casi desde la clandestinidad. Cualquiera con un volumen considerable de seguidores generalistas en RRSS sabe que un comentario taurino tiene la consecuencia automática de *unfollows* masivos. Y que si quieres comunicar de toros, tienes que desarrollar un perfil puramente taurino y olvidarte del gran público. Sin embargo, el *boom* entre los jóvenes podría ser la oportunidad de salir de la clandestinidad. ¿Y si la afición taurina pasara al ataque? 6,5 millones de personas van cada año a plazas de toros. Entre diez y doce millones en todo el mundo. Cuántos negocios tienen un público potencial así. Quitando el fútbol, ningún deporte tiene un seguimiento siquiera comparable. El segundo deporte con más tirón, el baloncesto, apenas llega a una tercera parte que los toros pese a tener una presencia constante en los medios: entre 1,5 y 2 millones de espectadores. El taurinismo es ahora mismo un gigante dormido, pero tienen en su mano la capacidad de salir del armario y cambiar el rumbo ¿Qué pasaría si se supieran las marcas que vetan al mundo taurino esquivando anunciarse en él? ¿Y si los taurinos lanzaran campañas de boicot a las mismas? ¿No existe una oportunidad evidente de mercado para lanzar productos para este nicho, con capacidad de presionar luego a los medios si estas marcas empezaran a invertir en *marketing*? «Cultura sin Censura: *Free* Toros».

Hay un mercado, hay una audiencia, hay una pasión. Solo falta prender la mecha. Los toros necesitan empresas audaces capaces de canalizar toda esta fuerza bruta, todo ese potencial virgen. Sin pedir permiso. Basta con recordarle al mundo que están ahí.

Vicente Ruiz

Vicente Ruiz (Madrid, 1977) es un destacado periodista del diario *El Mundo*, donde ha desarrollado toda su carrera tras incorporarse en el año 2000. A lo largo de los años, ha ocupado roles clave, como jefe de las secciones de Televisión, Madrid y Cierre, y ha liderado el área digital del medio durante más de ocho años. En julio de 2022 fue nombrado director adjunto, desempeñándose como responsable de la estrategia e innovación, incluyendo los departamentos de vídeo, audio y redes sociales. Con dos décadas de trayectoria en el diario, ha encabezado la transformación digital de la redacción y el lanzamiento del primer modelo de pago entre los medios generalistas españoles. Ruiz ha promovido una cultura centrada en el dato y la fidelización de audiencias, impulsando formatos interactivos, *newsletters*, eventos y presencia en redes como TikTok e Instagram.

Llegar a tiempo a los toros

Por Bieito Rubido

Llegué tarde a los toros. Entre otras razones. Porque en Galicia, salvo tres días en Pontevedra, no suele haber oferta taurina. Existía una magnífica plaza en La Coruña, donde además llegó a tomar la alternativa Dominguín, pero se cerró el 7 de octubre de 1967, día de la patrona de la ciudad, la Virgen del Rosario. Tenía yo diez años. Apenas llevaba veinte días en un internado. Difícilmente pude aficionarme a los toros. Pero nunca es tarde si la dicha es buena, como reza el tan sabio refranero popular español. La dicha vino de la mano de Andrés Amorós, ese intelectual renacentista que habita en pleno siglo XXI y a quien tantos conocimientos culturales debo, incluidos los de la tauromaquia, que son bien culturales. A Andrés y a *ABC*, gracias premio taurino, les debo el haberme acercado al fascinante mundo del toro.

Amorós me explicaba segundos antes lo que iba a ocurrir en la plaza. Desde que salía el morlaco de los toriles, el catedrático de Literatura de la Complutense, convertido en erudito de la tauromaquia, me adelantaba el lance. Hablar con él supone introducirse en ese ámbito por la puerta grande. Conoce la historia grande, las anécdotas chicas, los personajes de ayer y hoy, la literatura, las ganaderías, las plazas, las estrellas y hasta las medianías… Gracias a él me transformé en un taurino de vocación tardía.

Hubo, sin embargo, más personajes que me ayudaron a enamorarme de esta fiesta tan nuestra. Adolfo Suárez Illana, el hijo del inolvidable presidente Suárez, me invitaba de vez en cuando a acompañarlo a su barrera en Las Ventas. También él lograba adelantarse a la acción en el

albero. En una ocasión un astado bien armado saltó las tablas y alcanzó el callejón. En su vuelo nos enseñó su rosto, su cara, su cabeza, sus ojos, sus cuernos, su grandeza. Lo tuvimos apenas a unos centímetros. Pude ver su nobleza en aquellos ojos guerreros. Era un gladiador de la lidia. Esa tarde, me hice definitivamente taurino.

Después vino Morante en una tarde mágica en el Puerto de Santa María. Era en pleno verano de 2020. El estío de la covid, con la prohibición de no estar muy juntos en espectáculos públicos, pero aun así la plaza rezumaba de ambiente festivo y alegre, pese a un buen número de localidades vacías a causa de las prohibiciones de aquellos días. Morante toreó con Ponce y Aguado. Los tres hicieron buenas faenas, pero Morante paró el tiempo bajo el sol del atardecer andaluz. Soy gallego, ya lo dije más arriba, pero amo Andalucía. Aquella tarde noche, con cena posterior en el Faro, logre atrapar uno de esos momentos de felicidad que te da la vida: toros, Morante, el Puerto… y la magia de Andalucía.

Tuve la fortuna de dirigir durante diez años *ABC*. En esa década el magisterio sobre la fiesta de los toros correspondió siempre al maestro Amorós, pese a las presiones que recibía en sentido contrario. *ABC* y su larga tradición, desde su nacimiento, de defensa de la tauromaquia, me introdujo en este mundo. Amorós me catequizó en el mejor de los sentidos. Bendito proselitismo el del catedrático más culto que yo conozco. Suárez me acercó tanto que llegue a ver lo que los ojos de un toro pueden llegar a ver antes de la muerte. Morante me hizo cautivo de la tradición y Andalucía me enamoró. Ahora bien, el primero que me hizo reflexionar sobre la trascendencia de la tauromaquia no fue ningún español. En una de esas maravillosas comidas que en la casa de los Luca de Tena solíamos disfrutar, tuve la fortuna de conocer a William Armand Thomas Tristan Garel-Jones, barón y lord Garel-Jones, quien ocupó varios ministerios en los gobiernos de Margaret Thatcher. Tristan, que era así como lo conocían sus amigos, yo no alcance esa condición, pero me atrevo a

recordarlo por ese nombre, nos relató cómo él en el Reino Unido hacía una defensa de la lidia taurina con el más amplio y erudito argumentario que solía cerrarlo con el hecho de que esas faenas del diestro no son una lucha desigual, sino que el toro siempre puede terminar hiriendo o matando al torero, al hombre. Para él, ahí radicaba la grandeza de este espectáculo. Una fiesta, por otra parte, que, dándole una enorme personalidad a España, entierra sus raíces en todo el Mediterráneo, ese mismo mar que dio a luz a la filosofía griega, al derecho romano y a una de las culturas más portentosas de toda la historia, hasta el punto de convertirse en el eje del mundo en el siglo de oro, entre el XVI y el XVII, que es el caudal de conocimiento nacido en nuestro suelo patrio, en esta piel de toro.

Bieito Rubido

Bieito Rubido Ramonde (Cedeira, A Coruña, 27 de septiembre de 1957) es un periodista español de referencia, licenciado en Ciencias de la Información por la Universidad Complutense de Madrid. Comenzó su trayectoria en prensa escrita a finales de los años setenta, trabajando en *Informaciones*, *Ferrol Diario* y *El Ideal Gallego*. En 1983 se adentró en la radio con Antena 3, llegando a dirigir su sección regional en Galicia, y posteriormente asumió puestos de liderazgo en Radio Voz y la televisión regional. Fue director de *La Voz de Galicia* entre los años 2000 y 2006. En enero de 2009 fue nombrado director editorial de medios regionales del Grupo Vocento. En septiembre de 2010 asumió la dirección del diario *ABC*, un cargo que mantuvo durante diez años. Además, ha sido profesor universitario en la Universidad Rey Juan Carlos de Madrid y en el CEU San Pablo. Actualmente dirige el diario digital *El Debate* y participa como tertuliano en diversos programas de radio y televisión.

Torear en endecasílabos

Por Karina Sainz Borgo

Entre Alejandro Talavante y el toro apenas «cabe el pelo de una gamba», escuché decir hace ya unos años en la plaza de toros de Las Ventas. Aquella tarde, el extremeño toreaba un astado de la ganadería Núñez del Cuvillo. Se cumplen ya varias ferias de San Isidro desde entonces y, aunque pase, el tiempo ha acabado por convertir la metáfora en certeza. El diestro apenas deja distancia posible entre su cuerpo y el del animal. Es delgado como su espada. Rápido. Leve. Irrepetible.

A pesar de su retiro de los ruedos en 2018 y de una pandemia que se convirtió en pesadilla durante dos años, Alejandro Talavante permanece sin mácula. Sigue siendo ese hombre de alambre que detiene el mundo con un natural. Su toreo es silencioso y lento, su aspecto el del Cristo del Gran Poder… Todo en Alejandro Talavante induce a pensar que es posible viajar hacia la muerte y volver de ella en tres tercios con la belleza con la que Verdi lo hizo en tres actos.

Que Alejandro Talavante torea en endecasílabos es tan cierto como que el pelo de una gamba —fino como el hilo de oro de su traje de luces— apenas lo separa del toro. Sus faenas, como los versos de Lope de Vega, ordenan el mundo entre un silencio y el siguiente. Al verlo torear es posible, y vaya si lo es, «desmayarse, atreverse, estar furioso». Cuando el extremeño sale al ruedo, el tiempo tiene el buen gusto de darse la vuelta como si nos hiciera un desplante.

No tenemos costumbre de la lentitud. No la entendemos, porque muy pocas veces la hemos practicado. Las novelas ejemplares, *Las Meninas* de

Velázquez y las sinfonías de Mahler nos han enseñado que los minutos se detienen. La muñeca de Alejandro Talavante, también. En esta tarde de lluvia y bocinazos, en un Madrid con tormentas que se inventa un mar en cada gin-tonic, el ánimo se endereza y el corazón se templa con cada movimiento de Alejandro Talavante, el único hombre capaz de torear en endecasílabos. El único.

Un matador de toros es un creador, alguien que cada tarde construye una obra de arte y la destruye, con un estilo y un carácter propios. Es un ejercicio de libertad creativa, la naturaleza lúdica que conduce al ser humano a reflexionar sobre su lugar en el mundo y su cercanía a la muerte. En la sequía cada vez más severa que aqueja a la tauromaquia, el matador de toros recupera lo excepcional. Los toros enfrentan al héroe clásico (el que va a la muerte y regresa de ella) con los héroes de ocasión.

El verso endecasílabo está asociado a una variedad de géneros y estrofas, siendo los más comunes el soneto, la elegía, el madrigal y la estrofa silva, utilizados en la poesía lírica para expresar una gama amplia de temas, desde el amoroso hasta el narrativo y el reflexivo. En su métrica, como en el toreo honesto, hay verdad. Justo cuando los impostores se hacen pasar por ídolos, el torero se mantiene aún como un ser extraordinario, en ocasiones extemporáneo o simplemente eterno, porque tiene algo de reliquia.

Karina Sainz Borgo

Karina Sainz Borgo (Caracas, 1982) es periodista y escritora venezolana residente en Madrid desde 2006. Especializada en temas culturales, ha trabajado en medios como Vozpópuli, Zenda y Onda Cero, y actualmente es reportera y columnista en *ABC*. Es autora de los libros de crónicas *Caracas hip-hop* y *Tráfico y Guaire: el país y sus intelectuales*. Su primera novela, *La hija de la española* (2019), fue un éxito internacional, traducida a más de veinte idiomas y reconocida por revistas como *Time*. Posteriormente, publicó *El Tercer País* (2021), galardonada con el Premio Jan Michalski, y *La isla del doctor Schubert* (2023).

De la libertad hacia el toreo

Por Juan Fernández-Miranda

Mi familia no es taurina, pero tampoco sectaria. No recuerdo ninguna conversación en casa sobre toros en toda mi juventud. En casa jamás se habló del toreo. Mis padres no me llevaron a las Ventas ni al Bibio, pero sí al Bernabéu y al Molinón: en su descargo diré que al fútbol me llevaron porque yo se lo pedí. Siempre me iniciaron en todas las ramas del conocimiento por las que yo me interesé, pero jamás les pregunté por los toros. Intuyo que mis convicciones liberales parten de ahí: mis padres nunca me penalizaron imponiéndome sus opiniones o sus preferencias. Me dejaron elegir y me educaron predicando con el ejemplo.

Así que en lo que respecta al ruedo no es erróneo decir que soy un ignorante, pero también doblemente afortunado. Primero porque mi relación con la tauromaquia es absolutamente libre. A los toros he ido yo porque he querido, cuando he querido y partiendo de cero. La mía fue una inmersión a puerta gayola que se inició a los veinte años.

Todo empezó en una de mis primeras tardes en una redacción. Ser periodista es querer conocer, no hay mayor motor en la profesión del periodista. De repente escuché al que ha sido mi mejor jefe, aunque formalmente nunca lo fue, hablar apasionadamente de la Corrida de la Prensa, en San Isidro. Con cierto rubor me acerqué; con los pies juntos, quieto y de perfil, logré mascullar una frase.
—¿Me acompañarías a Las Ventas?
—Por supuesto, Miranda —respondió Chema.
—Pero tienes que explicármelo todo como si no supiera nada. —Será

fácil, porque no sabes nada —añadió lanzando una carcajada seca como una cornada. *Touché.*

Tenía razón. Vio la ignorancia en mis ojos, pero también la ilusión por descubrir y ni una sola mácula de prejuicio, ni a favor ni en contra, y aquellos ya eran tiempos en los que los toros estaban siendo señalados. Y allí que nos fuimos. Él fue mi primer maestro.

Aquella tarde supe que era la primera de muchas, y tomé una sabia decisión: quería aprender lo suficiente como para poder disfrutar de aquel espectáculo rodeado de símbolos y de pasiones. Para ello, empezaría a ir a los toros a menudo, y siempre rodeado de alguien dispuesto a enseñarme. Además, incorporaría a mis lecturas a los grandes de la crónica taurina, los de entonces y los de siempre. Y pronto un Cossío se instaló en mi estantería.

He dicho que además de un ignorante soy doblemente afortunado: la segunda razón me la regaló el azar, y también fue por partida doble. En la siguiente redacción, esta en la tele, y durante dos años conviví mesa con mesa con Rafael Martínez Simancas, que en esa época dedicaba las conversaciones a partes iguales a hablar de su familia, de su moto y de los toros, y no necesariamente por ese orden. Venía de ser un mandamás en las Ventas y, durante infinitas conversaciones, me acercó al toreo desde una mirada artística. Pura creatividad literaria y unos cuantos cigarros. Con él aprendí a observar la plaza, el ritual, la gente. Con él comprendí la Fiesta y entendí que es un mundo de acogida, de alegría, de pasión. Y aunque llegué tarde, siempre encontré los brazos abiertos.

Mi siguiente compañero de pupitre periodístico, ahora en las mañanas de la radio, fue otro grande, Matías Antolín. De cuatro a seis de la mañana el tiempo es cúbico, el silencio es hondo y el frío punzante. Las conversaciones puntúan doble mientras las amistades se abrochan para siempre. Durante otros dos años compartí mil y una lecciones

de tauromaquia mientras Matías me contaba su próximo libro: una aventura gráfica sobre José Tomás. Repasar esas fotos del maestro de Galapagar fue un itinerario para entender los matices de lo que el toreo tiene de danza y de adjetivo. Él me enseñó el toreo desde su amistad con José Tomás, que es como aprender a jugar al fútbol con Butragueño explicándote cómo se puede parar el tiempo en el área pequeña. Así entendí siendo muy joven que hay seres de otro mundo. En su locura Matías me enseñó el toreo desde el traje de luces de José Tomás, y desde la sangre de Aguascalientes. Y desde ahí me explicó a los grandes maestros de la historia.

Cuando tomé aquella decisión lo hice porque nunca antes había sentido tal confrontación de emociones en un mismo instante. Nada como el toro y el tiempo deteniéndose frente a Jose Tomás, con la muerte desafiando un estatuario. Ni siquiera el Buitre era capaz de tanto cuando congelaba el área pequeña: porque en el deporte nadie tiene que morir.

Los tres siguientes maestros lo fueron sin ellos saberlo. Lo han sido en directo en las páginas de los periódicos en los que he trabajado: Zabala en *El Mundo*, Amorós en *ABC* y, ahora, Amón en *El Confidencial*. Son seis maestros seis, y todo encaja. Porque en el toreo todo encaja, todo está en su sitio, y viene de lejos

Gracias a ellos supe disfrutar viendo a José Tomás en Gijón con Talavante, que a mí nunca me ha fallado. Y viendo a Morante en Las Ventas cuando lo llevaron a hombros hasta el Wellington. Aquella tarde, mientras observaba esa multitud entregada al maestro comprendí que ya estaba preparado. Y recapacité: el niño que yo fui esa tarde habría elegido la heroicidad que a esa misma hora protagonizó Carlitos Alcaraz en Roland Garros. Pero mi yo adulto eligió Morante. Libremente.

Mi familia no es taurina, pero tampoco sectaria. Y yo soy libre y, en una oportuna metáfora, es la libertad la que me ha llevado al toreo. Nunca es tarde si la dicha es buena. Larga vida a la Fiesta.

Juan Fernández-Miranda

Juan Fernández-Miranda (Madrid, 1979) es un destacado periodista y escritor español especializado en política y análisis histórico. Es adjunto al director de *El Confidencial* y analista en distintos programas de televisión y radio. Licenciado en Periodismo por la Universidad Complutense de Madrid y la Universidad Francisco de Vitoria, inicio su labor profesional en la agencia Servimedia y ha trabajado en televisión, radio y prensa escrita. Ha sido subdirector de informativos en Veo7 (El Mundo/Unidad Editorial) y ha ocupado cargos clave en el diario *ABC*: redactor jefe de la sección «España» durante una década y adjunto al director. Como autor, ha publicado obras como *El guionista de la Transición*, biografía de su tío abuelo Torcuato Fernández-Miranda, prologado por el rey Don Juan Carlos; *Don Juan contra Franco*; *El jefe de los espías*; y *Objetivo: Democracia*, con el que ganó el Premio Espasa de Ensayo en 2024. Además, participa como colaborador habitual en programas de radio y televisión, comentando actualidad política.

Defensa de la tauromaquia por afición subrogada

Por Rebeca Argudo

Ya en algún texto antes de este he dejado dicho que no soy aficionada a los toros, pero que lo estoy. Me pasa también, creo haberlo contado, con la monarquía, la fe y el azúcar. Me pasa, en general, con todo lo que se empeñe el pensamiento hegemónico imperante en demonizar. Así, si hoy en día parece que en España (decir España también es peor que decir «nuestro país» o «el conjunto del Estado») es poco menos que moralmente inaceptable no ser republicano, ateo o echarle panela al café, a mí ahora (no recuerdo si ya antes) sin ser monárquica, ni católica practicante y tomando el café sin azúcar, me parece fundamental defender nuestra monarquía parlamentaria, el cristianismo y el azúcar de caña blanca, blanquísima. Cuanto más refinada, mejor. Y, con los toros, me pasa igual: cuanto más ataca a la tauromaquia la izquierda más radical, más me interesa el mundo de los toros y más importante me parece su defensa. Y no solo porque me parezca que el adanismo tuitivo de la progresía postmoderna funciona a modo de infalible brújula moral estropeada, que también, sino porque creo que es un compendio de grandes valores e ideas, algunos de ellos tristemente denostados hoy en día: tradición, rito, arte, muerte, valor, templanza, identidad, respeto…

Podríamos decir, pues, que soy defensora de la tauromaquia por afición subrogada: no entiendo de toros, no voy a los toros y no estoy al día. Pero no lo necesito para defender a la tauromaquia frente a todo ataque del pensamiento *mainstream*, sobre todo si este viene desde las instituciones y por motivos meramente personalistas e ideológicos y no

avalados con poderosos argumentos. Es el caso, por centrar el tiro, del ministro Urtasun y su particular cruzada contra la tauromaquia, que, además de los ataques y desprecios constantes, falta a las obligaciones y competencias de su cargo al abandonar en cuanto a salvaguardia a una disciplina que es Patrimonio Cultural Inmaterial. ¿Imaginan a un ministro de Cultura despreciando el Misterio de Elche, el Tribunal de las Aguas de Valencia o la cerámica de Talavera? ¿Imaginan a un ministro decidiendo que no se otorgue premio alguno a fotógrafos o poetas porque prefiere la pintura o es incapaz de apreciar la poesía?

Para Ortega y Gasset, «la historia del toreo está ligada a la de España, tanto que sin conocer la primera, resultará imposible comprender la segunda». Para Federico García Lorca el toreo era «probablemente la riqueza poética y vital de España, increíblemente desaprovechada por los escritores y artistas, debido principalmente a una falsa educación pedagógica que nos han dado y que hemos sido los hombres de mi generación los primeros en rechazar». Para Chaves Nogales «se torea como se es. Esto es lo importante. Que la íntima emoción traspase el juego de la lidia. Que al torero, cuando termine la faena, se le salten las lágrimas o tenga esa sonrisa de beatitud, de plenitud espiritual que el hombre siente cada vez que el ejercicio de su arte, por ínfimo y humilde que sea, le hace sentir el aletazo de la Divinidad». Para Ernest Urtasun, es una «actividad injusta, sádica y despreciable, que nada tiene que ver con la cultura». Yo no soy taurina pero estoy taurina. Y, si ni lo fuera ni lo estuviera, lo que sí tendría claro es en quién confiar de entre todos ellos, a qué criterio dar más valor. ¿Ortega y Gasset, Lorca y Chaves Nogales o Urtasun? Mmm… déjenme pensar…

Rebeca Argudo

Rebeca Argudo es una periodista, columnista y escritora española. Licenciada en Comunicación Audiovisual por la Universidad CEU San Pablo de Valencia, ha desarrollado una carrera destacada en diversos medios. Tras su experiencia como corresponsal en República Dominicana y Haití, colaborando con agencias como AP, AFP y The New York Times, regresó a España en 2009. Ha trabajado en *La Razón*, *The Objective* y, desde 2024, es columnista en *ABC*, donde firma la sección *A la contra* y la columna *Arma y padrino*. En 2023, debutó en la ficción con la novela *Todos los hombres tristes llevan abrigos largos*. En 2022, recibió el Premio Pop Eye de Periodismo.

Toros en libertad

Por Jesús García Calero

Vestirse de luces es, sin duda, una de las pocas cosas que nunca podrá hacer la Inteligencia Artificial, por mucho que esté construida a imagen y semejanza de su creador, el homo pre-digitalis. Ni podrá jamás una IA, por más entrenada que esté, parar, templar, mandar frente a la embestida de un toro bravo. Ni va a cruzar a nado un río en la madrugada, como cuenta Chaves Nogales que hacía el Belmonte adolescente, para encontrarse con la sombra que acechaba su destino.

A medida que las sociedades contemporáneas van cayendo en todas las trampas virtuales del mundo, y los sectores económicos se van rindiendo al poder de los titanes digitales, vivimos con la creciente, y falsa, impresión de que ya hemos vencido en el laberinto de la historia. Y mientras tanto, distraídos dentro y fuera de las redes sociales, uno tras otro hemos llegado a creer que lo real es lo que tenemos delante de los ojos. ¡Qué gran equivocación! Estamos en el último rincón de nuestro laberinto, somos la soledad del minotauro, sin saberlo.

Quedan muy pocas verdades en este mundo tan espectacular, tan apabullante y tan ruidoso. El redondel es una. Lo que sucede en la plaza, con toda su profundidad y con toda su crudeza. La sumaria ley del círculo, que decía un poeta. Y cuanto más se perfeccionan los discursos que tratan de derogar la verdad del toreo más cosida al arte reaparece, y late. Lo sucedido en los ruedos, por ejemplo, con Morante, durante el último año, es elocuente. Y lo sucedido en los cines, por ejemplo, con Albert Serra, es deslumbrante. Vemos en plazas importantes un relevo generacional que

hace caso omiso de lo que auguran los militantes de la tristeza, aquellos inquisidores vocacionales que solo se sienten importantes cuando pueden dictarnos y prohibirnos, señalarnos o despreciarnos por, sencillamente, vivir nuestra vida, cuando descubrimos un fulgor antiguo o seguimos una tradición. Y lo peor es comprobar que sus santísimas causas replican los mensajes y los ecos y las formas del poder, muy biempensantes, porque no se pueden debatir. Forman un griterío poético, el paisaje de la multitud lorquiana, la que puede «orinar alrededor de un gemido». Sin el debido respeto por la desgracia o la gloria de un torero.

Los medios de comunicación asistimos a este momento con avidez perpleja. De tanto escuchar sus ecos, podemos desorientarnos. Pero no cedamos ante el trampantojo. Sabemos que se ha desterrado por imposición la fiesta nacional de casi todos los canales públicos, y aun así, iniciativas como la ILP han fracasado. Pero lo cierto es que la lidia ha desaparecido de casi todos los mapas políticos, demoscópicos, y de los espacios de contacto de muchas empresas con la sociedad, compañías que sienten pavor ante las críticas en las redes, las de la lorquiana multitud que vomita, que son el eco de la nada. Creemos, una vez más, que lo real es lo que ponen delante de nuestros ojos —en este caso lo que ya no nos ponen, porque ya no emiten ferias, salvo honrosas excepciones—. Pero no es cierto. El número de personas que ejercen su libertad de ir a los toros es muy relevante, según las últimas cifras disponibles en el Ministerio de Cultura, ese ministerio militante antitaurino que por ese motivo ha devenido en una anomalía inculta, más de un ocho por ciento de la población de manera constante. Demasiados para ser proscritos.

Y cuando cruzamos los datos con otros contextos, veremos que son mayoría quienes, además de acudir a las plazas de toros, consumen cultura, leen, van al teatro, a los museos. Es decir, que los templos de la tauromaquia no pueden convertirse en espacios malditos, lazaretos en los que quienes miran desde ese soberbio «lado correcto de la historia»

querrían encerrar a ese ocho por ciento de la población de ciudadanos libres, solo por su resistencia al imperio de unos gustos bendecidos por ellos mismos como dogmas, unas creencias sublimadas a verdades incontestables.

Los que rechazamos ese prejuicio que se dicta y se impone desde el poder (porque es desde el poder desde donde vienen los ataques a los toros, que nadie se engañe) debemos ser consecuentes con lo que sabemos. Que los toros han sido siempre una fiesta, y durante siglos un espacio de libertad y de cultura del pueblo, en su sentido más ancho. Porque en la grada las opiniones siempre han sido libres y punto. Que son rito sangriento, y atávico, por supuesto, porque lo que ocurre en la plaza es inasible e inefable, y que la lidia se expresa en los parámetros de la razón como una metáfora de la porfía de nuestra especie. De nuestro lugar en el mundo.

Hay otro motivo por el que resulta formidable observar cómo en los últimos años la juventud se acerca a la lidia con tanto respeto, tanta curiosidad y tan insobornable afán de diversión. Vuelven a las plazas importantes y en el caso de Las Ventas, por ejemplo, han convertido las corridas de toros en el centro de gravedad de una celebración mayor, porque la fiesta continúa cuando la lidia concluye. Y no hay mejor augurio para la continuidad de la tauromaquia que ese ambiente festivo. No en vano se llama la Fiesta Nacional al universo de los toros, puesto que las ferias siempre se asociaron con las fiestas en las ciudades y pueblos de España. Esta realidad compartida y común, más presente en sociedades rurales, era ya algo menos común en las grandes ciudades. Si en ellas los toros vuelven a traducirse en fiesta en una mayor medida, es porque quienes la cuidan y participan de ella permanecen fieles a su origen popular.

Lo cierto es que hay muy pocos lugares donde la verdad se cultiva y se cultiva tan profundamente. Tal vez por esto ha habido una gran batalla

sobre la tauromaquia en las últimas décadas. Porque la libertad del otro se está volviendo difícilmente tolerable para algunos. Y eso convierte a los toros también en un aviso, en un termómetro de la fortaleza de los vínculos sociales que presiden nuestra convivencia. Del respeto cabal.

El toreo no es algo que se pueda falsificar, ni siquiera trucar, y marca una diferencia clara, que todo el mundo puede entender, entre la liturgia y el guion. El debate legítimo sobre el sufrimiento que puede contemplarse en los ruedos no debe resolverse sin el convencimiento de que hay un reflejo humano, cultural, insondable, conectado con la realidad más sutil y abismal de lo que somos.

En los periódicos que siguen ofreciendo su espacio a los toros, todo esto se siente con mucha seriedad. *ABC* es un periódico culto, liberal e ilustrado, que cumple ciento veintitrés años de historia. En sus más brillantes páginas han convivido la pasión y el arte que son nuestros y que los toros representan. Los grandes poetas, novelistas y filósofos españoles; los grandes nombres del periodismo; los pintores y escultores de la mayor valía son quienes hallaron en las páginas de *ABC* un lugar para expresar el entusiasmo por la fuerza cultural poderosa que emerge de la imagen de un hombre, o una mujer, que porfía frente al mundo con la noble bestia. Una imagen viva, no arqueológica, que aún desgrana cada tarde lo mejor de un género tan importante para nuestro periodismo y nuestra lengua como es la crítica taurina.

En *ABC* tenemos una convicción muy firme, comprobada por varias generaciones, de que los toros son cultura, tal vez la cultura más genuina, de nuestra piel de toro. Sabemos con igual firmeza que las personas que contemplan las corridas de toros y disfrutan con su belleza son personas cultas y sensibles, a menudo algunos miembros muy destacables de nuestra sociedad y de nuestra historia.

Reconocemos, cómo no subrayarlo, la bonhomía y el valor, la profundidad y el respeto que merecen los sentimientos que un torero

dibuja sobre el albero de la plaza. A veces pueden emocionarnos hasta las lágrimas. A veces nos levantan de nuestro asiento. O nos llevan en ocasiones a la protesta. Tal es el poder del arte. Arte que paga la gloria con su sangre. En la plaza todo es de verdad. La vida y la muerte se pasean como el sol y la sombra y su presencia lo cambia todo, hace único este espectáculo, que compartimos con idéntico entusiasmo con la afición de Francia, y con otra epidemia de persecuciones en Hispanoamérica.

Pero también los medios de comunicación estamos para contarlo. Para conectar esta realidad compleja con quienes siguen atentamente el desarrollo de la actualidad taurina. La crónica taurina en *ABC* es la cumbre de un idioma riquísimo, desde Cañabate, Corrochano, Zabala, Amorós y ahora con las piezas de Rosario Pérez, y forma una tradición paralela de la que son afluentes columnas y reportajes de tema taurino que figuran entre los más leído del periódico siempre, donde se han lucido y se lucen las grandes firmas del periódico, de José F. Peláez a Chapu Apaolaza. Porque las historias de héroes siempre interesan y los toreros lo son de verdad.

El lenguaje taurino empapa nuestro idioma desde la médula hasta el habla más cotidiana. Y ese repositorio de expresiones, que bien puede memorizar la IA, también significa algo. Es el producto de una convivencia, codo con codo, de los súbditos de los reyes antiguos y de los ciudadanos de nuestra democracia, nuestra monarquía parlamentaria. Las formas, que lo son todo en la lidia, son importantes. Y las formas verbales de la crónica taurina, las que describen los lances y traen viejos relumbres y nuevos sabores, son también un patrimonio de todos. Debemos defenderlo con la práctica, no con la teoría. Debemos responder a ese asombro continuo de construir el arte con el azar, aplicando el conocimiento secular de la tauromaquia sobre el lienzo indomable del toro bravo. Lo que se dibuja en la plaza, el arte de torear, nos acompaña a todos y se recuerda en las crónicas porque ha sido y es memorable.

Sumamos todos, desde el albero, desde la grada, de sol y sombra, desde la página del periódico y desde la barra del bar taurino; sumamos nuevos capítulos a la historia de la tauromaquia, a la conversación casi infinita sobre la lentitud, sobre la suerte, sobre las pasiones desatadas, sobre el peligro, sobre el amor y sobre el miedo, y también sobre la muerte. Sobre el triunfo, a veces tan improbable, sobre un toro difícil. En «tardes de soledad», como se titula el filme de Albert Serra sobre Roca Rey, en tardes de toros, los vínculos de nuestra sociedad se trenzan sobre realidades más grandes y profundas que cualquiera de sus partes. La complejidad, que espanta a los idiotas que se conforman con una explicación vaga del mundo y de las cosas, ese análisis meticuloso y desprejuiciado de todo lo que supone la afición, los profesionales, la ecología y la economía del toro, nos explica mejor la historia y el presente de lo que somos como sociedad y como individuos que tantas y tantas pancartas que no dan más que su primer paso, el grito y el señalamiento, la consigna en lugar del sentimiento, y no dejan cultura, sino una comunidad ideológica que no quiere aprender ni escuchar nada, porque cree simplemente que tiene la explicación plana del mundo, que le basta, porque los sueños de su razón pueden parecer incontestables y se autoconvencen de que ya han vencido. En el laberinto, frente al minotauro, sin mirarle a los ojos.

Pero no. La realidad es otra, más difícil y cambiante. Nada es seguro. Nadie sabe todo ni posee la razón. Y aún así, la mejor historia es contar por qué vale la pena el riesgo. Curioso que la arena de la plaza de toros siga siendo, tantos siglos después, un terreno donde se puede practicar, sentir y defender la libertad, en derredor del arte. En tiempos de liderazgos autoritarios este asunto ha trascendido el ámbito taurino y ya se ha convertido en algo más importante, una de las muchas caras que adopta la defensa de las libertades en una sociedad abierta como la nuestra. La libertad. Esa fiera.

Jesús García Calero

Jesús García Calero (Segovia, 1965) es periodista y escritor. Licenciado en Ciencias de la Información por la Universidad Complutense de Madrid, comenzó su carrera en *ABC* en 1989. Tras más de treinta años en el periódico, actualmente es director de *ABC Cultural* y jefe del área de Cultura del diario, ya que para ellos los toros son cultura y por tanto, incluye la información taurina. Especializado en patrimonio, historia y arqueología subacuática, ha sido un referente en la denuncia del expolio cultural, destacando su labor en la defensa del galeón San Jose. Es coautor del libro *Don Juan contra Franco* (2018), que aborda el espionaje franquista a la oposición monárquica en los años 40. Además, ha publicado el poemario *Lecciones de tiniebla* (1995) y la reciente biografía *Alcalá de Henares. Historia entre ficciones* (2025).

Toros en Gijón: pasión por la libertad

Por Joaquín Manso

La primera vez que fui a los toros fue en Candás, en aquellas corridas del Cristo en la dársena del puerto a la hora de la bajamar que terminaban con los trajes de luces empapados en salitre, bajo los acordes festivos de la charanga descarriada de Pepe el Chelo. Cultura popular que no olvidamos y de la que no renegamos. La primera en un auténtico coso taurino fue tiempo después en El Bibio, seguramente de la mano de mi tío Celes, que era veterinario en la plaza. Recuerdo bien que toreaba aquella tarde El Soro, queridísimo en Gijón, un torero aguerrido y tosco, de escaso talento para el misterio pero apasionado hasta la temeridad con las banderillas. Lo que exista en mí de aficionado a los toros nació en Asturias. La extraordinaria victoria de Gijón, donde se recuperó la feria después de un brutal ejercicio censor y retrógrado de sectarismo e intolerancia, ha sido la oportunidad triunfal de reivindicar la fiesta de los toros como lo que es: un espacio de libertad. La sociedad civil gijonesa mantuvo el sentimiento y no quiso someterse, como otras sí hicieron, a la resignación, a la actitud pasiva, acomplejada o culpabilizada. Porque se sintió orgullosa de sí misma y de lo que representan los toros para su idiosincrasia. Las corridas, la Feria de Begoña, no son el pasado, ni la España negra, ni el franquismo. Es un patrimonio cultural vivo, una síntesis de tradición y modernidad que representa el gran regalo cultural de España a la Humanidad, nuestra incuestionable seña de identidad en el mundo entero. Como explica Francis Wolff, la tauromaquia "supone el triunfo de la libertad frente al determinismo y el instinto de la fuerza

bruta por medio de la inteligencia, la astucia y el movimiento grácil". La fiesta es un arte que crea sutil y misteriosamente belleza a partir del miedo a morir, que es un sentimiento genuinamente humano, pues el animal no tiene conciencia de sí mismo ni de su destino. El rechazo a la tauromaquia bebe de tres fuentes, aunque dos de ellas son en realidad puramente teatrales, un fingimiento que permite un revestimiento intelectual o ideológico. La primera es una postmodernidad tóxica que no sólo niega la muerte, sino que la convierte en motivo de vergüenza, como si hubiera que ocultarla, esconderla, erradicarla. La segunda es una presunta empatía hacia los animales, profundamente equivocada, que equipara el ruedo a un matadero. Si se trata de que los animales merezcan los mismos derechos que los humanos, entonces no hay entendimiento posible, porque se pretenden subvertir las propias bases de la civilización y, por tanto, de la convivencia. La última fuente de repudio, la única que verdaderamente debe preocuparnos, es la politización del debate. Militancias ciegas incapaces desde sus prejuicios de abordar en profundidad y con temple un asunto de tan colosal calado humanista. Que denuncian como un mal vicio o una adicción la afición taurina porque ni saben ni quieren apreciar la expresión artística y la sensibilidad que hay en los toros. Que nadie se confunda. La convicción animalista no es otra cosa que un trampantojo ideológico tras el que se esconden la malquerencia por la libertad y el vínculo vertebrador entre los pueblos de España. El odio atávico a nuestra cultura compartida. Lo que desprecian, principalmente, es ese nexo cultural y antropológico de primer orden, de altísimo valor simbólico. Lo que expresan es su alergia a la tolerancia y el pluralismo. La pulsión autoritaria y censora que pretende imponer su concepto de la moral pública como si fuese el único aceptable. La batalla que ganó Gijón es nada menos que la de la libertad de elección de nuestras propias pasiones. En la pureza de la afición y en la virtud de

su comportamiento estará el futuro de aquello sobre lo que construimos nuestra identidad y nuestras emociones. En definitiva, la ilusión y la esperanza de esta forma de entender la vida.

Joaquín Manso

Joaquín Manso (Candás, Asturias, 1977) se crio recibiendo y leyendo *El Mundo* en la farmacia de su madre. Estudió el Máster de este periódico en la edición 2005/2006 y en 2006 comenzó su andadura en esta redacción, primero trabajando como becario y luego en las secciones de Nacional, Opinión e Investigación.

En 2017 fue nombrado director adjunto, responsabilizándose del área de Información y, en mayo de 2022, asumió la dirección del diario, convencido de que *El Mundo* debe ser un periódico influyente, atractivo y audaz, con un compromiso apasionado con la verdad y la excelencia.

Manso también es Letrado asesor de empresas por el Icade.

Hace veinticinco años y un día

Por David Gistau

Aquel final de verano de 1985, mi familia me regaló unas prácticas de fútbol en un *stage* francés. Los chavales vivíamos en un colegio que, salvo por los candados en las taquillas y los camastros en las aulas, imitaba las condiciones y las rutinas de una concentración de profesionales. Teoría ante la pizarra. Carreras de fondo al amanecer. Entrenamientos. Competición. Uno de los entrenadores era español.

Un tipo bien de barrio al que faltó talento para pasar de las inferiores del Alavés y que solo se engallaba para presumir de una cosa:

—¿Conoces a El Yiyo? Es mi amigo.

No reaccioné porque no conocía a El Yiyo, que me sonó a delincuente juvenil, como El Vaquilla. Y el entrenador se quedó decepcionado, como si no dispusiera de ningún otro recurso para hacerse admirar por un niño de quince años aparte de la amistad con un torero. Nadie antes me había explicado qué significaba la devoción taurina, que no era profesada en mi casa. Nadie antes había incorporado a mi imaginación, junto a Long John Silver, Maradona, Lancelot y el Barón Rojo, a un matador de toros. En las pausas de las pachangas y los ejercicios, aquel entrenador imitaba los pases de El Yiyo, y los franceses nos miraban con una mueca de desdén y luego me daban la tabarra en las comidas gritándome olé y *togho*, *togho*. Tendría que haberles replicado: «Callad, que voy a ser amigo de El Yiyo». Porque yo ya había hecho la promesa de ir a verle en la plaza, y el entrenador, de presentármelo algún día. Es probable que jamás hubiera pisado una plaza de no ser por aquel verano. Y por lo que

sucedió la última jornada en el colegio de Chantaco, 30 de agosto de 1985, hace justo veinticinco años y un día.

Tampoco antes había visto a un hombre adulto llorar a gritos. El entrenador lo hacía cuando le encontraron, con la mochila ya al hombro, para despedirme. No me atreví a acercarme, y pregunté a alguien qué le pasaba.

—Ha muerto un amigo suyo.

—¿Un accidente?

—No, era torero, lo mató un toro.

De eso no me había avisado: de que los toreros, a diferencia de Long John Silver, Maradona o Lancelot, eran mortales. Y a mí El Yiyo me duró muy poco, ni tiempo tuve de admirarlo en una foto o de verle en una plaza, como tenía prometido. Poco después, hubo un terremoto en México y una explosión de gas en Gijón. Ha pasado mucho tiempo, pero he recordado aquel verano y al entrenador con el que no me despedí cada vez que, yendo a los toros en Las Ventas, quedo conmovido ante la estatua de José Cubero, *El Yiyo*, muerto en Colmenar hace veinticinco años y un día.

El Mundo
31 de agosto de 2010

David Gistau

David Gistau (Madrid, 1970-2020) fue un destacado periodista y escritor español. Licenciado en Periodismo por la Universidad Complutense de Madrid, inició su carrera en *La Razón*, donde se especializó en crónica deportiva y política. Posteriormente, trabajó en *El Mundo* y en *ABC* y colaboró en tertulias de COPE, Onda Cero, Antera 3 o Telecinco. Fue uno de los periodistas más brillantes de su generación, cuya prematura muerte provocó un profundo impacto.

Otros títulos publicados por la Fundación Toro de Lidia

La tauromaquia frente a la censura
Varios autores

Tauromaquia o Arte de torear a caballo y a pie
Pepe Hillo

Tauromaquia completa
Francisco Montes «Paquiro»

De pitón a pitón
Sobaquillo

Caireles de oro
Pascual Millán Cabrera

Sangre y arena
Vicente Blasco Ibáñez

Las Águilas
José López Pinillos «Parmeno»

Currito de la Cruz I
Alejandro Pérez Lugín

Currito de la Cruz II
Alejandro Pérez Lugín

Mazzantini
D. Hermógenes

Ases del toreo
Tomás Orts Ramos «Uno al sesgo»

Joselito, torero máximo
Juan del Vial

Guerrita
Antonio Peña y Goñi

Rafel Guerra *Guerrita*
El bachiller González de Rivera

Rafael González *Machaquito*
Fernando Gillis «Claridades»

Lagartijo y Frascuelo y su tiempo
Antonio Peña y Goñi

Manolete
Antonio de la Villa

10 años de defensa jurídica de la tauromaquia
Varios autores

Edita:

FUNDACIÓN TORO DE LIDIA

Colabora:

MADRID

FUNDACIÓN TORO DE LIDIA

Luis María Anson, Vicente Zabala de la Serna, Agustín Pery, Paco March, Francisco J. Martínez, Jesus Nieto Jurado, Fernando del Valle Lorenci, Federico Jiménez Losantos, Ramón Pérez-Maura, Julián Quirós, Antonio Lucas, Andrés Amorós, Iñaki Ellakuría, Andrés Cárdenas, Paula Ciordia Navarro, Jorge Bustos, Hughes, Rubén Amón, José F. Peláez, Luis Sánchez-Moliní, Juanma Lamet, Luis Enríquez, Jesús Fernández Úbeda, José Aymá, María José Solano, Francisco Pascual, Carlos Mayoral, Teodoro León Gross, Javier Fernández-Mardomingo, John Müller, Ramón Rozas, Chapu Apaolaza, Alfonso J. Ussía, Joaquín Luna, Eva Díaz Pérez, Carlos Navarro Antolín, Emilia Landaluce, Víctor Lenore, Begoña del Teso, Pablo Martínez Zarracina, Rosa Belmonte, Alberto García Reyes, Diego S. Garrocho, Vicente Ruiz, Bieito Rubido, Karina Sainz Borgo, Juan Fernández-Miranda, Rebeca Argudo, Jesús García Calero, Joaquín Manso y David Gistau hablan de toros.